# Christmassy

## reunion of the past

(Reunión navideña del pasado)

CH Starmis



SNOWLANDIC SERIES 2

Pandora

Christmassy reunion of the past

(Reunión navideña del pasado)

Snowlandic Series 2

Christmassy reunion of the past

(Reunión navideña del pasado)

Snowlandic Series 2

CH Starmis

# Pandora

©CH Starmis, 2022
©Christmassy reunion of the past (Reunión navideña del pasado) – Snowlandic Series 2, 2022
©Pandora, 2022
Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)
www.pandora-magazine.com
info@pandora-magazine.com

©Edición de cubierta: Pandora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: diciembre 2022
Registrado en Safe Creative.
Código de registro: 2210292522953
Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A todos los que le habéis dado una oportunidad a esta historia a pesar de no ser una escritora conocida.*
*Bienvenidos de nuevo a Mist Rachs…*

“*La Navidad no es una estación. Es un sentimiento*”
Edna Ferber.

# Extras vas a encontrarte en este libro[1]

Este no es un libro al uso, es mucho más. Y, por ello, nos hemos visto en la situación de tener que incluir esta especie de *manual de instrucciones* para saber cómo sacarle el máximo partido.

En la serie de Snowlandic podrás encontrarte algunos extras que complementan la lectura de la historia en sí. Hay que tener cuidado porque en ocasiones puede haber algún spoiler así que, si quieres leer completamente a ciegas la historia, revisa estos extras cuando termines de leer. Se marcará debidamente la zona de extras al principio del libro para que no haya ninguna duda al respecto salvo *Pero esto no ha sido todo*, que irá justo al terminar el último capítulo.

A continuación, te explicamos lo que debes tener en cuenta.

**Nota de autora**: podrás saber más de la historia a través de las propias palabras de la autora y su relación con Mist Rachs. ¿Desvelará algún día todo lo que realmente conoce sobre este pueblecito?

**Lista de personajes**: en cada libro se van sumando nuevos personajes y puede que en algún momento dudes quién era alguno en concreto. Para ello se elabora una lista con todos los vecinos del pueblo, añadiendo en cada libro los turistas que vayan a aparecer si es el caso o los nuevos vecinos que iremos conociendo.

**Introducción**: siempre es agradable entrar en una historia con un ambiente determinado en tu cabeza y para eso se incluye este extra. Será el mismo en cada libro pero podrás sumergirte en Mist Rachs justo antes de comenzar la lectura.

**Cuenta la leyenda**: en cada libro se incluye una leyenda diferente que podrá tener relación con la historia que se desarrollará a continuación. Mist Rachs es un pueblo en el que dan mucha importancia a las leyendas, los cuentos y las tradiciones así que no podía faltar una dosis de las mismas también en los extras.

**Lo que ha sucedido hasta ahora:** a quién no le ha pasado querer empezar la continuación de un libro pero sentir que hay detalles de los que no se acuerda del anterior. Pues bien, hemos solventado eso añadiendo un resumen de lo acontecido hasta el momento justo antes de empezar la lectura. Porque las relecturas siempre son geniales pero a veces un breve resumen también viene bien, ¿no creéis?

**Plano**: como los personajes van a moverse por el pueblo constantemente, no viene mal saber dónde quedan las cosas así que un plano del lugar os será de mucha utilidad a la hora de saber dónde está el hotel, el mercadillo navideño o en qué calle viven algunos personajes.

**Calendario de actividades**: Mist Rachs vive la Navidad como ningún otro sitio lo hace y está bien saber qué talleres y actividades se llevan a cabo durante el mes de diciembre. Todo va a estar reflejado en este calendario para que os podáis hacer una idea de lo que van viviendo los vecinos del lugar. Cada año se irán añadiendo nuevas actividades y en todos los libros se marcarán los días que ya han pasado del mes (más oscuro) y de los que va a constar ese libro en sí mismo (más resaltado), para que tengáis todos los detalles y no os perdáis nada.

**Pero esto no ha sido todo**: y es que la historia no termina con el último capítulo, por ello se añade al final un adelanto de lo que podremos encontrar en el siguiente libro.

# Nota de la autora

Cuando me propuse al fin poner esta historia negro sobre blanco, muchos me tacharon de loca. Que no funcionaban estas historias, que era demasiado inverosímil, que la gente no iba a comprender y que me dedicara a otras cosas, que dejara pasar lo que fuera que creía que sabía sobre un pueblecito que a nadie le interesaba más que a mí.

Eso fue lo más suave que tuve que escuchar los meses antes de la publicación del primer libro el año pasado.

Luego el libro comenzó a rodar. Y para sorpresa de muchos, a la gente sí le interesó lo que podía suceder o no en Mist Rachs, tanto que las búsquedas en internet se multiplicaron en fechas navideñas y algunas agencias de viajes bastante conocidas necesitaron anunciar a través de sus webs y tiendas físicas que no, no vendían viajes a Mist Rachs ni a ningún sitio cercano al mismo.

Lo bueno de no tener una editorial detrás es que puedes hacer lo que quieras con tu historia, te pertenece sólo a ti y todas las ganancias van a tu bolsillo, entre otras cosas positivas. Pero uno de los puntos negativos es que no hay intermediarios a los que la gente pueda acudir. Están los lectores, el libro y yo, no hay más. Es por eso por lo que me han contactado muchas personas por internet para pedirme información, preguntarme qué es real y qué es ficción. Algunas han sido amables, otras no tanto. Y antes de que sigáis preguntando, tengo que deciros que no voy a dar ese tipo de información sin conocer de nada a la persona. Ante todo quiero proteger ese lugar y a sus gentes. Esta historia la he escrito para que todos podamos vivir un poco de la magia de ese lugar pero si esa magia se pervierte, nunca me perdonaría que hubiera sido por mi culpa. Es, pues, el motivo por el que no contesto a según qué preguntas.

Imagino que después de leer este segundo libro, comprenderéis mejor el punto expuesto en el anterior párrafo.

O eso espero…

# Personajes

**Jenna**: Chef y dueña del Jenna's dessert (Mist Rachs)
**Philip**: Chef y dueño del Philip Rest (Mist Rachs)
**Loreen**: Dueña del hotel Timeless (Mist Rachs)
**Helen**: Trabajadora del hotel Timeless (Mist Rachs)
**Mathias**: Trabajador del hotel Timeless (Mist Rachs)
**Tom**: Dueño de un taller, reparaciones varias (Mist Rachs)
**Marie**: Alcaldesa (Mist Rachs)
**Olive**: Contable en una empresa.
**Max**: Padre de Marie, Olive y padre adoptivo de Philip.
**Erza**: Madre de Marie, Olive y madre adoptiva de Philip.
**Massie**: Organizadora de Eventos (Mist Rachs)
**Chas**: Dueño de cafetería (Mist Rachs)
**Andy**: Hijo de nuevos vecinos en Mist Rachs.
**Sally**: Dueña tienda de antigüedades (Mist Rachs)
**Lia**: Abogada (Mist Rachs)
**Tyra**: Dueña tienda de ropa (Mist Rachs)
**Rudolph**: Ayudante en Philip Rest (Mist Rachs)
**Jo**: Cocinera en Philip Rest (Mist Rachs)
**Erik**: Cocinero en Philip Rest (Mist Rachs)
**André**: Camarero en Philip Rest (Mist Rachs)
**Pete**: Sheriff (Mist Rachs)
**Christine**: Peluquera (Mist Rachs)
**Daiana**: Profesora de patinaje sobre hielo (Mist Rachs)
**Alan**: trabaja en el invernadero (Mist Rachs)
**August**: Bibliotecario (Mist Rachs)
**Cathy**: profesora taller villancicos (Mist Rachs)
**Gabriel**: Secretario de la alcaldesa (Mist Rachs)

(Los turistas que se incluyen en la página siguiente pueden contener spoilers de la historia)

# Turistas

**Sisi**: Elisabeth de Wittelsbach, futura emperatriz austrohúngara, hija de Ludovika y hermana de Néné.
**Ludovika**: Ludovika de Wittelsbach, madre de Sisi y Néné.
**Néné**: Helene de Wittelsbach, hermana de Sisi e hija de Ludovika.
**Rodi**: Institutriz de Sisi.
**Johann**: cochero de Sisi.

**Sara Fernández**: Escritora de la saga Civitas. Pareja de Luca.
**Luca Ruggiero**: Guía turístico profesional. Pareja de Sara.

# Introducción

No sabría bien cómo describir el extraño y encantador pero casi desconocido pueblo de Mist Rachs. Es uno de esos lugares en donde no te detienes nunca aunque pases cada día por allí. No es que tenga un acceso complicado o esté prohibida su entrada por motivos gubernamentales. Tampoco es que sus habitantes mantengan en secreto su localización. Es un pueblo que cualquiera podría encontrar. Aparece en todos los mapas y es visible para los que estén por la zona.

Pero, por algún motivo, pasa desapercibido para demasiada gente.

Mist Rachs es el típico pueblo que desearías conocer en época navideña y quedarte allí a vivir por siempre jamás. Es todo un misterio el motivo por el que esto no le sucede a todo el que encuentra el lugar. A otros, sin embargo, les invade un sentimiento de pertenencia a ese pueblo al instante. La explicación a esto es un misterio que los habitantes del lugar temen que un día alguien quiera desentrañar por las consecuencias que podría acarrear.

Si te acercas algún día a Mist Rachs y sientes que debes visitarlo, haz caso a esa corazonada. Detente, entra y sumérgete en él. Pasea a orillas de su río o por entre las calles que hay al otro lado del mismo. Toma una taza de chocolate caliente con malvaviscos en su coqueta cafetería y atrévete a visitar las ruinas del misterioso castillo que se divisa desde cualquier punto del pueblo. Charla con los amables vecinos y maravíllate con cada rincón de ese idílico lugar, con sus casas de diferentes estilos y colores que parecen sacadas de un cuento de hadas.

Y si tienes la suerte de visitarlo durante el mes de diciembre, podrás asistir a concursos de decoración e iluminación. Hay carreras benéficas y teatros navideños sobre una blanca y brillante capa de nieve. El menú de su restaurante se llena de colores rojos, blancos y verdes, y puedes encontrar muérdago casi en cada esquina. Disfruta del olor a eucalipto y abeto, degusta dulces típicos y trata de alojarte al menos una noche en su hotel boutique: podrás pasar una increíble velada frente a la gran chimenea del salón central, viendo una película navideña con tu vaso de vino especiado en las manos.

Ojalá seas uno de los afortunados que tiene la necesidad de visitar Mist Rachs; nadie llega allí por casualidad y eso siempre significa algo. Pero mientras averiguas el motivo real de tu extraña visita, disfruta de cada uno de los instantes que pases allí.

Quién sabe, puede que incluso encuentres en Mist Rachs tu nuevo hogar.

## Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos años se celebraba en estas tierras un mercado cada domingo en la plaza del pueblo. Era el más importante de la zona y punto de encuentro semanal para mucha gente. Se podían encontrar productos de todo tipo a buen precio y las relaciones sociales se fortalecían durante esos días de mercado.

Pero un domingo en particular hubo un encuentro peculiar.

Didier y Antoinette eran dos visitantes como cualquiera de tantos otros que frecuentaban ese día invernal el mercado de Mist Rachs. Habían estado haciendo unas pequeñas compras y paseaban con un vaso de vino especiado en las manos. No se conocían de nada y nunca se habían visto antes. Sus vidas hasta ese momento eran anodinas y no tenían ningún sentido ni sueño especial para el futuro. Simplemente se limitaban a trabajar para sobrevivir y nada más.

Antoinette estaba soltera aunque ya tenía pretendientes. Estaba llegando a una edad en la que la gente le decía día y noche que tendría que formar pronto una familia o quedarse *solterona* para siempre. Ella se negaba a casarse sin estar enamorada pero su familia empezaba a impacientarse por tener que seguir manteniéndola. Y ella comenzaba a sentirse una lacra para todos ellos.

Había llegado al mercado de casualidad. Su familia había escuchado hablar maravillas del sermón que se daba en esa iglesia y quisieron asistir. Ella alegó encontrarse mal a mitad del servicio y salió a tomar el aire. No pudo resistir acercarse al mercado, cuya alegre actividad parecía llamarle con fuerza.

Por otra parte, Didier era un chico que acababa de casarse para que su familia dejara de llevarle cada día a cientos de pretendientes; no tenía interés en más fiestas para obligarle a conocer gente. Para él, el matrimonio y la familia sólo significaban obligaciones y perpetuar los apellidos. No conocía en su entorno a nadie que se hubiera casado por amor y él no era la excepción. Por supuesto que respetaba a su ahora mujer pero ni ella estaba enamorada ni él tampoco de ella. Simplemente se casaron y tuvieron un hijo a los pocos meses. Sus vidas las vivían de forma independiente y mantenían una relación cordial pero distante.

Didier vivía en un pueblo cercano a Mist Rachs y había escuchado hablar del mercado de los domingos desde hacía tiempo pero nunca se había animado a ir. Ese día fue diferente. Algo le decía que caminara hasta Mist Rachs y pasara allí el día sin más compañía que la de sus propios pensamientos. Didier tampoco sabe bien por qué hizo caso a esa extraña voz interior pero a primera hora de la mañana salió hacia aquel pueblecito, dispuesto a comprobar por él mismo lo que se contaba de aquel mercado.

El destino hizo que Antoinette y Didier coincidieran en el mismo lugar y a la misma hora. Se vieron y algo dentro de ellos estalló en llamas. Ambos sabían que aquello significaba algo pero no tardaron en darse cuenta de que tendrían que conformarse con unas pocas horas de

mutua compañía: la situación familiar de Didier era algo que creyeron que no se podría afrontar de ninguna forma.

Así pues, disfrutaron de un rato agradable, una conversación amena, unos cómodos silencios y unas miradas que hicieron enmudecer sus bocas durante años después de aquel primer encuentro.

Pero Mist Rachs a veces guarda sorpresas inesperadas.

Durante años ambos pensaban el uno en el otro. Guardaron el recuerdo de aquel domingo tan dentro que nadie supo de su existencia. A veces Didier y Antoinette llegaban a dudar de si aquello había ocurrido de verdad. Y, como para comprobar que al menos el lugar era real, y sin haber tenido contacto entre ellos de ningún tipo desde aquel primer encuentro, ambos volvieron una segunda vez al pueblo, un nuevo domingo de bullicioso mercado.

El reencuentro se produjo poco después de la llegada de Didier, cuando Antoinette estaba admirando unas láminas pintadas por un artista local. El corazón de ambos se desbocó sintiendo la presencia del otro sin tan siquiera haberse visto.

La amena conversación, los silencios cómodos y las miradas que hablaban con claridad volvieron a inundarlos durante horas.

Él estaba dispuesto a dejarlo todo por ella pero aquel nuevo encuentro terminó cuando Antoinette confesó que hacía poco se había casado y su hija de tres años esperaba impaciente su llegada en compañía de una institutriz. Didier sintió que se le rompía el corazón por segunda vez en la vida al tener que dejar marchar a Antoinette. Ella creyó que no podría soportar la ausencia de Didier pero pesó más su instinto maternal.

Este segundo adiós les dejó tanta pena que no podían siquiera pensar en Mist Rachs sin que las lágrimas brotaran en sus ojos.

Pero nunca hay que subestimar el poder de Mist Rachs.

Años más tarde, cuando la hija de Antoinette y el hijo de Didier habían formado sus propias familias y ellos sentían que ya nada les unía a sus lugares de procedencia, una sombra pasada volvió a materializarse en sus vidas.

No, no eran capaces de olvidarse. No importaba lo que hubieran vivido, lo poco que se habían conocido o lo imposible que fuera un tercer encuentro. Ellos sentían que tenían que volver a Mist Rachs, dejar todo lo demás atrás y, por fin, vivir la vida que ellos quisieran.

Un tercer encuentro milagroso se produjo a la entrada del pueblo. Ni siquiera habían terminado de cruzar el puente cuando se vieron entre las personas que iban en dirección al mercado dominical. Didier llevaba un pequeño hatillo a la espalda y Antoinette portaba una minúscula y vieja maleta en la mano derecha. Los años habían pasado en sus pieles pero sus corazones seguían sonando igual que la primera vez.

La conversación, los silencios y las miradas eran iguales pero diferentes a las dos veces

anteriores. Sus pasos parecían ir en la misma dirección por fin, años después del primer encuentro.

Ni siquiera tuvieron que confirmarse el uno al otro el giro del destino que estaban viviendo. Ambos sabían lo que ese tercer encuentro significaba. Ya no había dudas ni impedimentos, solamente estaban sus sentimientos tomando partido en la decisión más importante de sus vidas.

No habría un cuarto encuentro porque en aquella ocasión su historia comenzaba a rodar por fin. Mist Rachs no necesitaría volver a hacer su magia: ninguno de los dos quiso esperar más para comenzar a ser feliz.

Los visitantes de Mist Rachs pueden volver un total de tres veces en su vida. Si deciden abandonar el pueblo en esas tres ocasiones, no podrá existir una cuarta vez.

Así que recuerda: Mist Rachs tres oportunidades te dará y alguna de ellas tendrás que aprovechar. De no hacerlo, el destino no te dejará regresar.

¿Recuerdas lo que ha sucedido hasta ahora?

Jenna, una cocinera de la ciudad, parece que tiene toda su vida por fin en orden. Su novio

Gaston, un reconocido chef, trabaja con ella en el restaurante de moda. Viven juntos y todo parece ir sobre ruedas. Pero de la noche a la mañana sus planes dan un giro de ciento ochenta grados. Gaston se apropia del postre navideño de Jenna, que lleva semanas mostrándole solamente a él. Lo presenta como suyo en el restaurante para que sea la insignia del mismo durante esas navidades. Cuando Jenna expone lo que está sucediendo, su jefe apoya a Gaston y la despide. Ella entonces se arma de valor para dejarlo todo atrás, incluyendo a su novio.

Durante esa huida sin rumbo, su coche empieza a fallar y decide detenerse en un pueblecito llamado Mist Rachs.

Se sorprende de lo bien recibida que es por todos, ya que no la tratan como a una extraña sino como si fuera una más de ellos. Ella se siente como en casa por primera vez en la vida y traba amistad con todo aquel que conoce desde el primer momento. Con todos menos con uno, precisamente el chef del pueblo, del que desconfía al conocerle.

Philip, el chef y dueño del restaurante de Mist Rachs, es un hombre que ha pasado por mucho. Hace años que no celebra la Navidad, al contrario que el resto del pueblo, que se vuelca por completo en estas fechas. Es un poco cascarrabias y no le hace gracia que todos sus vecinos quieran verle volver a sonreír, sobre todo ahora que ha llegado una turista que podría ser *la elegida*.

Pero el destino hace que ambos comiencen a acercarse el uno al otro sin saber muy bien cómo.

Un taller de cocina que el propio chef imparte y al que Jenna se apunta por recomendación de todo el pueblo es la chispa que les faltaba para que los dos pasen más tiempo juntos.

Deciden asistir juntos al taller de patinaje y Philip comienza a sonreír al lado de Jenna. Todo el pueblo lo ve y la situación parece más que favorable hasta que Gaston, su exnovio, hace acto de presencia en el pueblo. Intenta convencerla para que vuelva, prometiéndole que van a recompensarla por la creación de su postre pero ella no se acaba de fiar ni de su exnovio ni de su exjefe.

La relación Philip se afianza y su situación en Mist Rachs es cada vez más confortable. Philip le acaba contando lo que le sucedió para que haya dejado de celebrar la Navidad: hace años una cocinera llegó al pueblo y parecía que tenían una conexión pero en realidad ella acabó huyendo de allí con muchas de las recetas de Philip para presentarlas como propias en su nuevo trabajo: precisamente el restaurante donde Jenna trabajaba. Ambos se abren el uno al otro y saben que algo fuerte sucede entre ellos. Jenna también parece tener un grupo de amigas que la acogen como a una más, algo que nunca le había sucedido hasta llegar aquí.

Finalmente Jenna renuncia a  volver y pone en manos de la abogada del pueblo la situación de su postre y de ese restaurante. Busca un local vacío en Mist Rachs y planea abrir su

propio negocio de postres, con el que buscará colaborar con la cafetería del pueblo y el restaurante de Philip.

Jenna anuncia que se queda a vivir allí al final del concurso de postres navideños del pueblo, que ella gana en colaboración con Philip, presentando una versión mejorada de su propio postre. El pueblo estalla de emoción con la noticia, más aún cuando se dan cuenta de que ambos ya tienen una relación.

Philip y Jenna están haciendo la mudanza para vivir juntos cuando un carruaje antiguo entra en el pueblo. El cochero dice haberse perdido y en cuanto Philip ve a una adolescente corretear hacia ellos y a su madre llamarla, sabe bien de quién se trata. Su madre biológica acaba de llegar a Mist Rachs desde el siglo XIX cuando era sólo una adolescente y no es otra más que la mismísima y archiconocida emperatriz del imperio austrohúngaro: Sisi.

Mist Rachs oculta muchos secretos que vamos a empezar a averiguar.

# I

*Philip*

No puede ser. Bueno, sí, puede. Lo he visto con mis propios ojos. Incluso he hablado con ella y rozado su mano. Puede pero no puede ser. Ella está aquí, en Mist Rachs. De nuevo. En realidad para ella es la primera vez pero para el pueblo es la segunda. Jamás en mi vida pensé que podría tener esta oportunidad y ahora no sé qué hacer. Quiero, necesito, que se quede aunque sean unas horas para poder pasar tiempo con ella. Puedo sonar egoísta, infantil…

—Es que qué fuerte… —sigue diciendo Jenna desde que le conté por encima quién era aquella adolescente que acababa de llegar al pueblo—. ¿Qué más gente ha visitado este lugar?

—¿En toda su historia? No te sabría decir…

Seguimos caminando a paso ligero para reunirnos con el sheriff Pete por si a él se le ocurre qué podría estar pasando y cómo solucionar esto mientras Jenna intenta aclarar sus ideas con respecto a lo que suele suceder en Mist Rachs.

—Y, ¿pasa en cualquier época del año? —vuelve a preguntar.

—Sí, pero en diciembre es cuando suele haber más actividad. Aunque no es tan… importante como la de este año.

Está comenzando a nevar fuerte y parece que se prepara una pequeña tormenta invernal. Me giro hacia Jenna que, con las prisas, ni siquiera se ha abrochado los botones de su abrigo. Me detengo un instante y de forma inconsciente la abrigo un poco más de lo que ya estaba, ajustándole el gorro que por suerte todavía llevaba puesto antes de todo esto.

—Gracias —me susurra con una sonrisa, besando mis labios acto seguido y haciendo que los míos también sonrían con ella.

—Vamos a hablar con Pete y volvemos a casa para meter todas tus cosas, te lo prometo —le digo, reanudando la marcha.

—No te preocupes; esto es más importante que eso.

Estando a su lado no soy capaz de dejar de sonreír.

—Al menos me he tomado un par de días libres y no tengo que volver al restaurante hasta el martes.

Suspiro con nerviosismo en cuanto llegamos a la oficina del sheriff al final de Snow Avenue, casi frente a Mistletoe Square. A través del cristal de la puerta se puede ver a Pete en su

mesa, frente a un moderno ordenador. Ambos entramos y, al vernos, sonríe con toda la sinceridad de la que dispone alguien tan serio como él.

—¿En qué puedo ayudar a los dos chefs más famosos de Mist Rachs? —nos dice, indicándonos con la mano que podemos sentarnos.

—Acaba de llegar alguien al pueblo —le digo sin sentarme.

Pete frunce el ceño.

—¿Alguien más? ¿Quién podrá…?

—Mi madre —le digo de golpe.

Él reacciona levantándose de su silla, como si alguien le hubiera tirado hacia arriba, y su boca se abre de par en par.

—Pero eso… Eso es…

—He hablado con ella —le empiezo a explicar; no hay tiempo que perder.

—Pero Philip, no puede ser —y se gira hacia el ordenador—. No hay nada que indique…

—Yo no entiendo tu trabajo —le corto—. Lo único que sé es que acabo de ver a mi madre con quince años, un día antes de que se reencuentre con su futuro marido.

—¿Ya están prometidos y eso? —me pregunta en bajo Jenna.

—Ellos ya se conocían antes del cumpleaños de él.

—¿El cumpleaños? —insiste.

—¿Para ella es un día antes de prometerse al emperador? —exclama Pete—. Esto es peligroso —y se frota la frente con dos dedos—. Tiene que irse cuanto antes.

—Ah, ¿va a prometerse ahora con tu padre?

Pete carraspea, nervioso, al escuchar esa pregunta de Jenna.

—Luego te explico —consigo decirle antes de que Pete vuelva a hablar.

—¿Dónde está ahora? —pregunta él.

—Les indiqué que podían ir al Timeless. Estaban algo aturdidos y…

—Pero, ¿quién más ha llegado con ella?

—Mi tía, mi abuela, un cochero e imagino que la institutriz.

Ahora se frota el pelo el pobre Pete, imaginando el revuelo y el consiguiente trabajo.

—Demasiada gente —empieza a decir—. Demasiada y… complicada. Deben irse cuanto antes —y va hacia su perchero, poniéndose la chaqueta de sheriff—. Iré ahora al Timeless y les indicaré…

—Pero no pueden irse todavía —le corto antes de que llegue a la puerta.

—Pueden y deben —me responde—. Sería catastrófico que se quedaran un minuto más aquí.

—Pero yo… Yo pensaba que podría no sé… Hablar un poco con ella o…

Jenna me mira con dulzura, comprendiendo. Pete, con asombro y miedo.

—¿Tú te das cuenta de lo que estás diciendo? —me riñe con descaro—. No se debe interactuar con gente del pasado, menos aún con personajes relevantes, porque podría cambiar el curso de la historia.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le pregunto, haciendo que recuerde que soy la prueba viviente de que eso a veces no es posible.

Pete resopla, sabiendo que llevo razón.

—Tienen que irse cuanto antes, Philip, y lo sabes —me repite.

—Solamente unas horas al menos —vuelvo a pedirle—. De todas formas no creo que puedan salir del pueblo con esta tormenta.

—En cuanto crucen el puente, no van a tener mayor problema; ya sabes cómo va esto.

—Pero si se quedan más de unas horas y decís que mañana va a prometerse a Francisco José… —apunta Jenna.

—Bueno, no es mañana exactamente —le digo—. El caso es que para la gente del pasado o del futuro, el tiempo se detiene al cruzar el puente del pueblo. Cuando vuelvan a cruzarlo, estarán otra vez en el mismo momento en el que estaban cuando entraron a Mist Rachs.

—Ah… Y de todo esto hay algún manual que pueda consultar para ponerme al día o… —me dice ella, gesticulando de forma encantadora.

Incluso Pete sonríe levemente.

Beso la frente de Jenna para volver a verla sonreír. Acaricio su melena pelirroja un instante antes de continuar hablando con Pete.

—Dame unas horas —le pido—. Es muy importante para mí, como podrás comprender.

Pete sigue con la mano en el pomo de la puerta a medio abrir. Al menos parece estar pensándoselo. Agacha un segundo la cabeza y luego nos hace un gesto para que salgamos con él.

—Llamaremos de camino a Erza y Max —me dice en cuanto estamos los tres ya en la calle, mencionando a mis padres adoptivos—. Puede que ellos nos den un punto de vista diferente sobre esta situación.

—¿Eso es un sí? —pregunto con entusiasmo.

—Eso es un *me lo estoy pensando*.

Miro a Jenna con una emoción que parece que ella comparte también. Aprieta mi mano entre la suya mientras seguimos caminando en dirección al hotel del pueblo en donde mi madre, la que será mi madre, la que fue… Bueno, en donde ella está ahora mismo.

Unas horas. Si al menos me dieran unas horas nada más para poder pasarlas a su lado…

# II

*Sisi*

Reconozco que este lugar me está pareciendo absolutamente asombroso.

Desde que el cochero pareció desviarse del camino y fuimos a parar a este pueblecito encantador, no he dejado de sorprenderme con cada cosa que veo y sucede. El resto no parece estar disfrutando con la situación pero yo estoy entusiasmada. ¡Está siendo toda una aventura! Mamá me había prometido una y hasta hace pocos minutos no me lo parecía, la verdad. Pero ahora, con toda esa gente vistiendo de forma tan extraña en este nevado pueblecito en mitad del verano, me parece que algo muy divertido acaba de comenzar.

Cuando mamá me dijo que las acompañara al cumpleaños de nuestro primo, el aburrido y muy ocupado Emperador de Austria, pensé que todo iba a ser hacer reverencias y sonreír como una boba a todo el mundo. Yo quería quedarme en Possenhofen y dar paseos por el bosque, jugar con los vecinos y montar a caballo todos los días. Intento evadirme de la pena por Richard y mantenerme ocupada es la única forma. Porque nadie sabe que sigo pensando en él, en mi pobre Richard, que dejó este mundo tan pronto. ¿Por qué tuvieron que enviarle tan lejos? ¿Por qué no pudo quedarse cerca de mí? Y ahora mi madre pretende llevarme a un lugar en el que tendré que sonreír a todo el mundo durante días. Y ellas están muy felices y risueñas pero yo… Yo quiero volver a casa.

Aunque después de llegar a este lugar, puede que cambie de opinión.

—No sé por qué tardaron tanto en facilitarnos alojamiento —se sigue quejando mi madre —. Está claro que no estaban todas las habitaciones ocupadas.

Néné, mi hermosa y apacible hermana, está mojando un paño en agua fría para colocárselo en la cabeza como les ha recomendado la dueña de este lugar.

—Con suerte nos iremos pronto —comenta ella, tirándose en la pequeña butaca al lado de mi madre, ambas con sendos paños mojados en la cabeza.

—Pero si tardaron unos pocos minutos en darnos las habitaciones —les digo yo—. Además, este sitio es una maravilla. Tengo ganas de salir a ver lo que…

—Sisi, haz el favor de comportarte —me corta mi madre sin abrir los ojos, con voz de cansancio extremo—. Tú vas a quedarte en tu cuarto hasta que el cochero vuelva para irnos de nuevo; nos están esperando y no podemos llegar tarde.

—No pasaría nada si nos perdiéramos otro cumpleaños de ese primo nuestro —le digo—. De todas formas, yo creo que le caemos fatal.

Néné hace amago de sonreír pero debe dolerle mucho la cabeza y vuelve a quejarse, llevándose la mano a las sienes y frotándoselas.

—Qué tonterías se te ocurren —continúa diciendo mi madre en un infinito lamento—. El Emperador de Austria ha sido muy amable al invitarnos y nosotras…

—Yo creo que ha sido tía Sofía la que nos invitó —vuelvo a decirles—. Seguro que él no sabe ni cómo nos llamamos.

Mi hermana vuelve a sonreír.

—Hay que ver qué cosas dices, hermanita.

Alarga la mano para que me acerque. Voy a su lado y se la cojo, sentándome junto a ella.

—Seguro que podemos divertirnos mientras esperamos a reanudar el camino —insisto de nuevo.

—Sisi, mamá y yo necesitamos descansar un poco —me pide mi hermana con voz lastimera—. Podrías leer un poco mientras tanto. O escribir en ese cuaderno tuyo tan secreto que llevas a todas partes.

—Pero es que…

—Sisi, por favor te lo pido —me corta mi madre—. Tenemos unas horribles migrañas y no podemos seguir conversando contigo, ¿no lo entiendes? Hay que descansar antes de ver al Emperador.

Lo ha dicho de mal humor esta vez. Me levanto de allí, besando con cariño la mano de mi hermana para verla de nuevo sonreír.

—Muy bien, iré a ver si les han dado algo de comer y beber a los caballos —les anuncio yendo hacia la puerta.

—Ay, esta niña… —se queja mi madre mientras estoy cerrando ya la puerta, dejándolas a oscuras en su habitación.

Comienzo a caminar por el pasillo de este bello lugar, con unas pocas puertas a los lados. No sé si hay alguien más por aquí, porque nada más que nos vieron llegar, nos salieron a recibir y nos hicieron pasar a una parte concreta de esta enorme posada y no he visto qué hay más allá.

No, no he mentido cuando he dicho que iba a comprobar que los caballos estuvieran bien, pero después de eso quiero darme una pequeña vuelta para conocer el lugar. No hago daño a nadie haciendo eso, creo yo. Mi madre y mi hermana tienen miedo de todo pero yo solamente quiero divertirme y distraerme un rato mientras esperamos. No me duele la cabeza y estoy descansada por completo.

Es bastante curioso que en este pueblo todo esté arreglado como si fuera Navidad. Al entrar al mismo, vimos nieve y adornos en cada calle. La gente iba ataviada con ropas extrañas

pero acordes al frío, como si fuera algo normal para ellos. Bien es cierto que en ciertas zonas del Tirol puede ponerse a nevar en pleno verano pero es como si aquí esta gente lo considerara normal.

Porque esto tiene que ser el Tirol, ¿no?

Puedo escuchar unos villancicos por toda la posada y comienzo a buscar el lugar de donde salen aquellas voces; me encantaría saludar personalmente a quienes están cantando de manera tan deliciosa. Camino entre las extrañas lámparas de gas colgadas en las paredes y a lo largo de todo el techo. Recorro pasillos sobre alfombras de colores cálidos pero no doy con aquellos cantantes que tan gloriosamente están entonando aquellas melodías.

Bajo unas escaleras de madera, las mismas por las que hace un rato subimos, esperando encontrar el origen del misterio por fin.

—Hola de nuevo —escucho a aquella mujer de voz dulce y tez fina que nos atendió diligentemente a nuestra llegada—. ¿Necesitabais algo, Alteza?

—Soy Sisi, por favor —le pido sin dejar de mirar a mi alrededor, fijándome en ella segundos después de inspeccionar todo—. Querría saludar al coro que lleva cantando desde que llegamos; son dignos de admiración tanto por sus voces como por su tenacidad.

Aquella mujer sonríe con ternura antes de contestarme.

—En realidad están en una zona en donde no pueden ser molestados pero les haré llegar tus palabras, Sisi —me indica en tono cordial—. Por cierto, antes no nos pudimos presentar —y extiende su mano hacia mí sobre el mostrador de la entrada—. Mi nombre es Loreen.

—Encantada, Loreen —le respondo, estrechando su mano—. Y te lo agradezco. Me parece que tienen unas voces deliciosas y me encantaría poder disfrutar personalmente de ellas en alguna ocasión.

Loreen se atusa la trenza rubia que tiene sobre uno de los hombros sin perder su sonrisa cuando algo la interrumpe detrás de mí, fijando su vista en la puerta principal hacia la que yo misma me giro.

—Vaya, qué agradable sorpresa —le dice a la pareja que nos encontramos casi a la entrada del pueblo.

Vienen acompañados de un hombre mayor, más que mis propios padres, que parece demasiado preocupado por algo. El amable chico que antes nos indicó cómo llegar a esta posada no deja de mirarme, algo inquieto y ¿emocionado? No soy nadie, no entiendo por qué puede mostrarse de esta forma ante mí. Puede que él sea de esa manera, quién sabe. Sin embargo la chica que antes lo acompañaba, le mira a él con una sonrisa de enamorada. Como yo misma miraba a Richard.

¿Algún día pasará esta pena?

—¿Todo bien, Alteza? —me dice ese chico.

—Soy Sisi, por favor —le pido.

—Sisi —repite, rectificando con una especie de emoción por pedirle que me llame por mi nombre.

—Es una posada maravillosa, muchas gracias —le respondo—. Y tienen un coro delicioso que espero poder conocer antes de partir.

Él se queda algo sorprendido mientras Loreen habla.

—El coro de villancicos, ya sabéis —les dice, señalando al techo, haciendo el gesto de un círculo con el dedo.

Y con aquello, todos parecen comprender. Puede que sea un lenguaje que tienen especial en este lugar, quién sabe.

—Son unos villancicos hermosos —dice ahora la chica, una hermosa pelirroja de rostro afable que me ha caído bien antes incluso de que hablara—. ¿Te gustaría aprender alguno?

—¡Sería fabuloso! —exclamo con emoción—. ¿Ese coro podría enseñarme?

—Jenna, no creo que sea buena idea que… —le dice en bajo, aunque no lo suficiente, el hombre mayor.

—Pete, lo has prometido —le contesta ella, mirándole un segundo—. Y puede que Philip quiera aprender también algún villancico —le dice ahora al chico con una gran sonrisa, como si supiera que ese plan sería su favorito del mundo—. Al fin y al cabo, eso es lo que teníamos pensado hacer, ¿no es así?

Nunca había visto que a una persona le brillaran los ojos y es bastante curioso de observar. Philip mira a Jenna, echa un vistazo a ese tal Pete, que sigue más que nervioso, y luego me mira a mí.

—El plan perfecto para mí sería apuntarme al taller de villancicos —me dice.

—Al, ¿qué? —pregunto.

—A que nos enseñen estas canciones navideñas —explica sin perder su sonrisa.

—Pero antes, Sisi tiene que ir de compras —anuncia Jenna con ilusión—. Y conozco una tienda perfecta para…

—¿De compras? —le interrumpe el gruñón de Pete—. Jenna, ¿te has vuelto loca?

¿Aquí le hace gracia a la gente echarse en cara las dolencias mentales que se tienen?

Jenna sonríe a Pete y le toca el brazo, como si le hubiera dicho algo incluso bonito.

—Estoy segura de que Tyra no va a hacer nada malo en presencia de Sisi —le dice Jenna para tranquilizarle de alguna forma y luego me mira—. ¿Te gustaría que fuéramos a comprar algo de ropa más acorde al tiempo que está haciendo estos días aquí?

—¿Podría? Es decir, no sé si en mi ausencia el cochero logrará encontrar la forma de volver al camino y no querría que por mi culpa…

—El carruaje —me corta Philip de repente—. Antes me fijé que algo le pasaba al

carruaje.

—¿Al carruaje?

Ese tal Pete ha hecho la misma pregunta que yo incluso a la vez.

—Sí, es… Bueno, es difícil de explicar pero hay que pedirle a alguien que venga a revisarlo por si acaso —explica Philip con poca decisión. En ese momento, mira a Loreen—. ¿Podrías decirle a Helen o a Mathias que avisasen al cochero de esta eventualidad y se hicieran cargo de todo?

—Por supuesto, Philip, en un momento se lo comunico —le contesta ella—. La seguridad ante todo.

—Entonces, ¿vamos a comprar esa ropa? —vuelve a insistirme Jenna ante el suspiro de Pete.

—Te lo agradecería eternamente, Jenna —le respondo con ilusión.

Ella parece emocionarse de la misma forma y entonces se dirige a Philip.

—Voy a avisar a Tyra para ver si nos puede abrir la tienda. Tú vete a apuntarnos al taller a los tres y luego nos reuniremos en el restaurante contigo.

—Pero es que… —protesta él.

—Philip… —insiste ella.

Y con un breve beso en los labios, le convence definitivamente.

Ha sido increíble de presenciar.

—Nos veremos entonces más tarde, Sisi —me dice Philip, mirando a Pete como si ahora tuviera que rendir cuentas con ese angustiado hombre que no deja de menear la cabeza ante todo lo que hablamos.

—Bien, entonces, ¿nos vamos? —me pregunta Jenna, señalando la puerta de la posada.

—¡Por supuesto! —respondo con emoción por poder salir de aquí por fin y explorar el exterior. Pero antes de dirigirme a la puerta junto a Jenna, me giro hacia Loreen—. ¿Podría alguien encargarse también de cuidar a los caballos? Tendrán hambre y sed.

—Por supuesto, Sisi —me responde con esa ternura que parece tener siempre en su voz —. Están bien cuidados, puedes estar tranquila.

—Entonces, vayamos a por ropa invernal —sentencio, acercándome a Jenna, que ya me espera en la puerta.

—Toma, ponte al menos esta… —comienza a decirme al salir por la puerta y dejar atrás al resto, haciendo amago de quitarse su abrigo para cedérmelo a mí.

—No, por favor —le pido, viendo desde el umbral lo bonito que está nevando—. Cuando nieva, me encanta salir y sentir los copos sobre mi piel —y al ver que no está muy convencida, lo intento de nuevo, poniendo mi gesto más persuasivo—. Por favor, déjame disfrutar de la nieve en pleno verano durante un rato más.

Jenna parece por fin ceder aunque no de muy buen grado.
—Esto va a ser muy divertido, estoy segura —me promete ella.
Y no lo dudo ni un segundo.

# III

*Philip*

Hace un momento hablé con Tom para pedirle que viniera al Timeless con urgencia. Es el único que sabría explicarle al cochero que su carruaje tiene algo mal y que le creyera.

—Me sigue pareciendo una locura y creo que puede traernos muchos problemas —sigue quejándose Pete, caminando de un lado al otro del hall de entrada del Timeless.

—Pete, te vas a hacer un esguince —le dice Loreen medio burlona.

Él la echa una mirada de enfado pero menea la cabeza una vez más y continúa con su caminata sin sentido.

—Tom tardará unos pocos minutos en llegar —le digo—. Está aquí al lado así que en cuanto llegue, vamos a ver el carruaje y hablamos con el cochero.

—No, si se ve que lo tienes todo pensado —me dice Pete—. Salvo el pequeño detalle de que tu madre biológica, la mismísima emperatriz de Austria, no puede quedarse ni un minuto más aquí e interactuar con todos como si tal cosa.

—Es una niña y con el tiempo le quedará el recuerdo de un lugar hermoso y extraño pero nada más.

Me ha escuchado sin moverse pero en cuanto termino, vuelve a menear la cabeza y a caminar con grandes zancadas.

—Es muy arriesgado —insiste.

—Pero es su madre, Pete —intercede Loreen con dulzura—. ¿Qué harías tú en su lugar?

Pete parece reblandecerse un poco hasta que vuelve a hablar.

—Decirle que se fuera por donde…

—Venga ya, Pete —le digo ahora yo—. Necesito pasar algún tiempo con ella, nada más. No va a pasar nada. Yo mismo me haré responsable de lo que pueda suceder.

—Y, ¿qué? —me reprocha—. Te haces cargo tú, ¿y? ¿Crees que te van a reñir y mandar a casa dos días para que reflexiones sobre lo que has hecho? Esto es algo muy serio, Philip, y sabes de sobra cómo funciona todo esto. Si se enteran, van a hacer muchas preguntas. Y podríamos…

—No va a pasar nada —le repito—. Te prometo que todo saldrá bien. Pasaré un tiempo con ella, le diremos que el carruaje ya está arreglado y se irá.

—Pero si hasta vas a ir a apuntarle al taller de Cathy, por el amor de…

Nos interrumpe Tom entrando por fin por la puerta, con una caja de herramientas en una de sus manos.

—Bueno, a ver, ¿qué urgencia era esa que me ha hecho dejar una cerveza jodidamente buena a medias?

—No son horas todavía, Tom —le digo, estrechándole la mano.

—Es domingo, Philip, no me jodas. Llevo una semana de putos locos con esto de que la tormenta de nieve se acerca y si me apetece tomarme una cerveza, me la tomo. ¿Qué problema hay?

—Luego dirás que…

—¿Podemos irnos a ver ese carruaje y avanzar con esto, por favor? —nos interrumpe Pete al borde del colapso, haciéndonos reír.

—Muy bien, veamos lo que pasa con ese famoso carruaje —le dice Tom entre risas todavía, dirigiéndose de nuevo a la puerta.

—Me aviséis para llamar al cochero y que vaya al cobertizo —nos dice Loreen, que prefiere quedarse en el acogedor hall del hotel en vez de salir con este frío al exterior.

Asiento con una sonrisa y le despido con la mano, volviendo a dirigirme a Tom para explicarle.

—Es lo que no le pasa —le empiezo a decir al salir, camino del cobertizo en donde lo guardaron al llegar.

—¿Cómo que *lo que no le pasa*? —nos pregunta con el ceño fruncido.

—Las preguntas sobre esta locura, a él —le dice Pete, queriéndose quedar al margen.

Y Tom me dirige una mirada amenazante que da más ternura que miedo.

—Philip, no me jodas que me has hecho salir de mi casa en domingo sin ningún motivo.

—Es por mi madre —le digo por fin—. Está aquí.

—A ver, no veo a Erza cada día pero no hacía falta que…

—Sisi, Tom —especifico mientras Pete abre el cobertizo—. Es Sisi la que ha aparecido en este carruaje.

Tom se queda paralizado, a medio camino entre el exterior y el cobertizo donde está el carruaje con los caballos. Se frota los ojos que hasta hace un segundo se le habían quedado demasiado abiertos y vuelve a mirarme, comprendiendo un poco ya de lo que todo esto se trata.

—Joder, Phil… —y por fin reacciona como es él—. Dime en qué puedo ayudarte; lo que sea.

Miro a Pete y veo que se encoge de hombros y lanza una mirada al techo del cobertizo, resignado ante esta locura.

—Pasemos dentro y te explico —le digo a Tom, entrando por fin.

—Pero el carruaje no tenía ningún problema —insiste el pobre cochero, volviendo a revisar las ruedas en las que instantes antes Tom hizo su magia para que parecieran necesitar un arreglo urgente.

—Ya ve, Johann, estas cosas le pueden pasar a los mejores —le consuela Tom, dándole un par de palmadas en el hombro que el estirado cochero recibe con asombro.

—Pero yo… —se frota la cara, visiblemente preocupado—. Si se llegaran a enterar…

—Puedes decirles que en realidad te diste cuenta de que algo pasó durante el camino y decidiste parar aquí para revisarlo pero que no querías asustarlas. ¿Qué te parece? —le propone Tom, compadeciéndose del sufrimiento de aquel hombre.

Johann asiente y parece que empieza a sentirse más aliviado con esa idea.

—Sí, puede que les diga eso —dice como para sí mismo, volviendo a mirarnos a Tom y a mí al momento—. Necesitaría ruedas de repuesto; esto no es posible arreglarlo si no es con un cambio completo.

—Déjelo de mi cuenta, buen hombre —le responde Tom, evitando palmear de nuevo su hombro para no volver a asustarle como hace unos segundos—. Pediré las piezas y arreglaremos el carruaje para que puedan reanudar su camino lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Sí, muy bien, claro —le dice Johann—. Muchas gracias, caballeros —y nos hace una pequeña reverencia con la cabeza—. Y ahora, si me lo permiten, iré a informar a la duquesa de este infortunado nuevo incidente. Habrá que mandar una carta a palacio para que…

—Eso déjelo de mi cuenta —me apresuro a decirle yo—. Transmítale a la duquesa que yo mismo en persona telegrafiaré a palacio, que será más rápido que una carta.

—Magnífica idea, tiene razón —me dice Johann, algo turbado todavía por todo lo que le está sucediendo hoy—. De nuevo, gracias —y repite la reverencia, contagiándonos el gesto a nosotros también.

—Vaya con dios —le responde Tom, haciéndonos a un lado para que salga de aquí.

Miro a mi amigo con cara de *qué ha sido esa despedida* y él se encoge de hombros, como si me estuviera diciendo *creía que se decía así antes*.

—No sé cómo agradecerte… —comienzo a decirle a Tom pero él me corta a mitad de frase al levantar su mano.

—Es lo mínimo que se puede hacer en una situación como la tuya, Philip.

Pete, que llevaba en silencio todo el tiempo que el cochero ha estado aquí, vuelve a quejarse y a hacer gestos de agotamiento.

—Pete, te prometo que…

—No —me corta él también. Se acerca a la puerta y me mira antes de salir—. Espero que esto no se complique porque si no, todos vamos a estar muy jodidos, Phil —se gira y nos da la

espalda—. Muy jodidos —le escucho decir todavía, a pesar de estar ya alejándose de este cobertizo.

Cuando ya está lo suficientemente lejos como para que no nos oiga, Tom, que ha estado recogiendo sus cosas, se acerca también a la puerta.

—Y tiene mucha razón, Philip —me recuerda—. Intenta disfrutar todo lo que puedas de ella y deja que se vaya antes de que todo se complique tanto que no haya vuelta atrás. Ya sabes a lo que me refiero —y sale de aquí, siguiendo el mismo camino que tomó Pete hace escasos segundos.

Me quedo a solas con mis pensamientos un instante antes de salir yo también. Lo sé, es arriesgado lo que estoy haciendo pero no puedo evitarlo. Necesito conocerla algo más.

Si pudiera conseguir que se quedara en Mist Rachs un par de días al menos…

Al salir del cobertizo, la nieve sigue cayendo sobre Mist Rachs. La tormenta se espera pero todavía parece que tardará en llegar.

# IV

*Sara*

—Es que lo sabía.

—No lo creo —sigue bromeando él, a pesar de la desastrosa situación que estamos viviendo.

—Sí, lo sabía, porque eres muy predecible, Luca —le reprocho.

Me mira de reojo un instante sin perder de vista el camino de tierra por el que hace ya unos minutos nos ha metido, asegurándome que llegaríamos antes al aeropuerto si íbamos por donde él creía que había que ir.

—¿Soy predecible? ¿En serio?

Frena el coche de golpe y siento un beso en la mejilla seguido de una risita triunfal cuando se da cuenta de que me he sorprendido con aquello.

—Tú encima sigue jugando; vamos a perder el avión por tu culpa y lo sabes.

—Y tú sabes que a tu editorial no le importaría pagarnos otro billete.

Me quedo en silencio sin querer hablar de ese tema. Porque sí, si llamo a la editorial, nos paga nuevos billetes, más noches de hotel y doce botellas de champagne si hace falta. Pero eso conllevaría enviarles un adelanto que no tengo todavía y no sé cuándo podré tener. La historia en la que me he metido está llevándome por lugares que no había pensado y todo lo que tenía en mente se está deshaciendo por momentos.

—Tú intenta llegar al aeropuerto a tiempo y ya está —le respondo con sequedad.

¿Demasiada?

Se hace el silencio durante unos segundos pero con Luca eso es demasiado, está claro.

—Tendríamos que hablar de lo que está pasando, Sara.

Resoplo sin querer y él me lo nota, por supuesto. Le escucho suspirar de forma condescendiente, algo que me pone muy nerviosa.

—No me pasa nada, ya te lo he dicho —le reitero como llevo haciendo ya días.

—Sé que sí que te pasa algo pero comprendo que no tengas por qué contarme todo. Sólo quiero que sepas que puedes hablar conmigo. Cuando lo necesites.

Su tono tranquilo y ese suave acento italiano me hace sentir fatal por no haberle contado mis miedos actuales. Sé que puedo contar con él. Ahora tenemos una relación y es con quien más a gusto he estado en toda mi vida. ¿Por qué entonces me sigo callando las preocupaciones y no

cuento con él desde el principio?

—Luca, yo…

—¿Qué es eso? —me corta él, frenando el coche en seco.

Dirijo mi mirada hacia el sitio que Luca está mirando y me fijo en un cartel de madera con un nombre escrito en él: Mist Rachs.

—¿Qué coño es eso de Mist Rachs? —pregunto, buscando en mi móvil esas palabras para buscar información.

—¿Dónde estamos? —empieza a preguntarse Luca para luego dirigirse a mí—. ¿Aparece algo en internet?

—Sí, dice que eres rematadamente engreído por haber creído que podrías…

Me da un mordisco rápido en la oreja que me hace sonreír.

—Creo que tendríamos que entrar —dice sin arrancar todavía—. De todas formas, me parece que ya hemos perdido el avión, así que descansemos en este pueblo, busquemos la forma de volver a Viena y reemprendamos el camino. Puede que alguien nos sepa decir algo.

—Espero que el internet vaya mejor al entrar porque se me ha quedado muerto el buscador —me quejo, bloqueando el móvil y volviéndolo a guardar—. Y si de paso deja de nevar, mejor que mejor. No voy a acostumbrarme en la vida a que haya zonas de por aquí en las que sea verano y tenga que ponerme la ropa de invierno.

Luca arranca y dejamos atrás el cartel de aquel pueblo, pasando por encima de un puentecito.

—A veces hay tormentas que no han estado nada mal —me recuerda, haciéndome pensar en aquella que nos pilló en mitad del camino de vuelta a Viena hace unas semanas, cuando pasamos una increíble y tórrida noche en esta furgoneta.

Algún día tengo que escribir en mis libros una escena parecida, al menos, en intensidad emocional; no me olvidaré jamás de aquello.

—¿Por qué tienen todo adornado como si fuera Navidad? —pregunto mientras observo por la ventana las casitas y los puestos de un mercadillo demasiado navideño para verano.

—Parece que en este pueblo nieva con una intensidad asombrosa —comenta él, también extrañado.

Pero mi atención se centra en un nombre que acabo de escuchar cerca de nosotros. En la calle, alguien llama a una chica que corre, divertida, vestida con un traje de época. Ella se gira y se frota los brazos hasta que llega una mujer joven con el pelo color fuego, que le pone por encima una prenda de abrigo a esa adolescente que parece estar disfrutando tanto.

—¿Has escuchado cómo le ha llamado a esa chica? —le pregunto a Luca.

—Se llamará Isabel.

—Pero le ha dicho Sisi.

—En la actualidad la gente también se llama…

—Pero en la actualidad la gente no viste así. Ni se parecen tantísimo a la verdadera.

—No lo digas —me corta, continuando su camino—. Puede que sea un festival que…

—O es ella y hemos viajado en el tiempo, Luca.

Aguanta una carcajada hasta casi estallarle un ojo.

—A un pasado algo extraño, con luces led por las calles y carteles luminosos de tiendas de todo tipo en donde mira, ahí por ejemplo te arreglan también el móvil.

—Estaba bromeando, tonto —le aseguro—. Pero no me digas que no es casualidad. A lo mejor es que es una descendiente o…

—O es un simple festival del pueblo, Sara.

—Soy escritora, ¿vale? Tengo imaginación —me quejo, haciéndole reír.

—A veces demasiada —me responde, echándome un rápido vistazo—. Y eso me encanta.

Veo que se van alejando la del pelo color fuego y la adolescente llamada Sisi así que no tengo tiempo de comentar su dulce ocurrencia ahora.

—Voy a bajar y a preguntarles.

—Tenemos que buscar un sitio donde descansar y… —me advierte sin prestar demasiada importancia a lo que le estoy diciendo.

Se atusa un momento su pelo oscuro mientras parece querer encontrar alguna indicación concreta en esta calle.

—Tú puedes buscar algún sitio y yo mientras me informo de este misterio.

Sonríe antes de contestarme.

—Creo que estás demasiado metida en tu nuevo libro y crees ver cosas que no existen, Sara.

—¡No me digas que no es una gran coincidencia que yo esté documentándome sobre Sisi y vea a alguien tan parecido a ella corretear por un extraño pueblo!

Se lo he dicho con tanto entusiasmo que él no ha podido reprimir una reluciente sonrisa.

—Bueno, primero arreglamos esto y luego…

—¡Pero las voy a perder de vista! Frena y luego nos encontramos.

—Hace un momento estabas deseando llegar al aeropuerto y de repente… —se queja.

Pero no hay tiempo para eso. Ambas están a punto de girar para meterse en una bocacalle y estoy segura de que van a volatilizarse. Y entonces perderé la oportunidad de mi vida. Porque esto es algo, estoy segura.

Y voy a averiguar qué es y por qué el destino nos ha guiado hasta aquí.

—¡Que me tiro de la furgoneta, Luca! ¡Las voy a perder!

Se echa a reír abiertamente y frena, acercándose a una de las aceras de la calle.

—Estoy seguro de que te habrías tirado —me dice mientras ve cómo me bajo a toda prisa —. ¿No me vas a dar ni un beso antes de ir a…?

—¡Luca, que se me pierden! ¡Luego hablamos!

Cierro la puerta mientras oigo todavía las risas despreocupadas de Luca, al que escucho decirme que tenga cuidado.

Cruzo la calle y me acerco a ellas por detrás. Vale, creo que no he pensado bien la estrategia a seguir y comienzo a darme cuenta de la tontería que he hecho. A lo mejor Luca tenía razón y es solamente alguien que va caracterizada de ella. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que esto podía significar algo? La verdad es que a veces sí que parece que vivo en un mundo paralelo al del resto de la humanidad. La mente me juega malas pasadas y me imagino historias que tendría que ver solamente en los momentos en los que me siento a escribir, nada más.

Joder, qué frío hace y yo sin abrigo ni nada. Al menos no las he perdido. La pelirroja le señala a esa tal Sisi una pequeña tienda de ropa y ella se pone a dar pequeños saltitos, como si estuvieran yendo de excursión al mejor lugar del mundo y no a una boutique a comprar leotardos o a saber qué, porque vestida de esa forma…

Vale, genial, han entrado en esa tienda. Y se ha puesto a nevar con ganas. Y hace frío. Y yo voy en manga corta. ¿Entro y les pregunto? Espera, ¿qué les pregunto? *Hola, ¿eres Sisi, la pasada pero seguramente para ti futura Emperatriz de Austria? Es que estoy documentándome para escribir tu historia precisamente y…* ¿Qué? Precisamente, ¿qué? ¿Cómo ella, si lo es, va a saber su futuro? Lo más probable es que no sea ella. Lógico, sí, vale, pero a veces me dejo llevar por mis impulsos y… Entonces le preguntaré si es descendiente de ella. O hace de ella en algún tipo de obra de teatro. O…

Pero, ¿qué narices hago yo aquí, espiando a dos personas… por nada?

Sigo mirando a través del cristal a una distancia prudencial, intentando aclarar mis locas ideas por una vez en la vida, preguntándome sobre lo que me ha llevado a bajarme de la furgoneta y cuánto tiempo va a estar Luca riéndose de esta nueva locura mía.

Creo que necesito empezar a pensar antes de actuar. Con unos segundos de margen a lo mejor me valía para evitar meterme en jaleos.

Pero ahora, ¿qué hago?

# V

*Jenna*

—Como comprenderás, necesitamos máxima discreción —le termino de explicar a Tyra con rapidez mientras la pequeña Sisi se divierte mirando toda la ropa que hay en la tienda.

—Tranquila, Jenna, esto es Mist Rachs —responde con una calma asombrosa—. Es extraño que esté habiendo tantos turistas en tan poco tiempo pero imagino que Pete ya se encargará de investigar eso. Por lo demás, no va a haber problema con la gente del pueblo.

—¿Esto es normal para vosotros? —exclamo sin ser capaz de asimilar todavía todo lo que está sucediendo.

Ella asiente, sonriente.

—Ahora que formas parte de Mist Rachs, tendremos que ponerte al día.

—¿Reunión de chicas? —propongo con ilusión.

—Y con rapidez además —acepta ella, encantada con mi propuesta.

Así de sencillo tendría que ser siempre con la gente: conocer a alguien y que te admitan en su vida sin tratar de juzgarte antes o intentar encontrarte algún horrible defecto por el que rechazarte.

¿Por qué el mundo no puede ser como Mist Rachs?

—¿En serio podría ponerme esto? —escuchamos decir a Sisi, que levanta en su mano un pantalón vaquero algo rasgado y desteñido.

—¿Eso te gusta? —pregunto asombrada—. ¿No te parece una prenda extraña o…?

—Con esto podría ir al bosque; parece cómodo. Y no me rozaría con todo. Es perfecto. Además, vosotras vais con pantalones parecidos. Eso es que se puede vestir así, ¿no? Siempre he envidiado a los hombres por ponerse prendas tan cómodas mientras nosotras tenemos que ir siempre con horribles e incómodos vestidos.

Tiene todo el sentido del mundo.

—Entonces puedes probártelo y lo compraremos si te gusta —le aseguro.

A ella se le iluminan esos ojos claros tan expresivos. Tiene un… algo. Estás cerca de ella y te embarga una sensación de felicidad extraña de explicar. ¿Este es el efecto que tenía sobre la gente de su entorno? ¿Por eso se enamoró el emperador de ella nada más verla?

Es increíble lo rápido que estoy aceptando lo que está pasando en este pueblo y me esté

haciendo este tipo de preguntas sin plantearme la posibilidad de haberme vuelto loca.

Sisi extiende los brazos en cruz y no comprendo qué es lo que está haciendo hasta que Tyra reacciona con rapidez.

—En Mist Rachs nos probamos la ropa detrás de esa cortina —le dice, señalando los probadores.

A Sisi parece hacerle una tremenda ilusión lo que Tyra le acaba de comunicar porque corre hacia la cortina como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Es una chica increíble —le digo en bajo a Tyra en cuanto Sisi se mete en el probador.

Ella hace un gesto de aprobación mientras comienza a coger diferentes prendas de la tienda.

—Y, ¿qué tal con Philip? —me pregunta.

—Bien, genial. Estábamos haciendo la mudanza cuando…

Me mira de reojo justo después de coger un abrigo de la talla de Sisi.

—Sabía que te quedarías —confiesa con una sonrisa en los labios—. Todas lo intuíamos.

—Y, ¿no os parece como… precipitado? No sé, me daba algo de vértigo tomar la decisión porque siendo solamente unos días los que…

—Esto es Mist Rachs, Jenna —me corta ella, acercándose al probador—. Aquí las cosas suceden de otra forma siempre y no nos extrañamos de nada. Tu lugar estaba aquí y por eso te quedaste, da igual el tiempo que tardaras en decidirlo. Mist Rachs es ahora tu vida, no te preocupes por las cosas que fuera de aquí le afectan a la gente porque ya estás viendo que en este pueblo no funcionamos precisamente como en otras partes.

Sonrío ante sus acertadas palabras mientras ella pasa toda aquella ropa a Sisi por encima de la cortina, dándole unas sencillas explicaciones.

—Entonces, vosotras sois capaces de saber si alguien va a quedarse en el pueblo o están de paso —le comento, intentando saber un poco más de Mist Rachs.

Ella viene hacia mí y asiente antes de hablar.

—Por ejemplo, la persona que está fuera de la tienda, mirando de vez en cuando hacia dentro, no va a quedarse en el pueblo.

Me giro hacia donde Tyra ha señalado levemente con la cabeza y veo a una mujer de unos treinta años, de pelo corto color chocolate, ojos curiosos y semblante nervioso. Se da cuenta de que la estoy mirando y tuerce la vista hacia otro lado, separándose del escaparate.

¿De qué me suena a mí…?

—Esa mujer… Creo que… ¿No es Sara Fernández, la autora de Civitas?

Tyra se fija un momento en ella y arruga la frente al darse cuenta de quién es.

—¿Qué hace ella aquí?

—Ni idea —respondo—. Acaba de publicar hace poco su libro. ¿No tendría que estar en

plena promoción?

—Bueno, esto es Mist Rachs. Puede que ella esté… En otro punto, ya sabes —me intenta explicar Tyra, echando un vistazo al probador, que sigue cerrado—. Además, mira qué ropa lleva.

¡Es cierto! Va con ropa de verano, igual que Sisi.

—Me asombra lo rápido que me estoy acostumbrando a pensar que puede haber llegado alguien de otro momento temporal —reconozco, haciendo sonreír a Tyra.

—Dile que entre, anda —me pide, señalando a Sara Fernández con la cabeza—. No queremos que se resfríe la talentosa escritora.

—Pero Sisi… —le recuerdo.

—Tranquila, yo me encargo de eso —me asegura, yendo hacia el probador.

Voy hacia la puerta y abro justo cuando ella está disimulando, mirando algo en el móvil con la boca abierta.

—Hola —le digo, haciendo que se gire hacia mí con rapidez y asombro—. ¿Necesitas algo de abrigo?

—¿Qué? —exclama con tono agudo, seguramente no sabiendo cómo explicar mil cosas.

—Vas en manga corta —le digo, señalando con la mirada sus brazos.

Ella parece darse cuenta en ese momento de su ropa y es como si a partir de entonces sintiera frío, no antes.

—Me vendría bien una chaqueta, sí —comenta—. En pleno verano y tenéis esto muy navideño, que hasta nieva.

—Ya… —contesto mientras abro la puerta de la tienda, no sabiendo qué decir.

—Cómo es el Tirol, ¿eh?

—Eh… Sí, es que…

Nunca se me ha dado bien mentir, lo reconozco. Si vivir en Mist Rachs implica mentir, lo voy a pasar muy mal.

Entramos a la tienda y Tyra la recibe con una agradable sonrisa. Que es digna de admirar, todo hay que decirlo, porque es domingo, ha tenido que abrir la tienda y encima nos atiende a todas con amabilidad.

Estas cosas solamente pasan en Mist Rachs, está claro.

—Buenos días —le dice a la escritora—. Necesitas algo de abrigo, ¿verdad?

—Bueno, sí…

Sara sigue nerviosa, como expectante por si le recriminamos que estuviera espiando desde la calle. Yo lo haría pero dejo que Tyra maneje la situación; ella lleva más tiempo haciendo… estas cosas, no sé, yo creo que sigo esperando despertarme en mi antigua casa, antes de volver a mi antiguo restaurante con mi antiguo novio.

Y me puede dar algo como eso pase.

—Puedes mirar en esa zona de allí algo para este tiempo —le explica Tyra, señalándole un lado de la tienda—. Coméntame si necesitas cualquier cosa.

Sara asiente y va hacia esa parte de la tienda cuando sale Sisi del probador, radiante con su nuevo look moderno y natural.

—¡Es la ropa más maravillosa que he tenido en mi vida! —exclama, comenzando a dar vueltas sobre sí misma con entusiasmo.

Tyra y yo no podemos evitar sonreír al ver lo feliz que parece con unas sencillas prendas de invierno: vaqueros, camiseta, jersey, botas de nieve, abrigo y el conjunto de gorro, bufanda y guantes a juego. Está preciosa con esos tonos rojos y verdes oscuros que Tyra le ha elegido.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —le pregunta Tyra a Sisi mientras Sara observa de refilón la escena.

—Pues no lo sé —responde—. Estamos esperando a que el cochero encuentre el camino correcto porque en unas horas el emperador nos…

Empiezo a toser, intentando tapar la explicación de Sisi. Eso llama más la atención a Sara, que frunce el ceño.

—En este pueblo nos tomamos muy en serio nuestros festivales —dice con una sincera y tranquila sonrisa Tyra a Sara, que abre los ojos y asiente, parece que empezando a atar cabos.

Sisi ni siquiera comprende lo que Tyra ha dicho pero no está atendiendo: sigue mirándose al espejo, admirando su nuevo outfit con el que no pasará nada de frío durante su estancia en Mist Rachs.

—Nos llevamos entonces todo esto —le digo a Tyra, acelerando nuestra salida de la tienda—. Y ponle por si acaso algo más de ropa en una bolsa.

—Mi vestido está en… —comienza a decir Sisi, indicándonos con su dedo el probador.

—Yo me encargo, tranquila —le contesta Tyra, yendo hacia allí con un elegante y opaco portatrajes.

Sara se acerca al mostrador con un jersey, un abrigo y unos botines de esos tan calentitos por dentro y tan cómodos por fuera. En otra mano lleva ropa de hombre. Es extraño, porque creía que acababa de divorciarse hacía poco tiempo. ¿Ya estará con otra persona? ¿Será que viene del pasado y sigue con él? Me dan ganas de aconsejarle que deje a ese imbécil porque se cuenta que le fue infiel. Con lo buena que parece ella… Vale, un poco cotilla, pero los escritores son un poco así, ¿no? Gracias a que lo son, indagan en sus personajes y acaban contando una historia. Les tendremos que perdonar este tipo de comportamientos.

—A lo mejor un par de conjuntos de lana también necesitabas —le indico, señalándole las perchas junto al mostrador con guantes, bufandas y gorros conjuntados como el que lleva Sisi.

Ella coge al azar un par de ellos y asiente a modo de agradecimiento. Y yo juro que le comentaría por ejemplo algo sobre su libro pero ahora me da miedo decir cualquier cosa. ¿Y si ella todavía no ha publicado nada y meto la pata?

—¿Quieres llevarte todo esto? —le pregunta Tyra al volver con el portatrajes de Sisi, posándolo a un lado del mostrador.

—Sí, por favor —responde ella, posando todo a un lado de la caja registradora.

—Lo tuyo lo llevarás todo puesto, ¿no?

Sara sonríe, percatándose de que eso es precisamente lo que tiene que hacer antes de salir de nuevo: abrigarse bien. Comienza a colocarse capas de ropa y Tyra le da una pequeña bolsa para guardar sus zapatos veraniegos al ponerse los botines.

—Entonces, ¿cuánto es? —pregunta la escritora cuando por fin está lista para enfrentar el frío de fuera.

Tyra le pasa una bolsa con la ropa de hombre antes de contestarle.

—Regalo de la casa.

—No, por favor, tengo que…

—No hay discusión posible.

—¿Es porque soy yo? —dice ella, bajando el tono, como si se avergonzara—. De verdad que me gustaría poder…

Vale, al menos ya sabemos que ya ha empezado a publicar si cree que Tyra le va a regalar aquello por ser quien es.

—Para nada —le contesta—. Es que quiero pedirle un gran favor.

—Lo que sea, por supuesto —responde Sara.

—Tenemos una pequeña biblioteca y una librería chiquitita en el pueblo. Sería maravilloso para nosotros si se pudiera pasar por allí y dejara algún ejemplar firmado. En este pueblo adoramos leer, ¿sabe? Y usted escribe de forma increíble. En nuestro club de lectura la leímos hace poco.

—Faltaría más —dice con determinación y una extraña emoción para alguien que supuestamente es tan famoso—. Voy a llamar ahora mismo a mi… —parece dudar si decir algo o no—. En un rato me paso. ¿Estarán hoy abiertos?

—Les llamo en un momento y, en cuanto les cuente quién va a visitarles hoy, van a llegar volando —Sara se ríe antes de que Tyra continúe hablando—. ¿Cuánto vais a quedaros?

—En realidad... Teníamos que coger un vuelo en Viena pero ya no llegamos así que ni idea —confiesa con sinceridad.

Tyra saca una tarjeta de debajo del mostrador y se la pasa.

—Id a este lugar; no tiene pérdida. Allí podréis calentaros un rato, descansar y coger fuerzas para el camino de vuelta.

Intuyo que le ha dado una tarjeta del Timeless.

—Muchísimas gracias por todo, de verdad —le dice Sara—. Y disculpad si habéis pensado algo raro al verme fuera. Yo es que… —se ríe de forma nerviosa, rascándose la nuca—. Escuché que ella se llamaba Sisi —nos explica, señalándola con la cabeza— y creí que… Menuda tontería.

Vuelve a reírse, creo que de sus propios, y acertados, pensamientos.

—Tranquila, no pasa nada —le asegura Tyra mientras Sara se acerca a la puerta—. Espero que disfrutéis de Mist Rachs el tiempo que decidáis quedaros.

Nos saluda con la mano desde allí y sale tan contenta, ya preparada para el clima actual y tranquila por las escasas pero tranquilizadoras averiguaciones que ha hecho.

—Qué guapa es —comenta Sisi cuando Sara se aleja de la tienda, cogiendo su móvil y llevándoselo a la oreja.

—Sí, sí que lo es —responde Tyra.

—Y vosotras también —nos dice.

Sonreímos ambas ante la dulzura de esta niña.

—Gracias, Sisi —le contesto—. Tú también lo eres.

—Yo no mucho —reconoce—. Mi hermana mayor sí que lo es. Y mucho más educada que yo. Mi madre siempre me riñe porque estoy desobedeciendo lo que me dice pero es que hay tanto que hacer… No puedo estar todo el día cosiendo y aprendiendo lo que los tutores quieren que aprendamos. ¿No sería mejor salir ahí afuera y aprender de la naturaleza, de la gente y de los animales?

Me ha dejado con la boca abierta de forma literal. Ambas tardamos un segundo en contestar porque las palabras de Sisi nos demuestran que los libros de historia que decían que era increíble tenían razón.

A lo mejor se quedaban cortos incluso.

—Eso merece que te lleves todo esto gratis —le dice Tyra, haciendo que Sisi comience a dar saltitos de emoción por toda la tienda.

—Tyra, te vas a arruinar si no le cobras a nadie —le advierto.

—Para los turistas de paso tenemos un fondo, tranquila —me explica.

—Ah, para los que nos quedamos, ya no.

Ambas reímos, puede que contagiadas por el entusiasmo de Sisi, que sigue girando sobre sí misma por toda la tienda con su nueva ropa.

—Recuerda que tenemos pendiente una quedada de chicas —me dice Tyra antes de que Sisi y yo salgamos de su tienda.

—En cuanto se calme todo… *esto* un poco, será lo primero que haga —le aseguro.

Salimos de allí y Sisi me mira con expectación.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —me pregunta, esperando que le cuente un divertido plan.
Suspiro y le contesto.
—¿Tienes hambre?
Ella asiente repetidas veces y le indico con la cabeza que comencemos a caminar.
—Entonces, en marcha, señorita.
Vamos a ver si Philip ya ha hecho sus deberes.

# VI

*Philip*

Estoy de los nervios. Llevo así desde que mi madre llegó a Mist Rachs. No es algo que me esperaba que pasara en mi vida, la verdad. Sí, sé que hay una leyenda que… Pero la mayoría de gente viene por Mist Rachs una vez en la vida para no volver más. En el caso de mis padres, con más razón. Nadie podía saber de mi existencia y tuvieron que dejarme aquí para salvar mi vida y la suya propia. ¿Cómo imaginar que volvería alguno de ellos? Claro que ha vuelto pero en un tiempo anterior a todo eso. ¿Querrá decir entonces que puede ser…?

No puedo seguir soñando, tengo que centrarme y vivir el presente, el aquí y el ahora, porque una oportunidad así no se vive todos los días.

—Puedes sentarte como si hubieras comprado tú el mobiliario.

André me mira con una sonrisa mientras me muestra una silla vacía en la barra, junto a la zona de los empleados.

—Van a venir de un momento a otro y quiero…

—Tranquilo, que si entran y no las recibes tú en persona, prometo no echarlas a patadas.

Me guiña un ojo y me insiste con la mirada para que me siente y deje la entrada libre de una vez; ya empieza a llegar gente para la hora de las comidas y creo que le estoy molestando un poco.

Cuando voy finalmente a ceder y a irme a sentar, veo aparecer en la puerta a Jenna con Sisi, vestida con ropa actual, bellísima con su melena castaña con bucles en cascada cayéndole por encima del abrigo y coronada por un hermoso gorro de lana.

Mi madre y mi chica: dos mujeres tan bellas que siento ganas de llorar de la emoción cuando llegan finalmente a mí.

Jenna besa mis labios un instante sin perder su sonrisa, preguntándome con la mirada que qué me parece mi madre.

—Está encantadora, Alteza.

Sisi sonríe antes de hablar.

—Sisi —me recuerda con esa dulce y contagiosa sonrisa.

—¿Ya nos apuntaste al taller de villancicos? —me pregunta Jenna, que nos observa a Sisi y a mí como si ella misma estuviera emocionada con todo esto.

—Perdona, sí —le respondo, girándome hacia ella y cogiendo su mano para acariciarla —. Mañana empezamos por la mañana. Tres días —y me vuelvo a girar hacia mi madre —. Espero que puedas quedarte hasta terminarlo para aprender alguno de los villancicos que más nos gustan en Mist Rachs.

—Me resulta curioso que hagáis un festival así en pleno verano —comenta Sisi—. Sois un pueblo peculiar.

—No sabes cuánto —le sale decir a Jenna, haciéndome reír.

Sisi se pone a mirar a su alrededor, quitándose los guantes.

—Esta taberna es muy peculiar…

—Es de Philip —le dice Jenna con ¿orgullo?

Acaricio de nuevo su mano, agradeciéndole aquello.

—Me gusta tu taberna, Philip —comenta Sisi—. ¿Qué tipo de bebidas y comidas hacéis?

Esta es una pregunta algo complicada porque le van a resultar algo extraños muchos de los platos que preparamos aquí.

Tiro de inventiva lo más rápido que puedo antes de contestar.

—Un poco de todo: me gusta mezclar platos de muchos lugares diferentes.

—¿En serio? —pregunta ella con emoción—. Me gustaría muchísimo probar algo de lo que aquí preparáis antes de mi partida.

—Cuando quieras, te prepararemos algo especial para que puedas comer todo lo que te apetezca —le prometo, encantado con que mi madre vaya a probar lo que hacemos en mi restaurante.

—La semana pasada terminó el taller de cocina que impartía Philip pero a lo mejor le apetece hacer una excepción y te muestra cómo hace las cosas en persona —le propone Jenna, mirándome de reojo—. Es divertidísimo.

—¿Podría? —dice con entusiasmo Sisi.

Me encojo de hombros aunque estoy encantado con la idea.

—Si quisieras, podríamos preparar algo sencillo que…

Ella aplaude en silencio, emocionada. Estoy pasando tiempo con mi madre biológica, con la archiconocida Sisi, y creo que todavía no me doy cuenta de lo que esto significa para mí. Ya pensaré en todas esas cosas más adelante; ahora solamente quiero disfrutarlo.

—Ahora tendría que volver a la posada —nos dice con pena ella— pero me gustaría veros después.

—Te acompañamos a… —comienzo a decirle.

—No, por favor —responde—. Ya os he robado suficiente tiempo esta mañana. Además, sé volver sola; tengo un buen sentido de la orientación.

En mi cabeza aparece Pete volviéndose loco porque he dejado pasear por Mist Rach a

Sisi a su aire y me entran ganas de reír.

—Muy bien —le digo—, entonces, nos vemos en otro momento.

—Si necesito ponerme en contacto con vosotros, ¿cómo…?

Esa pregunta es bastante normal. Ella no conoce todavía lo que es un teléfono y menos un móvil.

No me extraña que Pete se estrese cuando vienen turistas de tan *lejos*: hay que tener cuidado con el conocimiento que se llevan de aquí.

—Puedes hablar con Loreen y ella sabrá decirnos —resuelve Jenna, a lo que yo asiento.

—Parto, pues —dice Sisi con graciosa solemnidad y hace una casi imperceptible reverencia. Coge unas bolsas de la mano de Jenna y se dirige a ambos—. Gracias por todo y hasta luego.

Sin darme cuenta, he hecho un gesto con la cabeza para despedirla, igual que el suyo. Veo cómo sale del restaurante, poniéndose de nuevo los guantes y emprendiendo el camino en dirección al Timeless sin dudar hacia dónde tenía que girar.

—Bueno, ¡ahora cuéntame! —escucho a Jenna mientras me tira del brazo con impaciencia.

Suspiro en cuanto pierdo de vista a mi madre y vuelvo a mirar a Jenna.

—Pete está haciendo sus gestiones y mis padres me han dicho que me pase luego a hablar con ellos, que me contarán lo que saben.

—Ah, que saben más de lo que te han contado hasta ahora.

Su voz parece la típica de los detectives de las películas y me hace tanta gracia que beso sus labios antes de responder.

Aunque si no me hubiera hecho gracia, también la hubiera besado.

—Creo que algo escondían porque no se han sorprendido demasiado cuando les he dicho quién ha llegado al pueblo.

—¡Jenna! —escuchamos a André casi gritarle al oído mientras se lanza a sus brazos—. ¿Vais a quedaros a comer? Porque hoy el jefe no parece tener ganas de trabajar.

—Te recuerdo que hoy libraba —le digo, empujándole con suavidad cuando suelta a Jenna.

—El jefe librando un domingo justo después del taller de cocina, claro —se queja—. Si es que…

Me río con su queja y miro a Jenna.

—¿Tomamos algo y luego seguimos con la mudanza? —le propongo.

—Tenemos en carta un nuevo postre increíble que a lo mejor… —empieza a decir André como para convencernos, recordándonos nuestro propio postre, ganador del concurso de postres navideños de este año.

—Tengo entendido que la creadora es una cocinera excelente —voy bromeando con él mientras nos acompaña a una mesa libre, cerca de la cocina.

—El toque final se lo dio un increíble chef —comento, dándole un codazo y provocando que vuelva a reírse mientras me mira.

Nos estamos sentando cuando André nos trae las galletas de jengibre y nos dice que va a traernos algo que está seguro de que va a encantarnos.

Y nosotros, pacientes, esperamos mientras intentamos coger fuerzas de todo lo que ha pasado durante estas últimas horas entre caricias y besos.

# VII

*Luca*

Cuando Sara me llamó, estaba mucho más tranquila que cuando bajó a toda prisa del coche. Además, parecía estar de un humor excelente, como normalmente suele estar. Es cierto que lleva unos días algo preocupada y que todavía no me ha contado por qué parece perder su sonrisa en intervalos de unos minutos pero no quiero presionarla para que me cuente lo que puede que todavía no esté preparada para hablar. Al fin y al cabo nos conocemos desde hace pocas semanas y esto lleva su tiempo.

Me doy por satisfecho por estar dándonos una oportunidad a pesar de nuestra peculiar situación. Y es que los medios ya se han enterado de lo que sucede entre nosotros y están publicando todo tipo de historias sobre el tema. Sara, una aclamada escritora, conociendo en un viaje a un guía turístico con el que recorre toda Austria, enamorándose y dejando ambos todo a un lado para seguir viajando. Nadie sabe que la verdad y su editorial ha preferido vender que está dándose unas buenas vacaciones conmigo antes de que la gente siga comentando posibles nuevas historias para las que se está documentando.

Bueno, en realidad este viaje sí que nos lo estamos tomando como unas buenísimas vacaciones aunque tengamos que trabajar a ratos.

—¿Te puedes creer que aquí no hay ningún restaurante de comida rápida ni nada parecido? —es lo primero que me dice al verme.

Hemos quedado en la plaza principal del pueblo y ha aparecido con varias bolsas en la mano.

—Ni un beso para el mejor guía del mundo —me quejo ante ella, haciendo pucheros.

Sara sonríe con mi tonta broma, deja las bolsas en el suelo y por fin me da un beso que se convierte en cinco con un abrazo que dura unos cuantos segundos.

—¿Dónde dejaste la furgoneta? —me pregunta—. Tenemos que cambiarnos con urgencia de ropa o enfermaremos. Creo que va a caer una buena tormenta.

—Está en el aparcamiento de un hotel precioso que hay al final de la calle.

—¿Un hotel? —pregunta, frotándose los brazos—. Antes me dieron precisamente una tarjeta que…

Vuelvo a abrazarla y ahora soy yo quien le froto para hacer que entre en calor.

—Podríamos quedarnos al menos un par de días aquí —le propongo.

—Pero el avión…

—¿No eras tú la que querías averiguar qué hacía Sisi aquí? —le pregunto al ver su cambio de actitud.

—Me dijeron que era una especie de festival o algo así y que iba vestida de época por eso.

Sigue cayendo la nieve a nuestro alrededor mientras hablamos. Es increíble, hace unas horas estábamos agobiados de calor y ahora…

—Me parece que aquí pasa algo más que eso —le anuncio.

Su rostro denota atención absoluta, igual que cuando le cuento anécdotas históricas sobre cualquier personaje que se me ocurre.

—¿Qué crees que puede estar pasando?

—No lo sé, Sara, pero… Es una intuición. Entré al hotel para preguntar cómo llegar hasta el aeropuerto de Viena y solamente me dijeron que en cuanto saliéramos por el puente de la entrada, estaba el camino correcto.

—Bueno, es que eso es normal. Tú porque te empeñas en ir por caminos que…

—No —le interrumpo antes de que siga tomándome el pelo—. Es otra cosa. Pedí una habitación para que descansáramos un poco y cuando me dijo hasta qué día iba a quedarme, le pedí un calendario. ¡Y dijo que no tenía!

Sara parece que está aguantando la risa.

—¿Y?

—Es un hotel, Sara, ¿no tienen ni un calendario? Porque tuve que sacar yo el móvil para decirles la fecha.

—La verdad es que tú también… No saber calcular dos días y tener que…

—Sara, que está todo decorado como si fuera Navidad —le recuerdo, señalándole con la cabeza todo a nuestro alrededor.

—Pero tú antes dijiste que…

—Lo sé pero es todo muy… extraño. Además, alguien en el hotel comentó de pasada que era domingo.

Ella frunce un instante el ceño pero parece que no quiere darle mucha importancia a aquello tampoco aunque estemos a martes.

—Estaría hablando de otra cosa —dice, quitándole importancia.

—También vi de refilón en el salón junto a un árbol de Navidad un gran calendario de Adviento con los cajones abiertos hasta el número catorce.

A ella cada vez se le hace más difícil seguir poniendo excusas.

—Bueno, vale, quedémonos un par de días —concede—. Pero por favor, vayámonos a

cambiar o me pasaré los dos días con cuarenta de fiebre en la cama.

Sonrío y la beso, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—¿Mejor? —pregunto después.

—No te digo que no me gusten tus besos pero preferiría tener puesto un buen abrigo, Luca.

Me hace reír su sincero comentario y comenzamos a caminar hacia el hotel. Rodeo sus hombros con mi brazo y sigo frotando su piel para que no tenga demasiado frío.

Pasear bajo la suave nieve que cae sobre este encantador y extraño pueblo mientras bromeamos sobre mil tonterías se va a convertir en otro de mis nuevos recuerdos favoritos de mi vida.

# VIII

*Jenna*

Hemos venido a casa de sus padres, un encantador hogar con mil recuerdos por todos los rincones del mismo. La decoración navideña es antigua pero elegante y huele a eucalipto y pino en cada esquina.

Estamos los cuatro en el salón, sentados en unos acogedores sofás al lado de una llameante chimenea con una taza de chocolate caliente entre las manos. Max y Erza nos observan con una gran sonrisa, sobre todo cuando Philip me atusa el pelo o me llama la atención para decirme algo y me toca con suavidad el brazo. Pero las cosas no están como para detenernos en detalles así. Hemos venido porque tienen que explicarle cosas de su pasado y me ha pedido que le acompañe, así que he dejado todo y aquí estamos, esperando a conocer los detalles que seguramente afecten a Philip como todo lo que está pasando hoy.

Porque lo de hoy está siendo de locura, aunque en Mist Rachs parezca que ya están acostumbrados a este tipo de *visitantes*.

Y para confirmar la solemnidad del momento, Philip deja su taza medio vacía encima de la mesa que tenemos enfrente, haciendo yo acto seguido lo mismo como muestra de apoyo; si dejar sin terminar esta delicia no es un acto de amor, nada lo es.

—Creí que me habíais dicho todo lo que sabíais sobre mis padres —les dice Philip aunque no siento que sea con tono de reproche, sino de sorpresa.

—Había algo que no quisimos decirte porque te habría hecho mucho daño.

—¿Daño? —pregunta él.

—Es complicado, hijo —le dice su madre, revolviéndose en su sitio.

—¿Qué es lo que sabíais y por qué no os sorprendió que ella estuviera aquí?

Su padre suspira y mira a su madre. Y ahora es él quien toma la palabra.

—Ya conoces la leyenda del tercer retorno —le dice a modo de introducción.

—Eso… —pregunto.

Philip me mira y comprende: todavía no conozco las leyendas de Mist Rachs y me pierdo cuando comentan cosas relacionadas con ellas.

—Un visitante puede volver tres veces a Mist Rachs, no más —me explica—. A la tercera, si no se queda, nunca más encontrará el camino para regresar.

—Eso tendrías que habérmelo comentado antes por si me daba por hacer gestiones durante la semana pasada —le comento con algo de angustia, imaginando qué habría sucedido si llego a irme tres veces de aquí.

No me quiero detener en ese horrible pensamiento y, por suerte, Philip me saca de esa pesadilla.

—Tu destino estaba aquí, Jenna, no pasa nada.

Acaricia mi mejilla mientras me dedica una arrebatadora sonrisa que me calma al instante. Acto seguido, dirige su mirada hacia su padre, indicándole que puede continuar.

—Cuando tu madre vino con tu padre —prosigue— nos dijo que ella ya había estado aquí cuando era una adolescente, antes de casarse con el emperador.

Ahora es Philip el que se revuelve, nervioso, en su asiento. Comienzo a acariciarle el brazo mientras con la otra mano aprieto la suya propia.

—No te dijimos nada porque no sabíamos si ella ya había estado aquí o si volvería en un futuro —continúa el relato su madre—. No queríamos que pasaras tu vida esperando algo que podría no suceder jamás.

Philip calla, comprendiendo todo. Tiene lógica que hayan hecho eso sus padres adoptivos. De todas formas, no creo que Philip, conociéndole lo que le conozco, se hubiera enfadado con ellos; menos aún, sabiendo por qué lo hicieron.

—Es decir, que mi madre ha estado aquí dos veces —dice ahora Philip—. ¿Y si pudiera…?

—No, cariño —le corta su madre—, no te hagas eso. No empieces a pensar que puede que venga una tercera vez.

—Pero es inevitable que… —se queja él antes de que su padre tome de nuevo la palabra.

—Lo que tenga que ser, será —le dice—. Lo único que queremos que sepas es que tus padres te adoraban y les dolió infinitamente tomar la decisión de dejarte aquí. Lo hicieron porque ya sabes que no tuvieron más remedio.

Llegados a este punto, necesito preguntar algo que llevo todo el día sin comprender.

—Una cosita… —comienzo a decir, consiguiendo que los tres me presten atención—. ¿Por qué tuvieron que dejarle aquí?

—Podría haber corrido peligro —me responde él.

—Pero el resto de… de tus… ¿hermanos? siguieron viviendo allí, ¿no? ¿Por qué a ti precisamente te trajeron a Mist Rachs?

Philip me sonríe y siento que he podido decir una tontería que para ellos es evidente pero no logro entender ese detalle. La emperatriz y el emperador huyendo a un pueblecito para dejar a uno de sus hijos en manos de desconocidos…

No llego a comprender los motivos que podrían haber tenido.

—Ella ya es de Mist Rachs —le dice Erza a Philip—. Ya puede saber ciertas cosas.

—Lo sé, mamá —responde él sin dejar de mirarme—. Es sólo que no ha habido tiempo para hablar de ello —y ahora se dirige a mí—. Jenna, mi madre biológica es Sisi, es cierto, pero mi padre no es el emperador.

Tardo unas milésimas de segundo en procesar aquello.

—Espera, ¿qué? —pronuncio con voz demasiado estridente.

—Sisi y el emperador… —prosigue—. Antes las cosas eran diferentes. Se casaron y tuvieron descendencia pero ellos…

—No sentían lo mismo que sentís vosotros el uno por el otro —le ayuda su madre—. Al menos, no toda su vida.

—Vale… Comprendo, sí. Pero… ¿Sisi tuvo una aventura con alguien?

—No fue una aventura por lo poco que pudimos ver nosotros —dice ahora Max—. Era… como lo vuestro.

—Vaya… ¿Se querían de verdad? —comento.

Philip me mira con asombro y se le escapa una tenue risita nerviosa.

—¿Me estás diciendo que me quieres o es mi imaginación? —me suelta así sin más, delante de sus padres, haciéndome enrojecer.

—¡Estamos hablando de…! —comienzo a decir, intentando evitar el tema de forma muy torpe, consiguiendo que los tres se rían.

—Hablaremos de esto en la cena entonces —me susurra en el oído Philip, dándome después un tierno beso en la mejilla.

Tengo que cambiar con rapidez de tercio o voy a enrojecer tanto que pareceré un gorro de Santa Claus.

—A ver —empiezo de nuevo a hablar—. Sisi tenía una relación fuera del matrimonio con tu padre biológico, ¿no es así?

Philip asiente antes de responder de forma verbal.

—Eso es.

—Bien. Y, ¡quién era!

De nuevo los tres vuelven a reírse con mi tono desesperado. A lo mejor he sonado algo cotilla pero todo esto me tiene desconcertada desde hace horas; necesito ir cerrando dudas. Al menos, las más sencillas de resolver.

Que tampoco es que sean sencillas pero ya me entendéis.

Philip se remueve en su asiento, suspirando antes de responderme.

—No sé si conocerás un poco la historia de Sisi —comienza a explicarme—. Era alguien cercano a ella, más cercano de lo que la gente pensó que estaba porque siempre cuidaron mucho todo para que nadie sospechara más de lo que hacían.

—Philip, te pido por favor que me des ya un nombre y ya luego me explicas lo que…

Vuelven a reírse y yo a desesperarme.

—Andrássy —dice por fin—. Mi padre biológico es el conde Gyula Andrássy.

Por supuesto que sé quién es. Al menos conozco el nombre y he visto alguna fotografía de él, aparte de haberme tragado cientos de veces las películas de la trilogía.

Y ahora comprendo todo. El círculo se cierra. Ya puedo darle un sentido a lo que sucede.

—Ahora entiendo —le digo, resuelta—. Es por eso por lo que eres tan atractivo.

Los tres estallan en carcajadas aunque las de Philip tienen un punto de orgullo en sus ojos.

Él no parece estar ya angustiado pero yo sigo sin poder creerme del todo lo que lleva sucediendo durante todo el día. Si resulta que al final todo el pueblo tenía brotes psicóticos por el agua del río y me lo han contagiado, lo encontraría más lógico que de lo que me estoy enterando en estas últimas horas.

Pero me temo que, de episodios psicóticos, nada.

# IX

*Philip*

—Muchas gracias, Loreen, eres maravillosa —le digo antes de colgar el teléfono.

He llamado al Timeless hace un momento para ver cómo estaba Sisi y el resto de la comitiva que llegó con ella. Parece que, salvo Sisi, ninguno ha querido moverse de sus habitaciones. Les han llevado la comida a las mismas y no han dado problemas. Sisi es otro cantar. Ha estado dándose una vuelta por el hotel, preguntando mil cosas y hablando con todo el que se cruzaba. Ya la conocen todos los que se alojan estos días allí y se saludan con familiaridad.

Mi madre biológica es tan increíble que no puedo evitar sentirme orgulloso de que me haya dado la vida precisamente ella.

—¿Todo bien? —me pregunta Jenna, que sigue tomando la sopa que preparamos para cenar al llegar a casa.

—Bien, bien —le confirmo, sonriente—. Todo preparado para empezar mañana el taller de villancicos.

No he terminado la frase y ya he recibido una bolita de pan por su parte, que impacta en mi nariz con suavidad.

—Te crees muy gracioso ahora pero cuando me escuches cantar, a lo mejor no te resulta tan divertido que te estalle un tímpano.

—Eso suena a amenaza, chef —le digo, haciendo que sonría con aquella palabra que tanto le ha costado conseguir.

—No me intentes ganar con zalamerías porque lo del taller sabes que es un golpe bajo —contesta, volviendo a llevarse la cuchara sopera a la boca.

Sopla un poco y me mira antes de seguir comiendo.

—Estoy un poco nervioso —le confieso, terminando mi sopa.

—¿No cantas tan bien como crees y no quieres que yo me entere? —le hago una mueca y ella sonríe—. Va a ser divertido pasar este tiempo con ella, no te preocupes.

Nos conocemos de dos semanas y ya me comprende mejor que nadie.

—Pero son muchas cosas de las que hay que preocuparse. Ella no puede sospechar demasiado y bajo ningún concepto puede enterarse de quién soy yo o de datos de su futuro.

—Ya me imagino. Sería muy raro si supiera todo lo que le va a pasar en la vida o que acaba de conocer a su futuro hijo cuando le doblas la edad.

—Por eso Pete sufre de úlceras de estómago —bromeo con una sonrisa que me delata.

Vuelven a lloverme un par de migas de pan que esquivo de milagro.

—Lo llevas muy bien, dadas las circunstancias —me dice volviendo a dejar la artillería de harina en su sitio—. Si yo estuviera en tu lugar y conociera a la que era mi madre biológica…

—Bueno, en realidad estoy… Creo que sigo nervioso pero a la vez emocionado y con ganas de volver a verla. Me gustaría poder abrazarla y contarle mil cosas pero sé que eso sería demasiado raro —confieso con algo de dolor. Conocer a tu madre, a la cual jamás pensaste que pudieras ver, y no poder siquiera tener contacto físico ni decirle que eres su hijo, es bastante doloroso—. Pero tú seguramente estés más perdida que yo en estos momentos.

Jenna sonríe y se encoge de hombros.

—Desde el primer día que pisé Mist Rachs supe que aquí pasaba algo así que casi es un alivio saber por fin las cosas. Pero todavía me parece una locura.

—Siempre que alguien se queda a vivir aquí y empieza a enterarse de todo esto, le cuesta asimilarlo varias semanas —le cuento—. Sally se tiró un mes preguntándonos a cada uno de forma constante de qué época éramos.

Todavía me río al recordar lo graciosa que estaba nuestra vecina, agobiada por no saber si tenía que creerse lo que sucedía en Mist Rachs o huir de aquí.

—¿Sally? —pregunta Jenna—. ¿Sally Ross? ¿De la tienda de antigüedades?

—Sí, ella.

—Vaya, no sabía que no era de aquí.

—No eres la única que ha llegado de otro lugar y ha decidido quedarse.

—Las chicas quieren quedar para hablar de todas estas cosas —me cuenta, parece que encantada con el plan.

—Las dudas que vayas teniendo, puedes preguntármelas a mí o a cualquiera del pueblo. Creo que sabes que vamos a estar encantados de explicarte lo que necesites.

Ella asiente sin perder su hermosa sonrisa.

—Pues sí que tengo alguna pregunta, ahora que me lo dices… —separo mi plano y apoyo los brazos sobre la mesa para escucharla con atención—. Tú eres algo así como un príncipe, ¿no?

Me da la risa pero al ver que habla muy en serio, me calmo para responderle.

—No soy un príncipe, Jenna, solamente soy Philip.

—Pero eres hijo de una emperatriz —insiste—. Sus otros hijos lo eran.

—Ellos estuvieron allí y yo aquí; es diferente vida la que hemos llevado.

Y parece que tiene más dudas.

—¿No te da pena saber que no vas a poder conocerles?

Me encojo de hombros.

—Es algo sobre lo que no pienso. No puedo hacer nada así que no es útil preocuparme por algo así.

—Me encantaría poder no preocuparme por lo que no puedo cambiar —me dice tan seria que vuelven a darme ganas de reír con su frustración.

Levanta la vista hacia mí de nuevo y parece que tiene más preguntas.

—Creo que vamos a tener que poner un límite al número de preguntas al día —le digo, temiendo que se pase la noche encadenando dudas.

Por suerte, aquello le hace gracia.

—Qué forma más sutil de decirme que quieres irte a dormir —se queja sonriente.

Me acerco a ella y le doy un suave pero intenso beso en esos carnosos labios que me volvieron loco desde el mismo instante en que la conocí.

—No tengo precisamente ganas de dormir, Jenna —le susurro antes de separarme de ella y recostarme en mi silla, bastante orgulloso por el efecto que mis palabras han causado en ella.

—En algún momento de la noche terminaremos y volveré a hacer preguntas.

—De lo segundo no tengo dudas pero, ¿estás segura de lo primero?

Se levanta de golpe, haciendo ruido de cubiertos con el rápido movimiento que ha hecho. Aquello me hace reír con ganas. Jenna agarra mi mano y tira de ella para que me levante. Sigo riéndome cuando me arrastra hasta la que desde ahora va a ser nuestra habitación.

Hacer el amor no es siempre algo solemne. Cuando existe esa complicidad que tenemos Jenna y yo, tan difícil de encontrar, se convierte también en una sucesión de momentos divertidos en los que hay risas mezcladas con caricias y besos que llegan a cada rincón de nuestros cuerpos.

La chimenea del dormitorio crepita y la nieve sigue cayendo sobre los tejados y el empedrado suelo de Mist Rachs mientras aquí dentro Jenna y yo hacemos magia.

Una más increíble que la que envuelve a este pueblo tan peculiar.

# X

*Sara*

—Pero no nos podemos quedar aquí para siempre —le recuerdo a Luca, que me sigue enseñando ese dichoso papel.

Ha estado apuntando una especie de talleres que se imparten en este pueblo durante este extraño festival navideño en pleno verano. Lleva desde ayer preguntando a todo el mundo mil cosas y la gente ya empieza a sentirse interrogada incluso. Y no me extraña, porque cuando Luca se empeña en saber algo, llega hasta el final.

—No tenemos demasiada prisa, ¿no? Además, puedes empezar a escribir aquí.

—Sí, pero…

—¿Ves? Podemos quedarnos al menos un par de días.

—A ver, por poder…

—¡Decidido entonces! —exclama con la ilusión de un niño pequeño—. ¿A qué taller te apetece apuntarte mientras estemos aquí?

Suspiro, sabiendo que vamos a acabar haciendo alguno de esos talleres aunque me resista.

—Si estoy haciendo mil cosas no me va a dar tiempo a empezar a escribir —le digo mientras echo un vistazo al puñetero papel.

—No cuentes con las noches para ello —le escucho que me dice.

Levanto la vista hacia él y me contagia su sonrisa pícara. Me revuelvo encima de la cama, en donde estamos desayunando tranquilamente. Luca ha pedido que nos suban un par de bandejas con todo tipo de manjares y desde que hemos llegado creo que he engordado ya dos kilos.

Felizmente ganados.

—En fin… Hoy empieza uno de villancicos. Si quieres, podemos…

—¡Es el que tenía el primero de la lista! —vuelve a exclamar, cada vez más emocionado.

—Pues tendríamos que acabar pronto de desayunar para que nos dé tiempo a llegar —le insto, señalándole con la mirada su bandeja.

Comienza a comer el trozo de croissant que había dejado a medias antes pero parece que de repente recuerda algo y se me queda mirando.

—¿Tú estás bien? —pregunta.

—¿Que si estoy bien? ¿A qué viene eso? —le digo con una risa que no puedo evitar que suene nerviosa.

—No tienes que contarme todo, lo sé, pero también sé que llevas días preocupada por algo y quiero que sepas que puedes contar conmigo para hacer locuras pero también para sentarnos y hablar de lo que sea.

Asiento, aguantando las lágrimas como puedo. ¿Cómo he encontrado a alguien tan asombroso en un viaje de trabajo?

Beso los labios de Luca de forma superficial y su sonrisa se acentúa con ello.

—Lo sé, Luca —le respondo—. Sé que puedo contar contigo.

Creo que este breve silencio significaba que estaba esperando a que yo le contara lo que está sucediendo conmigo pero al ver que no digo nada más, sonríe con algo de tristeza.

—Entonces, villancicos —dice, acariciando un instante mi mejilla y volviendo a dar un mordisco a su croissant.

—¿Sabes que de pequeña estaba apuntada en el coro de mi colegio? —le confieso, algo culpable por no ser capaz de contarle lo que tendría que decirle.

—¿No me digas? —y parece volver a tener el humor de siempre—. Una pequeña y rebelde Sara Fernández deleitando a sus compañeros con canciones de misa.

Volvemos a reírnos como siempre, picándonos mutuamente y bromeando sobre las pequeñas cosas que nos vamos contando poco a poco. Los comienzos no suelen ser complicados y parecen estar hechos para disfrutar, nada más.

Salvo cuando llevas a tu espalda un pesado equipaje del que no sabes cómo deshacerte.

*Luca*

—¿Ves? Fue buena idea apuntarnos a este taller —le digo a Sara en bajo.

Ella me mira y me hace un gesto para que hable más bajo incluso.

—Fue idea mía apuntarnos a este en concreto —me recuerda.

—Pero…

—Shhh —me chista, volviendo a mirar al frente, en donde una mujer de unos cuarenta nos está explicando algo sobre la tradición de cantar villancicos en este lugar.

Me coloco detrás de Sara y abrazo su cuerpo. Ella posa sus brazos sobre los míos y se apoya en mi pecho sin dejar de prestar atención a aquella mujer.

—Perdona —escuchamos decir a alguien a nuestro lado. Nos giramos y vemos a una señora risueña de unos cincuenta que dirige toda su atención a Sara. Y ya sabemos de sobra lo que viene a continuación—. Eres Sara Fernández, la escritora, ¿verdad?

Veo a Sara sonreír con educación.

—Sí, soy yo —le responde en el mismo tono en el que me hablaba a mí hace un momento.

Pero aquella señora no parece tener problema con ello.

—Me dijeron que estuviste ayer firmando bastantes libros en la librería —le dice.

—Sí, los que había —contesta Sara.

—¿Hablaste con August?

—¿Quién?

—August, es nuestro bibliotecario —le explica la señora—. Seguro que le encantaría conocerte. Ya se ha leído tu libro unas diez veces. Si tuvieras un momento libre para poder dejarte caer por la biblioteca del pueblo…

Veo a Sara volver a sonreír, esta vez con sinceridad.

—Me pasaré después por allí —le dice Sara, esperando que así esa mujer deje que sigamos escuchando.

—Estamos muy contentos de tenerte aquí —sigue ella. Y entonces me mira—. Bueno, y a tu marido también.

Sara se gira hacia mí y vuelve a mirar a la señora.

—Es muy amable —le contesta, creo que no sabiendo ni qué decir a eso.

Ha sido bastante raro, sobre todo por cómo la señora se nos ha quedado mirando después de decirlo. Era como si lo hiciera para ver nuestra reacción.

Por fin comprende que no vamos a hablar mucho mientras la mujer que imparte el taller siga explicándonos cosas y se aleja, volviendo a su sitio.

—Ha sido raro —reconozco, hablándole al oído mientras aprieto su cuerpo contra el mío desde atrás.

Se gira un segundo para contestarme.

—No supe qué decir, lo siento.

—No te preocupes, *bellissima*.

Beso su cabeza y siento su cuerpo acercarse más al mío después de aquello.

Hace frío pero vamos bien abrigados con la ropa que ayer trajo Sara, después de su repentina persecución a aquella adolescente que vio al entrar al pueblo. Sigo pensando que lo que aquí sucede no es normal: ni la gente, ni el tiempo, ni todos los pequeños detalles de los que voy dándome cuenta y que Sara parece que está queriendo ignorar. Soy curioso por naturaleza y ella también pero creo que ahora mismo mi chica no puede preocuparse por más cosas y por eso

intenta racionalizar lo que aquí sucede. No es mi caso, así que voy a dar con lo que está pasando aquí aunque tengamos que quedarnos todo un mes.

Estoy pensando cómo trasladarle mis inquietudes a Sara cuando escuchamos una voz cantarina detrás de nosotros, a lo lejos. Todos nos giramos y vemos a la adolescente de ayer acercarse corriendo, saludando con la mano. Ya no va vestida como ayer, sino como alguien de este siglo.

—¡Perdón! —la escuchamos decir cuando está lo suficientemente cerca—. Los caballos tenían más hambre que nunca y no me he acabado de acostumbrar a estos ropajes.

Sara se gira con rapidez para que pueda apreciar su ceño fruncido por lo que acabamos de escuchar.

Y por fin coincidimos ambos a la vez en este cúmulo de sospechas que van rodeándonos desde que hemos llegado.

# XI

*Philip*

—Tranquila, no pasa nada —le dice Jenna a Sisi en cuanto llega a nuestro lado, acalorada por la carrera que se ha debido de dar.

Reconozco que yo ya estaba preocupado pero Loreen me escribió hace unos minutos para decirme que Sisi salió algo tarde del hotel.

—Tenía miedo de no llegar a tiempo y perderme algo —confiesa Sisi, que se dirige a Cathy—. Perdone por la demora; puede continuar.

Cathy aguanta la risa y asiente ante las palabras de Sisi. Ayer estuve poniéndole al corriente de la situación cuando vine a apuntarnos al taller y sabe por qué esta adolescente actúa de forma tan… peculiar.

Es entonces cuando Jenna, sin venir a cuento, abraza a Sisi. Esta se queda algo sorprendida con aquel gesto pero no parece molesta aunque ladea un poco la cabeza, como esperando una explicación.

—Así es como nos saludamos aquí cuando nos vemos —le dice Jenna.

—¿En serio? ¡Qué divertido! —le dice una emocionada Sisi demasiado alto.

Voy a chistarle para que deje que Cathy siga con el taller cuando me sorprende lanzándose a mis brazos. Ahora mismo tengo a mi madre abrazándome, algo que jamás creí que sería posible. Siento su pequeño cuerpo tan pegado al mío que incluso siento cómo le late el corazón de deprisa. Tiene un aroma dulzón y su abundante melena me hace cosquillas en la nariz. Me atrevo a abrazarla yo también durante unos maravillosos segundos antes de que ella se separe de mí para, ahora sí, atender a Cathy, que nos mira con una sonrisa, comprendiendo perfectamente la situación.

Joder, creo que voy a echarme a llorar.

—No sé cómo agradecerte… —comienzo a susurrarle a Jenna, a la que ahora mismo levantaría por los aires en un eterno movimiento circular mientras la beso apasionadamente.

Ella menea la cabeza, sonriéndome.

—Lo he hecho para que no te rías mucho cuando tenga que cantar —me responde.

Ahogo una carcajada como puedo, y lo consigo al pegar mis labios a los suyos.

Es imposible poder describir el grado de felicidad que siento en este instante.

Y eso incluso asusta.

*Jenna*

Estamos ya en un aula que la iglesia del pueblo nos ha prestado para poder hacer el taller sin morir de frío en el intento. No me imagino tener que cantar a bajo cero mientras nos cubre la nieve tres palmos y estar en esas condiciones durante horas. Aquí, sin embargo, tenemos calefacción, bebida, comida y unos confortables asientos de los que me cuesta levantarme cuando Cathy nos pide que lo hagamos para alguna práctica.

—Los villancicos que os estoy repartiendo son los que aprenderemos en este par de días que dura el taller —nos va diciendo Cathy mientras nos da a cada uno un papel decorado con motivos navideños y las partituras de tres villancicos con sus correspondientes letras.

Cuando le entrega su papel a Sisi, esta lo mira extasiada.

—¿Qué tinta es esta? —pregunta, mostrándonos su papel.

—La imprenta del pueblo usa tintas especiales para el frío —le responde con rapidez Philip, evitando tener que explicarle lo que es una fotocopiadora.

Ella abre la boca y asiente, tocando con delicadeza el papel, como si temiera que la tinta fuera a impregnarle sus dedos.

—¿Alguien conoce alguno de estos villancicos? —pregunta Cathy, volviendo al frente de la sala.

—Creo que el segundo es el que mis padres nos cantaban cuando éramos pequeños —comenta Philip en alto.

—Me encanta imaginarme a la alcaldesa cuando era sólo una niña —escuchamos a Massie decirle a Chas, su marido, que asiente ante esas palabras.

—Era una tiradora de pelo profesional —se queja Philip, haciéndonos reír a todos con aquel pequeño dato sobre Marie.

Y ahora que lo pienso, no sé si les ha contado a sus hermanas lo que está sucediendo. Imagino que están al corriente pero ha sido todo de locura desde ayer así que no me extrañaría que no hubiera podido hablar con ellas directamente. No al menos mientras yo he estado delante.

—Yo conozco el tercero —dice Sisi, levantando una de sus manos.

Cathy sonríe, como si lo hubiera incluido precisamente porque Sisi iba a asistir al taller.

—Un antiguo villancico que se cantaba en la zona de Baviera hace… tiempo —nos explica.

—Todas las navidades las vamos a Munich y lo cantamos después de celebrar mi cumpleaños —nos cuenta Sisi con emoción a todos.

—¿Cumples años durante las navidades? —pregunta Sara, la escritora que llegó también ayer y que se ha apuntado al taller junto a aquel chico tan guapo que la acompaña.

—En Nochebuena para ser exactos —le responde.

—Vaya, qué casualidad —escuchamos que dice el acompañante de Sara, cruzándose de brazos y echándose hacia atrás en su asiento.

—Creo que Pete está tardando en ir a hablar con ellos para ver qué está sucediendo —me susurra Philip.

Cathy creo que no quiere que nadie siga hablando de ninguna coincidencia si está relacionada Sisi en ella así que pasa directamente a hablarnos del primer villancico y la charla anterior se detiene por suerte, no así las miradas que Sara y ese chico le echan a Sisi de vez en cuando.

¿Qué es lo que pretenden? ¿Saben quién es y buscan algo de ella o solamente sospechan?

Ahora comprendo por qué mis ahora vecinos querían saber cosas de mí nada más que me conocían. Necesitaban saber si yo era alguien de quien podían fiarse o no. Mist Rachs es demasiado especial como para no tomar ciertas precauciones. Yo misma espero que Pete lo tenga todo bajo control.

Y pensar que antes el sheriff me incomodaba…

Tres horas de sufrimiento después, acaba el primer día de taller, dejándonos tiempo para hablar entre nosotros mientras tomamos algo de lo que nos han preparado para picar.

—No ha sido tan horrible, ¿no? —me dice Philip, yendo conmigo hacia la mesa con los aperitivos.

—Fue peor lo tuyo con el patinaje, lo reconozco.

Philip se ríe con aquel recuerdo y coge mi cintura, besándome la sien al llegar junto al resto.

—Tienes una voz… peculiar —comenta, ganándose un empujón por mi parte que le provoca más risas.

Qué bien se lo está pasando con su venganza…

—Oye, ¿dónde está…? —le pregunto por Sisi, mirando hacia los lados.

Él la señala con la cabeza mientras sonríe, cogiendo un vaso de vino especiado de la mesa. Sí, allí está, hablando con Tom y su mujer de forma distendida. Ríen y charlan, y no parece que haya ningún problema si está con ellos dos.

Pero entonces vemos que Sara y su acompañante se acercan a ella.

Philip se abre paso hasta allí en silencio conmigo a su lado. Creo que no se fía tampoco

de las intenciones de esos dos turistas que no sabemos de dónde ni de cuándo han aparecido.

—Hola de nuevo —le digo a Sara cuando estamos ya a su lado—. ¿Qué tal todo?

Ella me mira y me reconoce. Su sonrisa al menos parece sincera.

—¡Hola! —exclama ella—. Al final hemos decidido quedarnos unos días por aquí.

—Es un pueblo demasiado bonito como para no aprovechar el golpe de suerte que hemos tenido al encontrarlo —dice ahora su acompañante, uniéndose a la conversación y dejando a medias la charla que parecían haber comenzado con la madre biológica de Philip.

—¿Un golpe de suerte? —pregunta el propio Philip.

—Sí —le cuenta Sara—. Íbamos camino del aeropuerto de Viena cuando aquí el señorito dijo que conocía un atajo y… —entonces Sara parece darse cuenta de algo—. Él es Luca.

¿Luca? Creo que su marido se llamaba de otra forma. José Ángel, Ricardo Antonio… No sé, pero Luca estoy segura de que no era. A lo mejor es un amante con el que estaba pasando unos días o es que está en otro punto de la historia que conozco y es alguien con el que está de manera formal.

¿Cómo preguntarle a alguien de qué día y año viene sin sonar demente?

Philip se presenta primero y luego lo hago yo misma con ambos. En la tienda tampoco nos dijimos quiénes éramos aunque Tyra y yo conocíamos de sobra a Sara.

—Ay, ¡aquí está nuestra escritora favorita! —escuchamos decir con ilusión a Massie casi encima de nosotros.

Da un par de besos a Sara y a Luca como si les conociera de toda la vida. En realidad ella es así: conmigo se comportaba de la misma forma y fue la que primero me ganó de todo el pueblo. Además, ayudó a que Philip y yo…

—Espero que Massie no te esté agobiando para que le firmes doce mil libros o algo similar —comenta Philip con gracia.

—Bueno, eso no… —le dice Sara.

Philip se ríe y se gira hacia Massie.

—Qué le has pedido ya, a ver.

Ella levanta las manos a modo de rendición ante la risa de Philip y de la mía propia.

—Yo no le dije más que se pasara por la biblioteca a ver a August cuando tuviera un momento libre —nos dice—. Nada más, prometido.

—Eso es que ya has hablado con August y has quedado con él en que le pida que haga alguna charla o similar, ¿no es así, Massie? —insiste Philip, parece que conociéndola a la perfección por cómo se ríe ella.

—En realidad… —le responde, encogiéndose de hombros.

Todos nos reímos, incluidos Sara, Luca y Sisi.

—La verdad es que yo me iba a haber pasado ayer pero al final el bibliotecario estaba

fuera del pueblo y no pudo llegar —nos explica Sara ahora. Y al ver el rostro de extrañeza de Philip, prosigue—. La chica de la tienda de ropa me pidió que me pasara ayer por la librería para firmar unos…

La carcajada de Philip le corta su frase antes de que pueda terminar.

—Tendrás que perdonarnos pero en Mist Rachs somos así —le dice él—. Cogemos confianza rápidamente y…

—A mí me parece maravilloso que seáis así —le responde—. Es algo estresante que la gente te trate de forma fría y lejana.

Puedo comprender por qué lo dice, igual que lo hacen Massie y Philip, que asienten ante sus palabras. Tiene que ser genial ser una reconocida escritora… y a la vez debe ser horrible.

Luca besa la sien de Sara y al resto se nos dibuja una sonrisa en los labios.

—Entonces te encantará la propuesta que August va a hacerte —escuchamos a Massie, que no pierde de vista su objetivo.

—Massie… —le reprende con cariño su marido, acariciando el brazo de su mujer.

Sara, por su parte, sigue encantada con todos nosotros a pesar de la insistencia de nuestra organizadora de eventos.

—Cumpliré mi promesa —le dice con firmeza.

Ahora estoy deseando saber qué es eso que han tramado entre August y Massie.

# XII

*Jenna*

Tener un grupo de amigas magníficas para pasar una fría tarde invernal era algo que no me imaginaba que me sucedería el primer día que pisé Mist Rachs. Y, sin embargo, aquí estoy, en la cafetería de Chas rodeada de gente que me ha acogido como una más, poniéndonos al día como si fuera nuestra rutina desde hace años.

—Yo no me quiero ni imaginar lo que está pasando.

—Está por una parte feliz porque ha podido conocerla —les explico mientras caliento mis manos colocándolas alrededor del vaso de chocolate que acaban de traernos— pero claro, por otra parte…

— Ella se tiene que ir —me corta Jo, que ha podido venir finalmente porque tiene el día libre en el restaurante.

Asiento junto al resto en silencio. Es dura la situación por la que está pasando Philip desde el domingo. Este es el segundo día que Sisi está en el pueblo y sospechamos que pronto tendrá que irse. Es el propio Pete el que ahora está retrasando ese momento. Parece que está intentando hacer unas averiguaciones de… algo, no sé, me lo han intentado explicar pero creo que mejor trato de comprender algo más cuando todo se calme un poco; ahora no creo que sea capaz.

—Cuando mamá nos contó el domingo, no podíamos creérnoslo —habla ahora Olive—. Él tenía muy asumido que algo así no podría pasar. Pero claro, esto es Mist Rachs.

—En pocos días, Philip ha encontrado a la mujer de su vida y a su madre biológica —comenta Helen, dando acto seguido un sorbo a su vaso sin dejar de mirarme con una sonrisa que lo dice todo.

—Estamos tan felices por vosotros… —me dice Marie, apretando unos segundos mi mano con familiaridad.

—Así hemos reclutado a una gran chef en el grupo —bromea Tyra—. Necesitamos con urgencia que alguien nos traiga cosas ricas a estas reuniones.

Nos reímos con su directa petición cuando escuchamos una voz a nuestro lado.

—Chicas, que estoy delante —nos dice Chas, que ha venido a ponernos un plato de galletas navideñas para picar.

—Pero Chas, es que Jenna hace cada cosa… —le contesta Sally, apretándole el brazo con cariño—. ¿Tú has probado ese postre? Voy a engordar estas navidades doce kilos si sigo comiendo tantos por día.

Chas se ríe y menea la cabeza, alejándose de nosotras para seguir sirviendo al resto de mesas.

—Por cierto, ¿cuándo abres? —me pregunta Jo.

—Todavía queda mucho por hacer —le respondo—. A ver si para la primavera puedo tenerlo todo listo. Estos días me temo que no voy a hacer nada y creo que voy a esperar a que pasen las navidades para entrar de lleno en ello.

—Pues cuando abras, podríamos colaborar de alguna forma —dice Jo.

—Creo que eso ya tienen que tenerlo más que hablado Philip y ella —le responde por mí Sally.

—Bueno, todavía no tenemos muy claras las cosas pero algo habrá —les digo.

Marie suspira y su hermana la mira, medio riéndose.

—¿Qué te sucede? —le pregunta.

—Es que estoy tan feliz por ellos…

Me hace una ilusión increíble poder compartir mi felicidad con gente tan maravillosa como todas ellas. Al parecer, quedan para tomar algo cada poco. Pero como no todas pueden ir siempre, una vez al mes como mínimo quedan para hacer algo juntas: acampadas, cenas… Y me han incluido a mí en este increíble grupo. ¡Y eso que acabo de llegar! ¿No os parece fascinante llegar nueva a un sitio y que, sin más, te incluyan en los planes de la gente sin tener que juzgarte primero para ver si eres merecedora de ello?

—¿No estarías pensando en Gabriel? —suelta Olive con tono cantarín, dándole un pequeño empujón a su hermana por encima de la mesa.

Todas comienzan a emitir ruiditos de sorna mientras veo a Marie enrojecer por momentos.

—Es solamente mi secretario, Olive, te lo he dicho muchas veces —se queja ella, algo avergonzada.

—Claro, sí…

—Pero os conocéis de antes —apuntilla Helen—. No es solamente un compañero de trabajo y ya.

—Pues sí, somos amigos desde pequeños, así que no, no hay nada entre nosotros —le responde Marie, que bebe chocolate para disimular.

—¿Conoces esa imagen del arcángel Gabriel que siempre se relaciona con él? —me pregunta Olive—. Pues así es el Gabriel de Marie.

—Que no es mi… —intenta ella explicar sin atreverse a levantar la vista siquiera.

—Rubio, de pelo rizado, ojos azules y unos mofletes que dan ganas de pellizcar —sigue contándome Olive mientras gesticula de forma tan graciosa que todas nos echamos a reír.

—Tiene casi cuarenta años así que no creo que sus mofletes sean pellizcables —vuelve a quejarse Marie.

—Bueno, tú haz lo que quieras con ellos pero yo creo que…

Marie es ahora la que empuja a su hermana mientras todas seguimos riendo.

Helen aprovecha para enseñarme una foto de Gabriel y Marie bailando. Me cuenta que fue en las pasadas navidades, en la fiesta de comienzo de las fiestas.

—Hacéis una pareja bellísima —reconozco, provocando que Marie vuelva a sonrojarse.

—Es solamente mi amigo —insiste con voz tan poco convincente que no hay duda de lo que sucede.

—¿De verdad sigues con eso, Marie? —le dice Tyra—. Todo el pueblo sabemos que entre vosotros hay más que amistad y parece que sois los dos únicos que no se quieren dar cuenta.

—Él… —parece que Marie quiere hablar pero no sabe cómo explicarlo—. Yo no quiero perder a Gabriel. Y sería muy complicado todo.

—¡Nada es complicado si se ama de verdad! —exclama de forma teatral su hermana, haciendo aspavientos dignos de una representación shakesperiana.

—Compadezco a quien vaya a ser tu pareja porque menuda brasa le vas a dar con tanta verborrea —le suelta Jo entre las risas de todas, incluidas las de Olive, que se encoge de hombros y le da la razón.

—Oye, ¿alguien va a ir a ver la película de hoy? —pregunta ahora Sally, mirando un momento el móvil—. Una repostera y una princesa que cambian sus vidas por unos días y surge el amor con las parejas equivocadas.

—¡Me encanta esa temática! —exclama Olive con su mismo entusiasmo de siempre.

—Pero esa es la de mañana —corrige Marie—. Hoy es la de las navidades en el rancho.

—¡Ay, qué buena pinta! —vuelve a exclamar su hermana.

—Olive, a ti te gustan todas y cada una de las películas del ciclo navideño —le dice Sally.

—Año tras año —apuntilla Jo, ganándose un empujón de la aludida entre risas.

—¿Hacéis ciclos de películas navideñas? —pregunto con emoción.

—El cine de Mist Rachs tiene una buena programación todo el mes —me dice Marie—. Puedes ver todo en nuestra web. ¿No te ha contado Philip?

—Están ocupados con otras cosas en sus ratos libres, Marie —le dice Jo—. No se van a poner a leer la web del ayuntamiento, como comprenderás.

Todas estallamos en carcajadas sin darme tiempo a avergonzarme por ese comentario que

sé que cada una de ellas da por cierto. Con razón.

De verdad, adoro a la gente de Mist Rachs.

*Philip*

Unas pequeñas manos agarran por sorpresa mi cintura y me giro al instante. Y ahí está ella, Jenna, con su radiante sonrisa y sus ojos brillantes clavados en los míos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto después de besar esos labios tan apetecibles que siguen sonriéndome.

Por desgracia, suelta mi cuerpo y se coloca a mi lado en la cocina del restaurante, dejando que siga preparando los platos de la cena.

—Acabo de venir de estar con las chicas tomando algo donde Chas —me explica—. Y te echaba de menos.

Dios mío, qué maravilloso es estar enamorado.

Acerco a mí su cintura con la mano un instante y vuelvo a besarla, aunque esta vez el beso dura escasos segundos.

—¿Lo pasasteis bien? —le pregunto mientras doy el toque final a los platos de pasta que André se va a llevar en breve a la sala.

—Me lo paso muy bien con ellas —me cuenta—. Todavía no me creo que esto sea ahora mi vida.

—Bueno, estar vagueando de vacaciones todo el día no es que sea…

Me gano un empujón por su parte mientras escucho su risa nasal a mi lado.

—Voy a cambiarme y te echo una mano —propone.

—Jenna, ¡no hace falta! —le digo antes de que salga de la cocina—. Era broma, de verdad. Vete a descansar a casa y…

—Me quedo porque me apetece —responde, acercándose a mí un instante, sólo para besarme una vez más—. Cocinar contigo es mi plan favorito de la vida.

Ha dicho eso y ha salido de la cocina en dirección a mi despacho, con una sonrisa contagiosa que me deja una alegría infinita dentro de mí.

—Jefe, despierta —me dice André, dándome un toque en el brazo antes de coger todos los platos que ya he dejado preparados.

—Perdón, sí.

—¿Ha venido Jenna?

—¿Te cruzaste con ella?

—No, lo digo por tu sonrisa. Siempre sonríes así desde que ella llegó a Mist Rachs.

Se va de la cocina con los platos, orgulloso por el descubrimiento que cree que me ha hecho sobre mi persona. No es algo que yo no supiera aunque se ve que soy demasiado transparente. Sí, estoy más feliz desde que ella está aquí. Las cosas las veo de diferente manera y mi espíritu navideño ha vuelto después de años de estar desaparecido.

—Bueno, pues yo ya estoy lista —escucho a Jenna de nuevo entrar en la cocina, toda de blanco, para echarme una mano con las cenas—. ¿Hacemos un poco de magia o qué?

Echa un vistazo a la lista de los platos de hoy para hacerse una idea de lo que estamos preparando mientras se lava las manos.

—Esto es Mist Rachs —le recuerdo—. Estás en el sitio indicado para ello.

—Si tú estuvieras en lo alto del Everest, también estaría en el sitio indicado para hacer magia, Philip —me responde Jenna.

Sé que no me ha explotado el corazón de felicidad porque todavía puedo sentir sus labios sobre los míos así que sí, definitivamente sigo vivo.

—¿Alguna novedad? —le pregunto ahora, volviendo a los platos.

—No mucha… Bueno, sí. No sabía que Marie estaba enamorada de su secretario. Parecen tan cuchis juntos…

Sonrío con su forma de decirlo.

—Llevan siendo así entre ellos toda la vida pero juran que no sienten nada más.

—Ay, pero si a ella se le nota sólo con hablar un segundo de él. ¿Cómo no puede darse cuenta la gente de estas cosas cuando tienen un sentimiento tan fuerte? —la miro de reojo, recordándole que a nosotros nos pasó lo mismo—. No compares, que en quince días ya estamos incluso viviendo juntos.

Me echo a reír, dándome cuenta de que tiene toda la razón.

—Han sido unos días muy intensos —reconozco.

—Y siguen siéndolo —me dice mientras pica con rapidez unas zanahorias—. ¿Has sabido algo más de Sisi?

Me encojo de hombros antes de contestar.

—Pete está volviéndose loco con el tema. Ellos siguen aquí pero no sé hasta cuándo.

—¿Has hablado con el resto de tu familia?

—¿A quién te refieres?

—Bueno, el resto de la comitiva que venía con Sisi también son familia tuya, ¿no?

Suspiro.

—Sí. Mi abuela, mi tía… Pero no, no he hablado nada con ellas. No son como Sisi; sería muy complicado tratarlas.

—Tenían pinta de estiradas —me dice, haciéndome reír de nuevo. Es entonces cuando deja el cuchillo y se me queda mirando—. Me va a dar mucha pena cuando Sisi se vaya así que no me imagino lo que va a ser para ti.

—Tengo que quedarme con que he tenido mucha suerte por haberla podido conocer —le contesto.

—Ya, Philip, pero eso no quita para que vayas a estar triste. Es tu madre. Y, además, qué madre…

Me hace sonreír su forma de decir aquello.

—Tienes razón —le concedo—. Me dará mucha pena que se vaya porque no voy a poder verla más.

—Bueno, a lo mejor eso que comentabas con tus padres…

—¿Lo de la leyenda? —y asiente—. Como dicen ellos, mejor no hacerme ilusiones.

—Pero podría suceder.

Siento una infinita emoción durante los siguientes segundos, acariciando esa posibilidad, remota pero factible.

—Por ahora, preparemos estos platos y después vayámonos a terminar de decorar la casa —le digo al fin—. ¿Sabes que Massie nos ha apuntado para el concurso de decoración navideña de este año?

—Eso, ¿qué es? —pregunta ella sin dejar ahora de emplatar sopas.

—Todos los años se decide al final de las navidades la casa y el negocio mejor decorado. Yo hacía años que no participaba pero Massie nos ha apuntado con el restaurante y la casa en cuanto vio que lo empezábamos a decorar.

Me mira con una sonrisa.

—De nada, ¿eh?

Río con ella un instante.

—Oye, que todavía no hemos ganado; solamente estamos participando.

—Ya, pero si no llega a ser por mí…

Me acerco a ella y acaricio su sonrisa con la mía propia antes de responder.

—Si no llega a ser por ti, no sería tan feliz.

Veo un precioso brillo en sus ojos con mis palabras.

—Ya, pero lo del concurso también es un puntazo, Philip, reconócelo —me suelta, haciéndome reír a carcajadas.

—Se os escucha desde la sala —nos dice André al volver a entrar en la cocina—. Así da gusto trabajar —y mira a Jenna en señal de agradecimiento.

—¿Antes no trabajabais a gusto? —le pregunto sin perder mi buen humor.

Él se encoje de hombros, aguantando la risa.

—Jefe, es que ahora estás radiante de felicidad cada segundo que pasas aquí —me explica— y antes… Bueno, antes se te iba la mente de vez en cuando —coge los platos de sopa que acaba de terminar Jenna, volviendo a la puerta—. Y lo de la decoración de este año es espectacular.

—¿Ves? —me dice Jenna cuando André sale de nuevo—. Este año tenemos posibilidades de ganar.

—¿Posibilidades? Pero, ¿tú has visto el nivel de este pueblo con la decoración?

Quita importancia a mis palabras con un gesto de su mano.

—Tenemos más posibilidades que el año pasado, ¿te vale así?

Vuelvo a reír, como siempre hago en su compañía. Acerco mis labios a los suyos sin moverme de mi sitio y ella recorre el espacio que me faltaba a mí para poder finalmente besarnos.

—Me vale que sigas aquí, conmigo.

Menea la cabeza de forma graciosa en cuanto le digo eso.

—Estás hecho todo un príncipe de cuento, que hasta hablas como uno.

Voy a desarrollar unos robustos abdominales si sigo riendo con tanta asiduidad como durante estos días con Jenna.

# XIII

*Jenna*

—Te estás vengando de mí y eso no es algo recomendable al principio de una relación.

Philip sigue aguantando la risa todo lo que puede mientras Cathy nos explica en este segundo día de taller que mañana vamos a dar un pequeño recital en Mistletoe Square, junto al árbol navideño. Nos dejarán el vestuario antes de la actuación y cantaremos estos tres villancicos que ya casi nos sabemos después de tanto repetirlos durante dos días. Dos días de taller en los que he tenido que cantar más tiempo que en toda mi vida. Porque la gente normalmente canta cuando está solo, en la ducha, en un karaoke, en el coche… Yo no canto ni estando sola porque no quiero escuchar la voz que tengo. Y ahora me dicen que, además de tres días de taller, vamos a cantar para todo el pueblo.

Tierra, trágame y escúpeme el día de Navidad por la mañana.

—Pero si no cantas tan mal —me susurra el muy tonto entre espasmos por las carcajadas que ahoga como puede.

Le doy un empujón para que se calle pero Cathy nos ve y siente la necesidad de llamarnos la atención cual niños en el colegio.

Tierra, por favor, ¡trágame ya!

—A ver, qué pasa por ahí, ¿hay alguna duda? —escucho decir a Cathy.

—Es Philip, que hoy está muy gracioso —le explico y le miro—. Pero ya se callaba, ¿no?

—Es que Jenna está nerviosa por lo que estás contando del recital.

Le voy a poner sal en las natillas esta noche.

—¿No es fantástico? —nos dice Sisi girándose hacia nosotros desde una fila más allá de la nuestra—. Yo estoy deseándolo.

—Jenna también —le dice Philip, que no puede más y se echa a reír.

Y wasabi. Sal y wasabi le voy a añadir a sus natillas. Verás tú las risas de esta noche.

—Jenna —me dice Cathy con una amable sonrisa—. En lo único que fallas todavía es en la forma de respirar cuando vas a cantar. Lo haces con demasiada tensión. Tienes que coger algo de aire antes para ir echándolo mientras cantas hasta volver a coger aire en la siguiente parte que se pueda coger.

Entona una parte breve de uno de los villancicos, marcando cada uno de los momentos en

los que coge y suelta el aire.

Pero cuando termina, me hace un gesto con la mano.

—¿Qué? —pregunto, aterrada.

—Prueba tú y verás cómo es distinto ahora.

Todos me miran, lo sé. Todo el mundo está en silencio, esperando a que comience a cantar. Pero de repente la sala parece moverse hasta que siento que me agarran con firmeza por la cintura contra un pecho que siento familiar: el de Philip. Me giro hacia él y veo que sonríe sin soltar mi cuerpo.

Y por si no fuera con eso suficiente, es él el que hace el gesto de coger aire y me espera para cantar aquella parte del villancico que Cathy me ha pedido que cante. Hago lo mismo que él hace, deteniéndome casi sílaba por sílaba, y vamos cantando hasta terminar ese fragmento sin casi darme cuenta y sin avergonzarme por mi voz. Es más, no he sonado como siempre; Cathy tenía razón. Mi voz estaba más ligera y segura respirando de esta forma.

¿Esto es cantar en realidad? Porque lo que antes hacía yo no se parece en nada a lo que acabo de hacer ahora. Antes sonaba como si tuviera asma severo pero ahora…

—Entonces, ¿todos hacíais esto para poder cantar? —pregunto al terminar, asombrada por el descubrimiento—. ¿Por qué nadie me había dicho nunca que esto se hacía así?

La gente comienza a reírse y toda la tensión anterior se esfuma. Es más, de repente no me importa la idea de ir a ese recital para cantar tres villancicos. Si me fijo bien en cuándo hay que coger aire en cada uno, a lo mejor puedo empezar a tararear mientras cocino incluso.

—¿Mejor ahora? —me pregunta en bajo Philip cuando Cathy prosigue con el taller, acariciando con su dedo pulgar mi cintura sin soltarme todavía.

—Ni te lo imaginas.

Sonríe al verme tan aliviada y me da un beso demasiado pequeño para mi gusto.

—Me alegro.

—Podías haberte vengado del todo, dejándome caer al suelo como en el taller de patinaje te pasó a ti.

Menea la cabeza sin perder su sonrisa, recordando aquellos primeros días del mes. Se acerca a mi oído y mis terminaciones nerviosas ya anticipan el cosquilleo interior que sentiré con las palabras susurradas de Philip.

—Nunca te dejaría caer.

No me hacía falta pero me acaba de confirmar que él es el que tenía que ser.

*Philip*

Ir del brazo con Jenna por Pine Market mientras hacemos unas compras para la casa es como un maravilloso regalo. Va mirando todo, haciéndome preguntas sobre cualquier cosa y me derrite con sus ojos cuando los clava de vez en cuando en los míos para luego, acto seguido, continuar posando su mirada en cualquier nuevo puesto del mercado e indicarme que también necesitamos suavizante.

—Nos tenemos que dar prisa o nos pillará la tormenta de nieve antes de ir a casa a dejar todo esto —me advierte.

—Llevamos así varios días y todavía nada de tormentas de nieve —le recuerdo—. Puede que tarde todavía algo más en llegar.

—Pues en el móvil ponía…

—Tienes que descargarte la aplicación del ayuntamiento —le digo—. Así te van avisando de ese tipo de cosas.

—¿Como de las películas del ciclo navideño?

—Ah, ¿ya has oído hablar de eso?

—Me lo contaron las chicas ayer por la tarde y me preguntaron si no íbamos a ir a ver alguna peli.

La miro y veo su gesto de *por favor, vayamos un día a ver una película*.

—Elige una que te guste y le pido a Jo que me sustituya ese día, ¿te parece?

Y sí, por su sonrisa creo que le ha gustado el plan.

—Philip, creo que no te haces una idea de lo feliz que me estás haciendo en tan solo unos días.

Me lo ha dicho tan firmemente que sus palabras se me quedan incrustadas en el pecho, donde estallan en fuegos artificiales de mil colores y formas.

—Yo creo que tú sí que te haces una idea de lo que eres para mí, ¿no? —le pregunto, a lo que ella asiente, regalándome una dulce sonrisa.

—Hoy en el taller… —comienza a decir, parece que sin saber bien cómo continuar—. Gracias, de verdad.

Observo su pestañeo como a cámara lenta y me deleito unos instantes en esos ojos avellana confitada que me atraparon hace ya más de medio mes. Nos detenemos en mitad del pasillo, entre el puesto de pretzels y el de especias. Un aroma dulzón y picante nos envuelve y mis labios necesitan volver a besar los suyos cuanto antes. Por suerte ella tenía la misma necesidad que yo y alargamos el beso todo lo que podemos pero nos vemos arrastrados por la gente hasta el puesto de las frutas deshidratadas, en donde despegamos nuestros labios, no así la mirada. Tengo en mi boca el sabor de los malvaviscos que hace un momento estuvo tomándose con un vaso de chocolate que pedimos al pasar por el mercadillo navideño; es ya para nosotros algo así como una tradición tomarnos el chocolate con todos los extras una vez al día. Por lo

menos.

—Jenna —le digo todavía sin movernos—, no tienes que darme las gracias por nada. Toda mi vida te intentaré hacer feliz de forma inconsciente, sea de la forma que sea. Y no va a ser para que me lo agradezcas, sino porque de esa manera yo también seré feliz.

—¿Por qué no pude conocerte antes? —se queja con un tono gracioso en su voz.

—Porque entonces no habrías sido la chica de la leyenda.

Beso la punta de su nariz y volvemos a caminar, ahora hacia la zona de repostería.

—Te has ganado que te prepare unas natillas sin sal ni wasabi —me dice de repente.

Me echo a reír sin comprender el significado de esa frase. Me río porque ella ríe, feliz y tranquila, agarrando mi cintura con una mano y una bolsa en la otra. Me río con ella, sabiendo que estos momentos van a poder repetirse a lo largo de mi vida una y otra y otra vez. Me río y beso su sien y de nuevo vuelvo a reír unos segundos más.

Reímos juntos entre bases de tartas y bolsas de levadura, con aroma a canela de Ceilán en rama y anís estrellado en el alma.

# XIV

*Jenna*

Despertarme con un torrente de besos por mi cuello, provenientes del hombre de mi vida, es algo maravilloso. Pero si a esto le sumamos que puedo ver por la ventana cómo caen cientos de miles de copos sobre Mist Rachs mientras aquí dentro estamos en un dormitorio amaderado y acogedor, con la chimenea todavía encendida, comprenderéis que me dé igual que sea lunes, miércoles o domingo: desde hace días no consigo sentir otra cosa diferente a la felicidad absoluta.

—Llegaremos tarde al recital —le reprendo cuando veo que si seguimos así, no vamos a cantar precisamente en la plaza.

Escucho su sonrisa nasal entre mi pelo pero continúa con lo que está haciendo.

—Más quisieras —me responde.

Gracioso…

—Vale, vale, tú verás.

Me lanzo a su cuello yo también y comenzamos a rodar por la mullida cama entre risas y caricias.

Sí, hace días que no conozco otra cosa más que la pura felicidad.

*Philip*

—Si no te importa, me gustaría pasarme antes por el Timeless para recoger a Sisi —le digo a Jenna, terminando el café.

Ella sigue dándole vueltas al suyo con una cucharita coronada por un pequeño muñeco de jengibre de una vajilla que encontramos al sacar todo lo de Navidad la semana pasada. Me mira y asiente, comprendiendo.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —pregunta, acercándose la taza a los labios acto seguido.

Me levanto de la silla y meto la taza y mi cuchara en el lavaplatos mientras le contesto.

—No lo sé, pero Pete ayer me dijo por teléfono que tenían que irse ya, que les dijéramos cuanto antes que ya estaba listo su carruaje.

—Entonces en cuanto les digáis eso…

Vuelvo a su lado y antes de besarla yo, ella ya ha pegado sus labios en los míos.

—Quería decírselo en cuanto pasara el día de hoy —le cuento—. El recital, la presentación de esa escritora… Sé que ambas cosas le hacen mucha ilusión pero si al resto de su comitiva les anuncio que ya está el carruaje listo, van a salir cuanto antes.

Jenna asiente, comprendiendo. Solamente unas horas más con ella. Unas horas en las que poderla abrazar una vez más y tener alguna conversación aunque no sea de ninguna importancia.

Atesorar recuerdos suyos, los únicos que tendré en mi vida.

—Es que no hay que apresurarse con los carruajes —me dice mirando su taza—. Mejor asegurarse de que todo está correcto con ellos antes de emprender la marcha.

La abrazo unos segundos con fuerza, haciéndola sonreír.

—Eres maravillosa, Jenna.

—Lo sé —contesta con sorna—. Y ahora vete o serás tú quién llegue tarde al recital.

—¿No vas a venir conmigo al Timeless?

—Creo que necesitáis pasar tiempo solos —me explica—. Os veré en la plaza. ¡Pero no tardéis o seré incapaz de emitir sonido alguno!

Me río sobre sus labios y le doy varios besos seguidos, alargando su risa un momento más.

—Prometo que estaremos puntuales —le digo al salir de la cocina.

—Más te vale o meto el wasabi y la sal en el plato que menos te esperes —escucho que me amenaza cuando estoy abriendo ya la puerta de la calle, terminando de abrocharme todos los botones del abrigo y rodeando mi cuello con una bufanda.

Salgo de casa todavía con una gran sonrisa, algo que ya se ha convertido en rutina.

—Hombre, Philip, tú por aquí —me dice burlonamente Mathias en cuanto me ve entrar al hotel.

—Gracioso… —respondo, provocándole que sonría más abiertamente que antes—. ¿Podría alguien ir a avisar a Sisi y decirle que la espero para acompañarla al recital?

—Claro, ahora le digo a Helen que se pase para que baje cuanto antes —dice mientras saca su móvil y escribe algo rápido en él—. Listo. Oye, por cierto, alguien estaba preguntando antes por el carruaje. Quería saber si las piezas ya estaban disponibles.

—¿Te refieres a Johann, el cochero? —y asiente—. Pobre hombre. ¿Sabes dónde…?

—Allí le puedes encontrar.

Me señala la sala de desayunos con la mirada y me acerco a la puerta, viendo a Johann terminando un sencillo desayuno tradicional con unas galletitas de jengibre en un plato que ahora se acerca para comerlas.

—Buenos días —le digo al llegar a su lado—. ¿Me permite? —y señalo una silla frente a él. Johann asiente de buena gana al ver que soy yo—. Ya tenemos novedades sobre las piezas de repuesto —le informo en cuanto me siento.

—¿Y bien? —pregunta ansioso.

—Mañana mismo podrán reanudar el viaje. Tom vendrá mañana por la mañana para poner a punto el carruaje y les indicaremos cómo volver a su camino para llegar cuanto antes.

—¡Magníficas noticias entonces, caballero! —exclama, ofreciéndome su mano por encima de la mesa, estrechándomela con firmeza—. Le transmitiré la noticia al resto en cuanto termine de comer estas exquisitas pastas.

—Son mías —le digo.

—Perdóneme, caballero —contesta con rapidez, acercándose más el plato—, pero esto me lo han servido a mí. Si desea probarlas, no tengo ningún…

Me echo a reír antes de explicarle.

—Le pido disculpas, Johann, me he expresado mal. Quería decir que soy yo quien las hace.

Se me queda mirando con sorpresa.

—¿Es posible que sea usted el cocinero que ha preparado estas delicias que llevo degustando desde mi llegada? Tengo que felicitarle enérgicamente por ello.

Veo a Mathias en el hall hacerme unas indicaciones así que me levanto mientras soy yo ahora quien ofrece la mano a Johann para despedirme.

—Me alegra saber que le están gustando. Si me disculpa, ahora he de irme. Nos veremos mañana por la mañana, Johann.

Me estrecha la mano y asiente, levantando una galletita con la otra como si brindara con ella y una copa imaginaria a mi salud.

Qué simpático es este Johann, la verdad.

Salgo de la sala y veo en el hall a Sisi, preparada con su atuendo invernal, hablando animadamente con Mathias, que parece encantado a su lado. Y en cuanto ella se percata de mi presencia, su rostro parece alegrarse y da un par de palmadas silenciadas por los guantes de lana que ya lleva puestos.

—¡Qué agradable sorpresa, Philip! —me dice con una alegría contagiosa, dándome un fuerte abrazo como ahora hace siempre, desde que Jenna me echó un cable el primer día del taller—. Disculpa la tardanza pero hoy tuve que desayunar con mi madre y mi hermana en vez de con Rodi. Ella suele dejarme escapar antes de aquí pero mi madre y mi hermana no saben nada

—y baja el tono a modo de confidencia—. Ellas piensan que me quedo todo el día en mi habitación, descansando y leyendo un libro.

Mathias y yo reímos encantados con ella.

—Pues si estás lista, ya podemos irnos al recital.

—¡Fantástico! —exclama ella, acercándose a la puerta y esperándome allí—. Estoy deseando llegar.

—Pasadlo genial —nos dice Mathias cuando estamos saliendo por la puerta.

Me giro un momento para despedirle con la mano y salimos por fin del Timeless.

Hace frío pero mi cuerpo está cálido desde su abrazo.

# XV

*Sisi*

—Me parece maravilloso poder pasear bajo la nieve en pleno verano —le voy diciendo a Philip en nuestro camino al recital. Doy unos pasos de elefante sobre la nieve por la cantidad que ha caído durante la noche pasada—. ¿Siempre nieva así aquí en esta época?

Él me mira con rostro apacible antes de responder.

—Sí, bueno… Sí que suele nevar bastante.

—¿Y Jenna? —le pregunto.

—Ella ha ido directamente a la plaza.

—Ah…

Se detiene un segundo ante mí, como si quisiera decirme algo, pero vuelve a reanudar la marcha.

—Vuestro carruaje estará listo para mañana por la mañana —me anuncia de repente.

—¡Vaya! Ahora no sé si alegrarme o ponerme triste por tener que dejar un sitio como este y a gente tan bondadosa como todos vosotros.

Le veo sonreír antes de mirarme.

—Todos te vamos a extrañar, Sisi.

—Y yo a vosotros. ¡Pero os escribiré!

¿Por qué sonríe pero parece triste?

—Por supuesto, claro, podremos seguir en contacto.

—A lo mejor un día puedo volver y comer esas galletitas que haces tan ricas y de las que no creo que pueda cansarme jamás —le digo para animarle un poco.

Y parece que lo he conseguido por cómo vuelve a sonreír al mirarme.

—Tienes una energía única —me dice ahora.

—Eso opina mi padre también —respondo, riéndome por la coincidencia—. Mi madre lo cree pero no de la misma forma positiva que él. Siempre me anda recriminando que soy ingobernable.

—Y eso te encanta —afirma, haciéndome reír con él.

—Es que yo no creo que sea correcto tener que desposeer de libertad a nadie. Todo lo que hay en este mundo tendría que ser libre para decidir sobre su vida y así todos podríamos ser

felices.

Menea la cabeza pero de forma que parece haberle gustado lo que he dicho.

—Pero existen los jefes y los gobernantes, por poner un ejemplo, ¿no es así?

—No se lo cuentes a mi madre pero no creo que sea correcto dotar a nadie de poder ilimitado.

—Eso no suele ser nunca bueno, no. Pero tu familia está en varios tronos…

—Y yo tengo la libertad de opinar igualmente que ese poder que ostentan no me parece correcto —le explico para que entienda mi concepto de libertad—. Si alguien tiene demasiado poder es que se lo está quitando a otros. Y eso no es justo.

—Pero tú misma seguramente te acabes casando… bien. Un rey, por ejemplo.

—¡No, por favor! —me río—. Yo quiero ser libre toda mi vida. Si me casara con alguien así, dejaría de serlo.

Asiente, entendiendo.

—Pero imagínate por un instante que no sé… Que te casas con el emperador —se me escapa una media carcajada pero él prosigue—. Tú también ostentarías un infinito poder.

—Entonces daría lo que fuera necesario para revertirlo —le digo—. Trataría de otorgar al pueblo toda la libertad que me dejaran darle. Intentaría que tuvieran herramientas para que pudieran construir y apuntalar su libertad, esa que nadie tiene derecho a quitarte. Esa que, en caso de casarme con alguien así, me habrían quitado a mí.

Se queda en silencio unos largos segundos, puede que pensando en lo que le acabo de decir.

—Es curioso que alguien como tú sea republicana —me dice sonriente, como complacido por ello.

—Pero no se lo digas a nadie o mi madre no volverá a dejarme ir al bosque a mí sola —le pido—. Siempre me dice que ese tipo de cosas se me ocurren durante mis paseos por la naturaleza.

—Y creo que tiene mucha razón.

Ambos empezamos a reírnos mientras seguimos caminando hacia aquella plaza, abarrotada ya de gente a estas horas de la mañana.

—Hay que cambiarse antes, ¿no es así? —le pregunto.

—Sí —me responde—. Venga, vamos o Jenna me reñirá por llegar tarde.

Vuelvo a reírme con aquello.

—Es una mujer encantadora, Philip —le aseguro—. Tienes una buena esposa.

—En realidad no estamos casados —confiesa.

—¿No? —pregunto asombrada—. ¿Cómo entonces…? Yo creí que vivíais juntos.

—Y lo hacemos.

—¿Sin estar casados?

—Aquí no pasa nada por hacer algo así —me explica mientras saluda con la mano a algunas personas con las que nos cruzamos—. Primero nos tomamos nuestro tiempo para conocernos y después ambos decidimos si queremos formalizarlo de alguna manera.

—Me parece una idea magnífica —le digo—. Yo también quiero hacer eso algún día.

—No sé yo si tu madre estaría muy de acuerdo.

—Pero seguro que mi padre me apoya en ello.

Se encoge de hombros, de nuevo con una extraña sonrisa.

—Claro, puede ser —es su corta respuesta.

—Y luego vendré aquí a vivir para poder estar comiendo galletitas todo el día.

Philip se echa a reír con ganas por mi promesa.

—Te estaremos esperando entonces —y me guiña un ojo.

¿No sería maravilloso poder vivir mi vida en un lugar como este?

*Jenna*

Cathy nos está felicitando a todos por el recital que acabamos de dar. La gente ha quedado encantada y nosotros estamos contentísimos por cómo hemos conseguido cantar estos tres villancicos después de sólo tres días de taller. Había gente que repite cada año, otros que se unen en el recital para dar apoyo a los novatos como yo. Algunos simplemente queremos disfrutar de la Navidad de Mist Rachs.

Siento un beso en mi sien y sé de sobra que esos labios son los de Philip.

—Ha estado bien, ¿eh? —comenta mientras todos volvemos a cambiarnos para volver en vestuario a este siglo.

—No ha estado mal —reconozco—. Aunque sigo prefiriendo el de patinaje.

Me hace cosquillas durante unos segundos como venganza y termina la sesión dándome un beso demasiado breve para lo que me gustaría que hubiera sido.

—Luego tengo que pasarme un rato al menos por el restaurante —me dice ahora—. ¿Tú tienes planes?

—Hoy no, así que te acompaño —y entonces se me ocurre algo—. Podríamos decirle a Sisi que se pasara al cerrar al mediodía y hacemos con ella tus famosas galletitas de jengibre.

—¿Crees que querría? —pregunta con esperanza e ilusión mi tierno chef.

—Ella mismo dijo que le haría ilusión ver cómo cocinas y adora tus galletas —le recuerdo.

Mira hacia los lados, seguramente buscándola.

—Voy a decírselo ahora mismo. ¿Sabes que eres la mejor? —y vuelve a besarme antes de echarse a correr hacia Sisi.

Me parte el corazón ver a Philip tan feliz con Sisi porque mañana va a quedarse destrozado por su partida. Sí, es algo que sabíamos desde el principio que iba a suceder pero eso no lo hace menos duro.

No quiero que sufra pero será algo inevitable.

# XVI

*Philip*

Estoy esperando impaciente a que Jenna aparezca con Sisi para preparar unas galletas. Tengo todo ya preparado en la sala de los talleres. En realidad, lo he preparado ya varias veces por los nervios pero nada de lo que hago me calma. Repaso cada cosa por si se me olvida algo: masas preparadas, ingredientes listos, moldes colocados y tres tazas de chocolate humeante encima de la gran mesa de madera para ser bebidos mientras cocinamos.

Por fin se escucha ruido abajo. Son ellas. Las escucho hablar mientras suben las escaleras. Y ahí están ambas, charlando como si nada y riéndose por alguna cosa que parecía que estaban comentando hace un instante. Y en cuanto Sisi pone un pie en esta sala, sus ojos y su boca se abren al doble de tamaño. Lo observa todo en cuestión de segundos y creo que le ha gustado lo que ha visto.

Jenna le coge el abrigo y lo posa junto al suyo en la entrada mientras Sisi sigue dando vueltas por la sala, observando todo con gran curiosidad.

—Bienvenida, Sisi —le digo, invitándola con la mano a que se acerque a la mesa, donde ya se ha acercado Jenna para darme un suave beso en los labios.

—¡Esto es precioso! La decoración navideña, los muebles… Es todo tan acogedor… —dice Sisi, llegando a nuestro lado—. ¿Aquí cocinas?

—Bueno, se suele cocinar abajo pero sí, aquí a veces también cocinamos —le cuento—. Como vamos a hacer ahora. ¿Estás preparada?

—¡Sí! —exclama con entusiasmo.

—¿Has cocinado alguna vez? —pregunto.

—Bueno… No —contesta, ya sin tanto entusiasmo pero no perdiendo la sonrisa.

—Pues antes de nada siempre hay que lavarse bien las manos —le digo, acercándome al grifo y haciéndolo yo mismo, dejando que a continuación lo hagan ellas dos.

—Vale, bien, ¿y ahora? —pregunta con emoción Sisi, volviendo a la mesa después de haberse lavado las manos concienzudamente.

—Ahora vamos a empezar a mezclar los ingredientes para la masa —le explico—. Los tenemos todos aquí encima de la mesa. Tú puedes batir la mantequilla con el azúcar si quieres. Luego vamos añadiendo ingredientes hasta que nos quede una masa espesa pero no demasiado,

para que no queden muy duras las galletas.

—Vale, perfecto… —dice Sisi, asintiendo con cada palabra que digo. Coge el bol y comienza a batir como antaño; nada de batidora eléctrica hoy—. Dime cuándo tengo que parar porque yo no…

—Tranquila, que él te avisa —le dice Jenna, que está colocando el papel de horno encima de la mesa para cuando tengamos que amasar la mezcla.

—¿Seguro que no habías cocinado antes? Porque se te da muy bien batir.

Ella sonríe con mis palabras y me mira de reojo.

—Es la primera vez —me cuenta—. En casa no nos dejan entrar en la cocina porque dicen que armamos mucho escándalo y nunca sé cómo llegan a hacerse las cosas que nos llevan a la mesa. Pero siempre he tenido curiosidad por aprender.

—Eres tú muy curiosa —le digo, haciéndola sonreír de nuevo.

—¡Gracias! —contesta pero se da cuenta de algo—. ¿Eso para ti es bueno o malo?

Me río por su naturalidad siempre que habla.

—Eso siempre es bueno, Sisi.

—No para todo el mundo —se queja—. A veces me lo dicen para echarme en cara que esté donde no debo o que pregunte lo que parece que no puedo saber.

Cojo su bol, perfectamente batido, y lo poso en la mesa.

—Quien te diga eso no merece tu tiempo al escucharle —le digo—. Y ahora vamos a mezclar el jengibre, la levadura, la canela y el clavo —y me giro hacia Jenna mientras Sisi está echando la cantidad exacta que he dejado en pequeños cuencos a su lado—. ¿Puedes acercarnos la harina, por favor?

Ella trae el cuenco con harina y lo posa al lado de Sisi.

—¿Esto también? —pregunta ella.

—Harina también, sí —confirmo—. Y cuando esté todo esto, lo mezclamos con el otro bol que has estado batiendo y añadimos después algún ingrediente más.

—Vale, bien —y sigue mezclando todo unos segundos más hasta que parece que está satisfecha y me mira—. ¿Ya?

—Sí, creo que podemos pasar a juntar ambas cosas —y antes de que me dirija a Jenna, ella ya me ha acercado la miel para añadirla después.

Le doy un beso de forma inconsciente pero eso llama la atención de Sisi, que nos sonríe.

—Os queréis mucho, ¿no? —pregunta.

Jenna se atraganta con su propia saliva y yo me río por ello, acariciando su mejilla sin dejar de mirarla.

—Es la mujer de mi vida —respondo a Sisi con los ojos pegados a los de Jenna, que se queda sin habla.

—Ay, qué bonito —escucho a Sisi—. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Ehm… —empieza a decir Jenna entre risas—. Bueno, hemos tenido un comienzo muy intenso… Hace unos días.

—Más de quince —especifico yo, haciendo reír a Jenna.

—Ah, perdón, más de quince, vale —me dice ella todavía con una sonrisa burlona en la cara.

—Claro, es que es bastante —nos dice Sisi sin dejar de mirarnos—. Y se os nota que os queréis. Siempre os miráis de una forma… Yo también quiero tener algo así algún día.

Jenna agacha la cabeza y me mira después, esperando a que yo hable.

—Estoy seguro de que algún día lo tendrás —es mi breve respuesta.

—Eso espero, porque mi padre seguro que no tendría problema pero mi madre…

—La mezcla, que se os olvida que estamos cocinando —nos recuerda Jenna, cambiando de tema ágilmente.

Los tres seguimos preparando la masa hasta que queda en su justa espesura. Sisi juega con sus dedos pringosos mientras yo guardo aquella masa en el armario para dejar que repose, sacando otra que ya tenía preparada desde la hora de la comida para que pudiéramos hacer las galletas con ella.

—¿Te apetece dar forma a las galletas? —le pregunto a Sisi, a la que veo aplaudir en cuanto empiezo a extender la masa ya reposada encima de la mesa—. Jenna, ¿nos alcanzas los moldes, por favor?

Ella saca todos los que tenemos navideños del armario de donde saqué la masa y los posa al lado de Sisi, la cual va viendo todos y eligiendo los que quiere usar mientras yo extiendo la masa con el rodillo sobre el papel de horno.

—Ahora marca la masa con cada molde —le indica Jenna en cuanto he acabado de extender bien todo—. Aprieta hasta abajo.

Sisi hace lo que le dice, primero con cuidado y luego divirtiéndose con cada galleta que hace. Quitamos con cuidado la masa que sobra y vuelvo a amasarla para aprovecharla y hacer más galletas con ella, repitiendo Sisi el proceso de nuevo. Cuando ve que con los pequeños trozos que sobran empiezo a hacer pequeñas bolitas que aplasto en el papel junto a las otras galletas, se ríe.

—No tiras nada —me dice.

—Es que son los copos de nieve.

—¡Es verdad!

Sentir tanto entusiasmo por todo lo que le rodea y saber que prácticamente en horas todo eso va a terminar para ella por lo que empezará a vivir es un dolor demasiado grande que no sé cómo mitigar. Dejando que se vaya de Mist Rachs es como si la enviara a la guerra, a una que

además sé de antemano que va a destrozarla. No puedo hacer nada para evitarle todo el dolor: tiene que vivirlo.

Y dejar que lo haga lejos de mí, además.

—Puedes llevarte todas —le digo mientras las metemos en uno de los saquitos de tela que tenemos para pedidos especiales—. Así te las vas comiendo durante el viaje.

—¿De verdad que me las puedo llevar? —me pregunta—. ¡Son muchas!

—Entonces te durarán más tiempo.

Se me lanza a los brazos y siento ganas de llorar al pensar en el poco tiempo que me queda de estar a su lado.

Va a ser una partida demasiado dura y no sé cómo voy a poder sobrellevarla.

—Gracias por todo esto —me dice al soltarme—. Por esta clase, por las galletas y por ser tan amable conmigo. Eres una gran persona —y añade—: Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti.

No he podido retrasar la caída de una lágrima y ella lo ha visto. Se sorprende cuando lo ve y me mira con extrañeza.

—Perdona, es que estos días mis padres pasaron un fuerte resfriado y estuve preocupado por ellos —le digo, intentando capear la situación.

—Es muy bonito que te preocupes por ellos de esa forma —me contesta sin salir de su asombro—. Ojalá algún día yo tenga un hijo que se preocupe tanto de mí como lo haces tú con tus padres.

Vuelve a abrazarme y lo agradezco porque me da tiempo a calmar las nuevas lágrimas que corren por mis mejillas. Jenna frota mi espalda y me sonríe, secándome ella misma las lágrimas con sus dedos. Cuando Sisi se separa, vuelve a verme sonriente como siempre.

—Ha sido un placer enseñarte a hacer galletas —le aseguro.

Ella hace una pequeña reverencia de forma inconsciente y nos mira tanto a mí como a Jenna, sonriente.

—Si queréis, podemos ir a la presentación que va a hacer Sara de su libro —nos interrumpe Jenna con un pequeño carraspeo—. Es dentro de unos minutos y seguro que nos divertimos allí.

—Yo no tengo que volver a la posada hasta la hora de la cena —nos dice Sisi, encantada con encadenar planes divertidos hasta el infinito, guardando las galletas en su bolso y cogiendo el abrigo del perchero de la entrada con una rapidez asombrosa, provocándonos con ello la risa a Jenna y a mí.

—Muy bien, vayamos entonces —les digo, acercándome con mi chica a la entrada a por nuestros abrigos también—. Vamos a que Sara nos dé una pequeña clase de historia.

—Estoy aprendiendo mucho más durante estos días que en las clases con los tutores —nos confiesa Sisi mientras bajamos las escaleras.

Reímos felices, intentando olvidar el momento de la despedida y centrándonos en las horas previas que todavía nos quedan por vivir.

# XVII

*Sara*

Normalmente me ponen nerviosas las presentaciones o las firmas de libros. Es como si supiera que alguien va a aparecer para decirme que en realidad soy un fraude, que no merezco lo que estoy viviendo y que me ponga a buscar trabajo de algo que sea real y no este cuento que estoy viviendo desde que oficialmente me dedico sólo a escribir. Con cada palabra que pronuncio en público, espero la aparición de una persona que me suelte todo eso y más. Cierto, nadie hasta ahora ha hecho algo así en ningún evento de los que la editorial ha organizado pero el miedo sigue ahí. Nerea, mi mejor amiga y representante, dice que poco a poco se me irá quitando la tontería y que me centre en disfrutar de lo que estoy viviendo ahora pero todavía sigo sintiendo pequeños ataques de pánico antes de empezar cada evento.

Como decía, por lo general suelo estar nerviosa antes de ponerme frente a un grupo de personas que vienen a verme con respecto a mi libro pero en esta ocasión no ha sido así. En este pueblo me he sentido tranquila por primera vez en muchos meses. La gente sonreía frente a mí mientras me colocaba junto al bibliotecario y el librero del lugar, los cuales me presentaron ante todos. Parecía que habían asistido todos los habitantes de este pueblo por lo llena que estaba la sala de esta luminosa y acogedora biblioteca. Y ha sido divertido. Sí, he disfrutado hablando con ellos de lo que he escrito. Tanto que estaba deseando que llegara el turno de preguntas para poder hablar con el resto del público.

Cuando consiga hablar con Nerea y le cuente esto, no me va a creer.

—Gracias por no tratarla de loca en tu libro —me dice la alcaldesa en persona, ya charlando en corrillo después de la presentación—. Disfruté mucho de su lectura por ese motivo.

—Es que no estaba loca, por mucho que los *señoros* de la época quisieran hacerle creer eso al resto —contesto—. Y ya es hora de que se digan las cosas claras.

—El mote de Juana *la loca* es algo que me molesta demasiado —dice ahora la dueña de la tienda de ropa.

—Además es que nadie sabe de quién hablas si dices Juana I de Castilla —argumenta otra mujer a su lado.

—Y estaba relacionada con los Habsburgo —añade Luca—. Como la emperatriz Sisi.

Lo ha dicho con una intención bien clara: esa chica que tanto se me parecía a la propia

Sisi está en el grupo de al lado y le ha escuchado decir eso por cómo se ha girado hacia él, frunciendo el ceño como si no lo hubiera comprendido del todo.

—Bueno, todos los de la realeza siempre están emparentados unos con otros —respondo —. Los matrimonios concertados eran precisamente para eso.

—Y, ¿te costó mucho documentarte? —me pregunta ahora Jenna, la chica que conocí en la tienda de ropa el primer día, con la que no dejo de coincidir desde que llegué.

Veo un movimiento extraño en el grupo de al lado antes de contestar. Aquella chica se aleja con disimulo y se pierde entre los pasillos de la biblioteca mientras la pareja de Jenna hace amago de ir detrás de ella pero la propia Jenna le agarra el brazo y parece hablarle con la mirada hasta que él desiste de irse de su lado.

—Es una parte de la historia de mi país que siempre me llamó la atención así que he leído mucho sobre ello en los últimos tiempos —les cuento—. Pero la visita que hice a Tordesillas me animó a empezar a escribir la versión de la historia que no suele contarse en los libros oficiales de historia.

La charla dura unos minutos más hasta que Jenna no puede retener más a su pareja, que finalmente se va del grupo, parece que a buscar a aquella chica. Y sí, le doy la razón a Luca: es un pueblo extraño y todo aquí me suscita recelo pero es una locura lo del viaje en el tiempo que él se empeña en desarrollar cada vez con más complejidad. Es imposible. Y sí, me llamó la atención al principio aquella adolescente pero no, es imposible.

Ni Luca y yo hemos viajado en el tiempo ni ella es la verdadera Sisi; de eso no me cabe duda alguna.

*Luca*

He mencionado a la emperatriz Sisi a propósito para ver cómo reaccionaba la que tanto se parece a ella. Estaba en el grupo de al lado, charlando con más gente del pueblo. Vale, sí, es bastante loco pensar en viajes en el tiempo pero es que sé que aquí sucede algo y ella tiene que ver con la extraña situación que Sara y yo estamos viviendo. Porque ella dijo de broma lo de que esa chiquilla era Sisi pero, ¿y si lo es?

Joder, me estoy volviendo loco y empiezo a pensar que me he dado un golpe en la cabeza y todo esto está solamente en la imaginación de alguien que permanece en coma desde entonces.

Sí que es una locura, y lo reconozco, pero tenía curiosidad por ver la reacción de esa chica al mencionar a Sisi y los Habsburgo. Y llamé su atención al decir aquello. Se me quedó

mirando como sorprendida pero no como si alguien le hubiera descubierto, sino como si no entendiera lo que yo estaba diciendo. Y mi mente vuela y se pregunta si no será porque ella todavía no es emperatriz y le sonaron raras mis palabras.

Me parece que se me está pegando de Sara toda esta forma de actuar.

El caso es que ella se fue de allí casi al momento y eso me ha dejado intrigado. La última vez en mi vida que un lugar me interesó tanto como este pueblo fue cuando me quedé a vivir en Viena.

¿Puede que Sara y yo hayamos encontrado nuestro nuevo hogar?

—Sé lo que pretendías —escucho a mi chica en bajo a mi lado, apartándose un poco del gentío por fin.

—¿Yo? ¿Con qué?

Mi voz suena con un timbre demasiado agudo que me delata.

—Creo que simplemente es alguien del pueblo, nada más —me dice en tono confidente.

—Pero es que…

Ella aprieta mi mano para que me tranquilice.

—Si tanto interés tienes en averiguar la verdad, a lo mejor tendrías que preguntarle directamente lo que crees que sucede y si es cierto.

A veces mi chica deja a un lado su loca personalidad y me da este tipo de soluciones tan sencillas e inteligentes que sin ella no se me ocurrirían.

Beso sus labios y no quiero esperar ni un segundo más. Dejo atrás a Sara, que vuelve a conversar con la gente del pueblo, y me pierdo entre las galerías de libros que pronto me envuelven por completo, decidido a encontrar a esa chica y preguntarle sin rodeos si tiene algo que ver con Sisi y, de paso, si ella entiende qué es lo que sucede en este extraño pueblo.

# XVIII

*Sisi*

Llevo ya días en este peculiar pueblecito en donde todo lo que me encuentro es extraño y nuevo para mí. Máquinas y aparatos metálicos rodean a las gentes del lugar. Nunca había visto algo así en mi vida, ni siquiera en mi imaginación. Me alegro de que el resto no quiera salir de la posada, porque les daría jaqueca al instante. A mí me gusta la aventura, como a papá, y aun así todo esto me parece excesivo.

Y sé que algo sucede, que algunos me miran con curiosidad por algo y otros evitan, por el motivo que sea, hablar demasiado conmigo. Sí, sé que está pasando algo y no consigo averiguar qué es.

En realidad, no lo conseguí hasta ahora.

Después de ver que aquel hombre me miraba mientras pronunciaba mi nombre junto a la palabra *emperatriz*, algo me hizo salir de allí con prisa. Quería simplemente alejarme de todos y pensar un rato en soledad y estar entre libros siempre me ha reconfortado así que terminé vagando por entre los casi interminables pasillos de esta biblioteca tan apacible.

Hasta que llegué a la zona de libros de historia.

Mis ojos fueron recorriendo los distintos estantes, viendo diferentes libros de personajes famosos, algunos conocidos pero otros… Lo realmente extraño fue cuando vi una balda entera con libros en los que podía leer mi nombre junto a esa enorme palabra, *emperatriz*, que a cada tomo se hacía mucho más grande ante mis ojos. ¿Por qué alguien habría escrito un libro sobre mí, si no he hecho nada en mi corta vida más que disfrutar de mi libertad junto a mis hermanos?

No tuve que hacerlo, ahora lo sé. No tuve que abrir ninguno de aquellos libros pero la curiosidad pudo con mi voluntad y temor a encontrar lo que no debía ser encontrado. Era yo. En todos y cada uno de esos libros se hablaba de mí, de una yo adulta, siendo emperatriz del imperio, reina y mil títulos más que no he podido ni memorizar. Era yo pero no me podía reconocer. En todas esas ilustraciones aparecía con vestidos lujosos y joyas de todo tipo que lucía con una mirada triste y sin esperanza.

Quise saber por qué mis ojos estaban apagados mientras seguía sin comprender cómo era posible que esos libros existieran. Mientras trataba de comprender esto último, las palabras *tragedia*, *desdichada*, *enfermedad* y *muerte* saltaban hasta mí desde aquellas páginas. No quería seguir leyendo pero no podía evitarlo. Nombres y fechas, datos históricos, situaciones no vividas

y familiares conocidos se metían en mi cabeza a borbotones. Estaba a punto de colapsar cuando una voz detrás de mí interrumpió el momento en el que leía algo de un tal Lucheni. Algo que, estoy segura, no tendría que haber leído.

—¿Estás bien?

Me giro hacia mi izquierda y veo a Philip con una sonrisa cariñosa pero algo preocupado. Me pregunta con la mirada si puede sentarse a mi lado así que le hago sitio, apartando un poco todos los libros que he ido amontonando a mi alrededor durante este rato de locura.

—¿Todo esto es cierto? —le pregunto en cuanto se sienta junto a mí.

Él observa aquellos libros, uno a uno, tomándose su tiempo para responder.

—Sisi, yo…

—¿Es cierto? —insisto—. ¿Todo esto es lo que va a sucederme en la vida? ¿Soy una especie de… Fausto que ha viajado por el tiempo y el espacio?

Mi corazón se acelera por momentos, esperando la contestación que tarda en llegar unos interminables segundos.

—Es culpa mía —confiesa con dolor—. Nunca tuve que dejar que te quedaras. Tendría que haberos facilitado vuestra marcha del pueblo en cuanto llegasteis. Pero…

—Entonces… ¿Estamos encerrados aquí de por vida?

—¡No! —se apresura a decirme—. Ya te dije que mañana podréis volver, no te preocupes. Es urgente que emprendáis de nuevo vuestro camino.

—¿Por qué tanta prisa ahora? Después de ver lo que va a ser mi vida, no estoy tan segura de querer irme de aquí.

Ahora Philip parece aterrado.

—Tienes… Tienes que hacerlo, Sisi —respira hondo y prosigue—. La historia es la que es. Por mucho que intentaras cambiarla, otra cosa similar sucedería para que volviera a haber… equilibrio.

—Pero yo no quiero sufrir —protesto—. ¡Quiero ser libre y vivir una vida feliz! ¿Por qué no puedo tener eso?

Cada vez sus silencios son mayores pero también su calma es más evidente. Mira hacia el exterior, en donde una hermosa nieve sigue cayendo, como intentando sepultar este pueblo por siempre jamás. Vuelve a mirarme y coge mis manos entre las suyas antes de proceder a explicarme.

—Vas a serlo —me asegura—. Pero el ser humano no es feliz de forma constante. Tenemos momentos de felicidad, como cuando conocemos por primera vez a alguien que será importante en nuestra vida, o como cuando conseguimos alcanzar una meta que creíamos imposible. Pero también hay momentos tristes. Decir adiós a una persona querida es algo que nadie quiere vivir y, sin embargo, no estamos libres de ello. Pero tú… —coge de nuevo aire y

prosigue—. Tú vas a ser admirada y amada allá donde vayas y por toda la eternidad, Sisi. Vas a ser toda una revolución —me dice con una sonrisa—. Van a querer seguir tus pasos, dar la vida por ti.

—No quiero que nadie más muera por mi culpa —le corto en ese punto—. Eso no es algo que tenga que agradarle a nadie.

Asiente aunque en un primer momento se ha sorprendido con mi interrupción.

—Tienes toda la razón —afirma—. Lo que quiero decir es que tienes que vivir esa vida para poder conocer a gente maravillosa que te dará todo su amor incondicional.

—Gente a la que también perderé —le recuerdo—. Ver morir a mis hijos va a destrozarme, Philip. ¿Cómo voy a darles la vida si sé cómo y cuándo van a morir? —y entonces se me ocurre algo que me hace mantener un hilo de esperanza—. Podría intentar…

—Por mucho que lo intentaras, la historia es la que es —me repite.

—Pero ahora… Ahora sé cosas —me apresuro a explicarle, como si pudiera negociar con él de forma directa—. Puede que… Puede que si…

Pero por cómo me mira, sé que no cree que sea posible cambiar nada.

Voy a volver a protestar cuando escuchamos ruido detrás de nosotros. Nos giramos y vemos pasar de largo al hombre que siempre acompaña a Sara, la escritora que ha dado la charla hace un rato.

—Creo que sería mejor regresar con el resto —me dice Philip, levantándose con desgana y tendiéndome la mano desde arriba para ayudarme a que me levante—. Seguramente se estén preguntando dónde estamos.

—¿Sabes? Eres de los que mejor me caen de todo el lugar —le voy diciendo mientras volvemos junto al resto, dejando atrás aquellos terribles libros que ojalá pudiera borrar de mi mente—. Siempre voy a recordarte, Philip.

Él sonríe con una alegría contagiosa.

—No te imaginas lo que esas palabras significan para mí, Sisi —es lo último que me dice antes de volver a estar rodeados de gente.

# XIX

*Sara*

Luca ha regresado a mi lado minutos después de que la gente empezara a abandonar la sala.

—Pensé que tendría que irme yo sola al hotel a cenar —pero él ni siquiera me da un beso —. Luca, ¿pasa algo?

Él parece volver de dondequiera que estuviera su mente y al menos ahora me mira.

—Perdona, *bellissima* —y me da un breve beso con una sonrisa algo fingida—. Te ayudo a terminar de recoger todo y…

—¿Qué ha sucedido? —insisto.

Le conozco demasiado bien a pesar del poco tiempo que en realidad hemos pasado juntos como pareja. Alguien diría que escasas semanas no se pueden tener siquiera en cuenta pero ese alguien no somos nosotros así que me importa una mierda su opinión.

—Aquí no —dice secamente.

—Me asustas por momentos —reconozco, dejando mi maletín en la mesa en donde hace un rato fue la presentación.

—Porque te encanta el drama —contesta el muy bromista.

Veo que está sonriendo y es ahora él quien coge el maletín y se lo cuelga del hombro, haciéndome un gesto con la cabeza para que salgamos. Nos despedimos de las pocas personas que todavía quedaban en la sala y avanzamos hacia la salida de la biblioteca.

—¿Estás practicando conmigo para ver qué tal se te daría a ti escribir una historia de misterio?

Sonríe de forma nasal pero no responde hasta que salimos a la calle y nos mezclamos entre la gente.

—Es ella —dice casi sin pestañear.

—Ella…

—Ella, sí, es Sisi —pronuncia en bajo, casi de forma imperceptible. Se me escapa una media carcajada gutural cuando vuelve a hablar—. No es broma, Sara. Ella es Sisi y tengo pruebas.

—Claro, pruebas —suspiro, algo cansada por todas las emociones del día de hoy—.

Tengo hambre. Podríamos ir a…

—No me crees, ¿no? —me corta, algo molesto conmigo. Saca su móvil, busca algo en él y me lo pasa—. Escucha lo que dicen. Les grabé cuando estaban hablando en la biblioteca.

—Que has hecho, ¿qué? —vuelvo a reírme, cogiendo su móvil después de que me insista —. Luca, estás actuando más como yo lo haría que como harías tú. Y tiene que haber alguien cuerdo en esta pareja o no sé cómo vamos a…

—Tú escucha lo que dicen, ¿vale? —me pide, poniéndose un poco más nervioso con cada palabra que pronuncia—. Y luego me dices lo que opinas de ese vídeo y si sigues creyendo que estoy loco.

Parece ir en serio. Muy en serio.

—Veré ese vídeo en cuanto me invites a una manzana caramelizada —le propongo, señalándole con la cabeza el mercadillo navideño del pueblo, que a estas horas de la tarde está en pleno apogeo, resplandeciente y bullicioso, incitando a que te pierdas durante un rato entre sus puestos.

Luca mira hacia donde le señalo y sonríe por fin con algo más de entusiasmo.

—Busquemos una gran manzana, no tan dulce como mi *bellissima* Sara porque eso sería imposible de imaginar —me dice, agarrando mi cintura y besando mi sien sin dejar de caminar en esa dirección.

—Los italianos sois siempre de un empalagoso que…

Y sé que me he ganado estas cosquillas a pulso pero qué bien sienta volver a reír con él.

*Luca*

—¿No te ha parecido suficiente un taller de villancicos? —le digo, haciéndole rabiar.

—Pero habría sido genial, no me digas que no.

—Con llevarte unas galletitas de esas en una bolsa antes de irnos, creo que es suficiente, Sara; no hace falta aprender a hacerlas.

—Pero aprendían a hacer un montón de postres navideños —sigue contándome—. Y me dijeron que luego ella y Philip compitieron por ver quién hacía el mejor postre. ¡Y al final ambos postres se complementaban!

—Te sale la vena de escritora con esa escena y lo vives demasiado.

Un pequeño puño golpea con escasa fuerza mi abrigo de plumas, cortesía de la tienda de ropa de este pueblo.

—No te burles de mí —se queja—. Es una historia bonita, ¿no crees?

Abrazo a mi chica por la cintura, acercando mis labios a los suyos.

—La nuestra sí que es una historia de diez.

—De diez… —se queja una vez más, no satisfecha con esa descripción.

—¿De veinte?

Va a revolverse para expresarme con otro puñetazo que no le gusta que le haga rabiar pero la abrazo con más fuerza aún si cabe, hundiendo mi rostro en su cuello.

Sara siempre huele a felicidad y bienestar absoluto.

Alguien nos interrumpe para saludarnos. Es aquella señora tan amable, Massie, que parece estar en todas partes constantemente. No se detiene más que unos segundos para desearnos que pasemos una buena noche y sigue su camino, haciendo lo mismo con el resto de gente que está en las mesas contiguas a la nuestra, disfrutando como nosotros de un buen chocolate con todos los extras habidos y por haber.

—Se me sigue haciendo raro tomar algo así en pleno verano —comenta Sara, separándose un poco de mí y cogiendo su vaso entre las manos.

—Aquí no es pleno… —pero detengo mi frase en cuanto veo su exagerado gesto de desesperación—. ¿Qué? Ni siquiera has visto el vídeo todavía. Cuando lo hagas, sabrás que…

Se acerca mi móvil por fin aunque con desgana.

—Muy bien —dice—. Aunque no hayamos comido al final esa dichosa manzana, veré el vídeo que mi guía turístico aficionado a las novelas de detectives ha grabado… —comienza a verlo pero como no escucha nada, se acerca el teléfono a la oreja. Y es entonces cuando me mira y veo sus ojos abriéndose cada vez con más intensidad. Segundos después, se despega el móvil y me lo pasa, como si tuviera miedo de él—. ¿Qué es lo que acabo de escuchar? Porque no puede ser lo que…

—Es exactamente lo que has escuchado.

—Pero entonces… Luca, ¿qué vamos a hacer ahora? Hemos conocido a Sisi, estoy escribiendo sobre ella… Esto sigue sonando a locura —se frota la cabeza con ambas manos y se ajusta el gorro de nuevo—. ¿Cómo ha podido suceder? Es decir, este pueblo… Es de nuestra época. ¿Qué hace ella aquí? —agita su cabeza antes de seguir hablando—. Es que no puede ser, tiene que haber una explicación coherente para todo esto.

—Pues yo no se la encuentro y llevamos aquí ya cuatro días.

Esta vez se frota la cara antes de llevarse las manos a la cabeza.

—Es una locura —dice con la mirada perdida un segundo para luego volverse hacia mí —. Tenemos que hablar de esto con calma cuando lo hayamos asimilado —y deja vagar la vista a nuestro alrededor, en donde gente de todo tipo ríe, bebe, come y pasea por entre los puestos que hay en este animado mercadillo navideño—. Y parece todo tan bonito y normal… Todos parecen muy amables.

—Sí, lo son —reconozco—. No creo que sean tampoco malas personas, Sara.

—Me refiero a que ellos deben saber quién es ella y no sé, puede que la hayan traído para… —se frota otra vez la cara—. No sé, es que no quiero ni siquiera intentar sacar conclusiones o teorías pero es todo tan loco que no puedo evitarlo, Luca.

Alargo el brazo para acariciar su mejilla. Al instante ella sonríe, mirándome. Siento mi otra mano siendo agarrada por la suya y ambos parecemos estar en calma por fin.

—Acabemos de tomarnos esto, demos una vuelta y volvamos al hotel, ¿de acuerdo? —propongo—. Y mañana será otro día.

Suspira, asintiendo con la cabeza. Una pequeña sonrisa asoma en sus labios antes de responder.

—Pero me debes una manzana caramelizada —me recuerda, haciéndome reír de nuevo junto a ella.

—En este pueblo no deja nunca de nevar; es increíble —comenta Luca en nuestro paseo de vuelta al hotel.

Nos hemos metido por una calle menos concurrida que por la principal. Es menos amplia pero por ello más acogedora, con casas unifamiliares adornadas todas con motivos navideños. Se pueden ver por las ventanas más decoración interior, luces cálidas y personas disfrutando de la noche en este tranquilo pero demasiado extraño pueblecito.

—A mí me gusta la nieve —le digo, apoyándome un instante en su hombro.

Besa mi cabeza en cuanto lo hago y me acerca más a su cuerpo con su mano en mi cintura.

—A mí también desde cierta ocasión.

—Fue una noche perfecta —digo al recordar nuestra primera vez.

Una furgoneta en mitad de las montañas de camino a Viena, de noche y durante una repentina tormenta de nieve. Fue lo más bonito que me había pasado en la vida hasta ese momento y siempre voy a recordarlo con emoción.

—No mientas, que pensaste que íbamos a caernos por el primer precipicio al que la tormenta nos arrastrase. Por eso te agarrabas tan fuerte a mí, ¿no?

Me echo a reír con Luca. Él siempre está de buen humor, animando mis días de forma natural con su sola presencia. Y eso, para alguien como yo, es una delicia en estos momentos.

—Luca, creo que te debo una explicación de por qué estoy desde hace días un poco menos…

—¿Menos loca?

Le saco la lengua mientras él se ríe por su propio comentario.

—Estoy teniendo problemas familiares y no sé cómo… No sé qué hacer. Ni siquiera sé qué pensar sobre lo que sucede y quiero antes aclarar mi mente para saber cómo contártelo.

Él asiente, con una dulce sonrisa de comprensión. Besa de nuevo mi cabeza antes de responder.

—Ya te dije que podías contarme lo que quisieras, como y cuando lo estimaras oportuno, Sara —me asegura—. No tienes que sentirte en la obligación de contarme nada ni de hacerlo en un momento que no creas que es el oportuno.

—Lo sé pero me siento mal porque sé que tú sabes que yo no te estoy contando algo y no quiero que pienses que es porque no confío en ti.

Nos quedamos quietos en mitad de la calle, mirándonos a los ojos y dejando que la nieve siga posándose sobre nuestras cabezas encapuchadas. Luca acaricia mi mejilla sin dejar de mirarme y sonreír.

—Si crees que yo puedo ayudarte en algo o, simplemente, necesitas desahogarte, yo estaré siempre aquí. Da igual que no me hayas contado algo en semanas, meses o años. Siempre, ¿me oyes? Siempre estaré aquí para ti.

Un beso de Luca después de semejante frase es algo mágico e imposible de describir.

La magia se rompe cuando el móvil de Luca suena.

—¿A estas horas? —pregunto extrañada.

Él parece también extrañado hasta que ve la pantalla. En ese momento su gesto se torna más que asombrado.

—Tengo que cogerlo —me anuncia, llevándose el móvil a la oreja—. ¿Sí? ¿Hola? —pero parece que su interlocutor no le escucha—. ¿Me oyes? —y empieza a moverse por la calle, intentando coger mejor cobertura.

Me quedo esperándole junto a una farola que da luz cálida a su alrededor. Me parece una estampa de cuento las vistas que tengo desde aquí, con toda la calle llena de luces navideñas mientras la nieve cae lentamente sobre ellas. Saco el móvil para hacerle una foto, y ya van tres millones estos días, cuando escucho una voz detrás de mí que hace que me sobresalte.

—¿Dando un paseo a estas horas, señorita?

Al girarme veo que es un hombre vestido de… ¿Tiene una placa de sheriff? ¿En serio?

—De vuelta al hotel, señor —le contesto.

—¿Por esta calle?

Me quedo un poco sorprendida por la pregunta pero contesto con sinceridad igualmente.

—Estaba menos concurrida que la otra y queríamos un poco de tranquilidad antes de llegar al hotel.

—Los turistas siempre van por la principal.

Me estoy perdiendo algo, estoy segura.

—¿Está prohibido entrar en esta calle? —le pregunto, por si acaso.

—No hay ninguna prohibición, señorita, pero me ha parecido extraño ver a unos turistas

por esta calle a estas horas, detenidos además frente a esta casa.

Miro la casa que el sheriff ha señalado con la vista y no veo nada extraño en ella. Es como las demás: unifamiliar, adornada, bonita, acogedora…

—Ha coincidido que…

—Y sacando fotos —me interrumpe—. Llevan días por aquí y nadie sabe cuánto piensan quedarse.

Esto ya me parece demasiado.

—¿Le molesta por algún motivo nuestra presencia en el pueblo?

—Hacen demasiadas fotos, preguntan lo que no deben y meten las narices en donde nadie les ha dejado hacerlo —me dice con seriedad extrema.

—Y ahora, ¿qué hago yo con esa información? ¿Cojo mis cosas y me voy rápidamente porque no les he dado al llegar un panfleto con mis planes?

—Puede que quiera explicármelos ahora mismo, en comisaría.

—¿Perdone?

Me da la risa porque esto me parece muy surrealista.

—Buenas noches, agente, ¿pasaba algo? —escucho a Luca a mi lado.

Por fin.

—Soy el sheriff del pueblo, caballero —le corrige.

—Ah, bueno, *sheriff* —dice Luca con una medio sonrisa por esa corrección.

—¿Le hace gracia mi cargo?

Ya empezamos con Luca también.

—¿Le sucede algo, sheriff? —le dice Luca, sorprendido con los modales de este.

—Me gustaría que me dijeran qué están haciendo en este pueblo.

—¿Pasear? —le contesta con sorna.

—Querría saber los motivos por lo que han venido —insiste el sheriff, nada contento con lo poco que está sacando de nosotros.

Pero es que ni siquiera sé lo que quiere sacar.

—Porque nos ha dado la gana, ¿algo más?

—Luca… —le reprendo.

—¿Qué? Él está siendo maleducado así que yo le contesto de la misma forma.

—Soy la autoridad en este pueblo y usted debe… —comienza a decir pero Luca ni siquiera le deja terminar.

—Sheriff, si no va a detenernos por pasear, le sugiero que nos deje continuar nuestro camino.

—Usted no tiene que sugerirme nada, caballero —le dice cada vez de peor humor.

Al final vamos a terminar en comisaría, verás tú.

—¿Se puede saber qué le pasa? —pregunta Luca con voz aguda, no comprendiendo nada de lo que quiere este sheriff de nosotros.

—Déjenme sus móviles —nos dice ahora.

—¿Por qué motivo? —pregunto yo.

—No tengo que darles un…

—Sí tiene que hacerlo para que sea legal —insisto.

—Eso será de donde es usted, no aquí —y extiende su mano hacia nosotros—. Sus móviles. Ya.

—Mire, sheriff —le digo, más que harta—, nosotros no vamos a darle nada a usted. Vamos a seguir nuestro camino y nos vamos a olvidar de lo que ha pasado esta noche, ¿de acuerdo?

—Y si no le gusta nuestro plan, se come unas galletitas para pasar el mal trago —le dice Luca, cabreándole más.

—Caballero, no me gustan sus formas —le espeta el sheriff a punto de sacar las esposas, estoy segura.

—Y a mí las suyas tampoco —le dice—. Y si no nos deja pasar, en cuestión de segundos va a tener a todas las cámaras del mundo en estas calles para intentar hablar con la emperatriz más famosa de la historia cuando todavía no lo era.

La cara del sheriff es de preocupación absoluta y ahora sí que no cabe duda de que es ella.

—No tiene pruebas que… —comienza a decir pero Luca le interrumpe.

—Tengo un vídeo a buen recaudo de ella misma confirmándolo, sheriff. Y ahora, si nos disculpa, queremos seguir con nuestro paseo. Buenas noches.

El sheriff no se atreve a moverse siquiera así que pasamos por delante de él sin problema, continuando nuestro camino hacia el hotel.

—¿Por qué le dijiste eso? —le pregunto cuando estamos lo suficientemente lejos.

—Porque me cabreó —me responde, algo alterado todavía—. ¿Quién es él para ponerse como se puso por nada?

—Sí, fue muy raro. Yo solamente estaba sacando una foto a la calle y de repente empezó a decirme que por aquí no pasaban los turistas y que era raro que nos hubiéramos detenido frente a esa casa.

—¿Qué casa?

—¿Y yo qué sé?

Nos miramos ambos y en un par de segundos estamos riéndonos de lo absurdo que ha sido todo lo que ha pasado con aquel sheriff.

—A lo mejor era un loco que se había escapado de algún hospital cercano —comenta

ahora, ya de mejor humor—. Un sheriff… ¿De dónde salió? ¿Del Lejano Oeste?

—Hay sitios en los que todavía…

—No aquí, Sara. Ese tipo estaba loco.

—Pero ya hemos llegado y ahora quiero olvidarme de todo eso —le digo, señalándole el hotel con la cabeza y una sonrisa que espero que comprenda.

Y, por supuesto, lo hace por cómo sonríe él mismo.

—Estoy deseando quedarme amnésico.

Me echo a reír con él mientras vamos entrando al hotel, en donde todavía hay gente aquí y allá, disfrutando de una noche más en este peculiar pueblo que no sé si podré entender jamás.

# XX

*Philip*

—Da gusto cuando llegamos pronto a casa para cenar tranquilamente —me dice Jenna mientras terminamos de meter todo en el lavaplatos.

—Dale las gracias a Jo por cubrirme turnos tantas veces.

—Creo que vas a tener que subirle el sueldo.

—Y contratar a más gente —aseguro.

Jenna ríe mientras nos besamos en mitad de la cocina. Rozo mi nariz con la suya, haciendo que su sonrisa me inunde por dentro. Sus dedos se hunden en mi pelo justo cuando vamos a volver a besarnos pero nos interrumpe el timbre de la puerta, que suena con insistencia además.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunta Jenna cuando me separo de ella para ir a averiguarlo.

Y en cuanto me acerco a la mirilla, veo a un impaciente Pete esperando a que le abra.

—Pete, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Va todo bien?

Él pasa hasta el salón sin abrir la boca para decirnos *buenas noches* siquiera. Parece enfadado. Mucho. Y empieza a darme miedo lo que nos pueda haber venido a decir.

—Seré directo —nos dice por fin en cuanto estamos los tres frente a frente en mitad del salón—. Los dos turistas saben quién es Sisi y tienen un vídeo que lo demuestra.

—¿Cómo? —pregunta Jenna.

—Me lo acaban de confirmar —dice Pete—. Tienen un vídeo y estoy seguro de que podrían incluso difundirlo.

—Pero, ¿hablamos de Sara y de Luca? —insiste Jenna—. Ellos no harían algo así, estoy segura.

—Estaban hace un momento rondando vuestra casa —le dice Pete, que sigue igual de nervioso—. Les di el alto por ese motivo, porque me pareció sospechoso ver a dos turistas por esta calle, haciendo fotos y precisamente frente a vuestra casa. Llevan días haciendo demasiadas preguntas y comentarios extraños. Y ahora esto.

—Bueno, pueden haber venido por esta calle para cruzar directamente por el parque y llegar al hotel —hablo yo, intentando mantener la calma.

—Un turista iría por la principal —insiste Pete—. Las probabilidades de que se desvíen por otra calle a estas horas son mínimas.

—A ver, Pete, que hay vida más allá de los ordenadores y los cálculos —intento tranquilizarle—. El ser humano a veces actúa de forma…

—¡De forma estúpida! —me suelta sin calmarse, sino todo lo contrario—. Porque todo esto sabes que es por tu culpa, ¿verdad? Alguien podría descubrir lo que sucede y esto sería un puto caos, Philip. ¡Un puto caos! Pero tú estabas preocupado por pasar un rato con tu madre y el resto no te importó.

—Eso es muy injusto, Pete… —sale en mi defensa Jenna.

Pete se gira hacia ella y la señala un segundo con el dedo.

—Tú no te metas porque no sabes todavía ni la mitad como para comprender lo grave que podría ser esta situación.

—Pete, contrólate, haz el favor —le digo, tratando de no alterarme yo también.

—Y lo hago, Philip —me dice mirándome ahora a mí—. Lo hago y mucho. Porque ahora mismo hay dos turistas que afirman tener en su posesión un vídeo en donde aparece tu madre confirmando que es quien es. Y quién sabe si estaban frente a esta casa porque saben algo más. ¿Te imaginas la catástrofe que sería que una mínima parte se conociera públicamente?

—Pero Sara y Luca no van a hacer nada —insiste Jenna—. Hablaremos con ellos mañana mismo.

—No son trigo limpio —continúa hablando Pete—. No me gustan. Tienen que irse cuanto antes.

—Pero Pete —le digo ahogando la risa para no enfadarle más—, no podemos echar a dos personas del pueblo porque te caigan mal, compréndelo.

—No es que me caigan mal, es que algo traman.

—A ver, recapitulemos —le pido—. Has visto a Sara y a Luca por nuestra calle.

—Frente a esta casa —especifica.

—Vale, precisamente frente a esta casa —le concedo— haciendo una foto, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Hacían la foto a nuestra casa? —le pregunto.

Tarda un par de segundos en contestar.

—Hacia delante —responde.

—¿Cómo es eso?

—Pues… —y empieza a hacer gestos cómicos para mí pero sigo aguantando y no me río o le voy a enfadar más—. En realidad ella estaba haciendo una foto enfocando hacia el final de la calle.

—Yo he hecho fotos así por todo el pueblo —asegura Jenna—. Es que de noche Mist

Rachs está precioso con toda esa nieve sobre las luces navideñas. Sara seguro que estaba haciendo lo mismo.

—Pero era vuestra casa —insiste una vez más Pete.

—En Mist Rachs no tenemos calles tan grandes como para que eso sea un dato significativo, Pete —intento razonar con él—. Hay muchas probabilidades de que estuvieran aquí enfrente sin saber siquiera que era nuestra casa.

Reflexiona sobre ello pero al cabo de unos segundos vuelve a la carga.

—¿Y lo del vídeo que tienen?

—Si les estabas tocando tanto las narices como me imagino, podrían haberlo dicho sólo para que les dejaras en paz —le digo—. Que nos conocemos, Pete, y a veces eres muy tocapelotas…

No parece contento con mi descripción sobre su persona pero se queda callado porque sabe que tengo razón.

—Pero si han amenazado con que tienen un vídeo así es porque saben quién es Sisi.

Ahí lleva toda la razón.

—Pero Sara y Luca aman la historia —interviene ahora sabiamente Jenna—. Ninguno de ellos haría nada que pudiera dañarla, por muy enfadados que estuvieran.

—De todas formas, como te decía antes Jenna, podemos hablar con ellos mañana sobre este tema y luego te contamos lo que nos han dicho, ¿te parece bien?

Menea la cabeza, nada contento con esta situación. Y antes de que vuelva a hablar sé que va a ser para repetirme que soy yo el culpable de todo esto.

—Si esta situación no se arregla, vamos a tener serios problemas y todo porque no me has querido hacer caso —y me levanta el dedo—. Bien que te dije que les mandáramos de vuelta a todos en ese mismo instante, que no era nada buena su presencia. Pero no, el gran chef Philip quería tener trato con su madre cuando era adolescente sin importarle la seguridad del resto del pueblo.

—Pete, tenías razón, ¿de acuerdo? —le digo—. ¿Así mejor? Tenías razón y tuve que dejar que se fueran ese mismo día.

—Pero es normal que tú quisieras pasar algo de tiempo con tu madre —se queja Jenna al no comprender las implicaciones que tendría para todos nosotros un solo error como cualquiera de los que en realidad estoy cometiendo desde que Sisi llegó.

—Yo también podría hacer que volviera Annie y sin embargo sigo cuidando de todo esto —se queja Pete.

—¿Annie? —me pregunta Jenna en bajo.

—Mi hija —le responde Pete, habiéndola escuchado perfectamente—. Porque daría lo que fuera por poder volver a estrecharla entre mis brazos pero no a costa de poner en peligro

tantas cosas.

Jenna me parece que no quiere saber la historia porque intuye que es triste. Y lo es, demasiado como para contarla durante unas fiestas como estas.

—Pete, perdóname —le pido con sinceridad—. Comprendo perfectamente lo que me estás echando en cara y asumo…

Me corta con un gesto brusco de su mano.

—Si mañana por la mañana no se van por su propio pie todos ellos, iré yo a echarles uno a uno, tanto a tu madre y su comitiva como a los otros dos metomentodos —amenaza—. No hay más negociación que esa. ¡Se van y punto!

—Hablaremos con todos —le prometo— pero tú ahora cálmate. Vete a casa ya, Pete, descansa y mañana verás cómo se ha arreglado todo —y al ver que todavía quiere añadir algo, lo hago yo—. Por favor, Pete.

Parece dudar por un instante si seguir riñéndome como si fuera todavía un niño pequeño que tiene que entregar al día siguiente un trabajo y ni siquiera tiene las cartulinas para hacerlo. Finalmente creo que le doy verdadera lástima porque suspira y se gira en dirección a la puerta, pasando su mano por mi hombro de forma afectiva.

—Mañana hablamos —nos dice desde la puerta. Y entonces se acuerda de algo y se gira hacia Jenna—. Siento mis modales. Sólo espero que pronto comprendas la importancia de todo esto.

Jenna asiente y Pete abre la puerta y sale, dejándonos dentro a solas, algo aturdidos todavía.

Pasados unos segundos me dejo caer en el sofá, como si una losa hubiera caído sobre mí en cuanto Pete se fue. Tiene toda la razón, lo sé. No tuve que dejar que mi madre se quedara pero… He puesto a todos en peligro y eso no me lo voy a perdonar si pasa algo. Y sí, es mi culpa, y alguien tenía que decírmelo. Puede que el resto de vecinos no hayan querido dañarme al comentarme algo así pero el trabajo de Pete es velar por el bienestar de todos. Le pierden a veces las formas, sí, pero no puedo reprocharle nada más.

Espero de verdad que mañana todo se arregle o si no…

—Phil —me dice suavemente Jenna, que acaba de sentarse a mi lado. Posa su brazo sobre mis hombros y siento sus labios pegados a mi sien durante unos maravillosos segundos—. ¿Te encuentras bien?

Levanto la vista y la miro, tan radiante y bella como la primera vez que la vi. Sí, exacto, hace poco más de quince días pero creo que entendéis a lo que me refiero. Parece realmente preocupada por mí.

—Sí, estoy bien. Estoy bien —me repito, como si con eso fuera a estarlo de verdad—. Mañana todo se arreglará y volveremos a la normalidad.

—Claro que sí, ya verás —sigue animándome.

—Y tendremos que hablar de Mist Rachs y resolver todas las dudas que seguro que tienes.

Le sonrío y ella contesta a mi sonrisa con la suya propia.

—Ahora lo importante es que mañana puedas despedirte de tu madre como mereces y te quedes con un bello recuerdo de ella.

Sigue acariciando mi mejilla y peinando mi pelo con sus dedos, algo que me acaba relajando por completo. La vida se ve de otra forma si a tu lado tienes a alguien que sabes que estará ahí tanto si estás en la cima como si te hundes sin remedio. Estará y te apoyará, ayudándote a salir.

Y sé que Jenna es esa persona para mí.

Me giro hacia ella y la beso sin pronunciar palabra. A partir de este momento, nos comunicamos con caricias y suspiros, un lenguaje que sólo nosotros comprendemos.

Está llegando una gran tormenta de nieve en Mist Rachs pero hoy no. Hoy sólo existimos, aquí y ahora, Jenna y yo.

# XXI

*Luca*

Saber por primera vez en la vida con quién quieres despertarte cada día es algo a lo que me ha costado muy poco adaptarme. Soy una persona que ni siquiera sabe bien dónde quiere establecer su hogar, no he decidido ni el país, pero sé que, sea donde sea, ella tiene que estar conmigo. Sara, la loca, dulce, inteligente y hermosa Sara Fernández. Quiero que sea ella a la que vea cada día al despertar, ya sea en mitad de un bosque o en un estudio de 30 metros en Manhattan. Hasta ahora no había tenido un hogar pero a ella sí la veo como tal.

Ella es mi hogar.

Si esto fuera una película, ahora pasarían a enfocar a una sigilosa mujer que duerme apaciblemente, tan perfecta que podría levantarse e ir a un cóctel de gala en Los Ángeles. Sin embargo Sara es más, mucho más que eso, y por ello se la puede observar con una pierna por dentro de las mantas y otra por fuera, con la boca medio abierta, ocupando media cama (incluyéndome a mí, ya que uno de sus brazos reposa sin sentido sobre mi pecho) y emitiendo de vez en cuando algún ruidito nasal que me indica que ha descansado perfectamente esta noche. O eso quiero yo creer que significa. Esa es mi Sara, la despeinada Sara con marcas de sábanas en la cara que en cuanto se mueva, va a revolver toda la cama detrás de ella.

Efectivamente, Sara va despertándose y una de sus manos se choca contra mi cara después del último brusco movimiento que hace para cambiar de postura, intentando alargar un poco más el sueño. A mí me da la risa y con mis carcajadas Sara parece despertar, algo molesta por el ruido desde primera hora de la mañana.

—Qué ganas puedes tener de reírte a estas horas —se queja sin querer abrir los ojos.

Abraza mi pecho y frota su mejilla contra mí de forma mimosa.

—Perdone usted, señorita escritora. ¿Desea que le traigan el desayuno a la cama?

—Mmm… No —dice finalmente—. Nos damos una ducha y bajamos a desayunar.

—Es pronto todavía —le advierto—. Podemos quedarnos en la cama un rato más si quieres.

Abre un ojo con dificultad para mirarme y empieza a sonreír. Se lanza entonces a mi boca, besándome mientras ríe conmigo, sin sentir preocupación por absolutamente nada en este preciso momento, una sensación que pocas veces se tiene en la vida y que, cada vez con más

frecuencia, me pasa estando a su lado.

*Sara*

Desayunar en este lugar es una delicia. También lo es el hecho de llevar cuatro días sin hacer nada más que descansar, lo reconozco. Creo que he engordado doce o veinte kilos por tantos dulces que estoy comiendo. Lo sabría si me pesara alguna vez en mi vida pero, como no lo hago, sigo comiendo sin problema. La vida está hecha para disfrutarla y no para estar pensando en cuántas calorías tiene este plato de galletitas de jengibre que siempre nos traen a la mesa de desayuno. ¿Qué más da? Están ricas y disfruto comiéndolas.

A veces, eso es lo único que cuenta.

—¿Estás escuchando? —me dice Luca, interrumpiendo mi momento galletita.

—El qué.

—Los de la mesa de al lado dicen que se avecina una tormenta de nieve.

—Yo creía que vivían en una de manera constante.

Arruga la nariz a modo de burla y yo le saco la lengua. Todo muy adulto.

—Habría que ir pensando en volver antes de que nos pille la tormenta.

Me dice aquello con tanta pena que me hace hasta gracia.

—Sí, tenemos que volver —confirmo—. Ya hemos hecho un alto en el camino pero…

¡Y ahora suspira!

—En fin…

—Luca, ¿te da pena irte? —él se encoge de hombros y a mí me da la risa—. ¡Pero si ayer mismo ese sheriff por poco nos echa a patadas!

—Bueno, pero el resto de gente es encantadora y el lugar es una maravilla —protesta—. Los niños son felices, los adultos te acogen como a uno más, no hay maldad alguna en ninguno de ellos… Y en este pueblo no hace falta coche ni un desembolso muy grande para montar un negocio o…

No le ha hecho mucha gracia mi carcajada pero lo disimula.

—Luca, que parece que te querías quedar a vivir aquí o… —y al ver su cara, vuelvo a reírme—. Tú tienes un problema, ¿eh? Te quieres quedar a vivir en cualquier sitio al que vas.

—A veces no —se queja.

—Dime un solo sitio en el que no hayas pensado algo así, a ver —y me cruzo de brazos, esperando. Pero podría esperar de por vida por cómo comienza a pensar en ello—. ¿Ves? Es que

cada vez que vamos a un sitio, tú te planteas quedarnos allí para siempre.

—Tampoco hemos ido a tantos juntos —sigue quejándose por mis risas.

Acerco mi mano a la suya y se la agarro, acariciándole por encima con mi dedo pulgar y haciéndole sonreír.

—Sé que tenemos que pensar en un sitio en donde establecernos pero siento que este no es ese lugar.

—¿Cómo puedes saberlo? —me pregunta sinceramente—. Es un sitio perfecto.

—No sé pero eso se siente de alguna forma.

—Pues yo desde hace semanas siento que contigo podría vivir incluso en el pico de la montaña más alta del planeta.

Estoy aprendiendo a diferenciar cuándo habla el italiano con labia y cuándo lo hace mi Luca. Y esa frase la ha dicho el segundo, así que me ha dejado durante segundos totalmente bloqueada.

—¿Qué te parece si probamos a vivir una temporada en tu casa de Viena y otra temporada en la mía de Madrid? —propongo—. Así empezamos a descartar lugares. Es un comienzo, ¿no?

Se queda un momento pensando pero parece que le ha gustado la idea y me lo hace saber primeramente con su sonrisa.

—Podemos empezar por Viena si te parece bien.

—Me parece bien —confirmo, alzando el vaso de zumo de naranja en alto, brindando con él por nuestra decisión.

—¿Sabes? Este tema me estaba quitando el sueño últimamente —me confiesa ahora—. Pensaba que si no nos decidíamos rápido por un lugar para vivir, podrías empezar a pensar que esto no iba a ninguna parte.

Mi tierno Luca…

Acerco mis labios a los suyos y los beso detenidamente hasta volver a verle sonreír.

—Ni se me había pasado por la cabeza algo así —le aseguro—. Pero para otra vez que tengas estas movidas mentales repentinas, puedes preguntarme directamente y así saldremos antes de dudas.

Ahora es él quien me besa a mí.

—Creo que necesitábamos este alto en el camino para poder seguir adelante.

Asiento, totalmente de acuerdo con sus palabras.

—Entonces, ¿ya podemos hacer las maletas y volver al trabajo?

Sonríe de medio lado, meneando la cabeza con mi no tan buen plan de regreso a la vida real.

—Volvamos. Ya estamos preparados.

## XXII

*Sisi*

Extraño desayunar con mis hermanos pequeños. Ellos dan una alegría que aquí no se ve por ninguna parte. Mi madre es alguien que siempre está triste y no le gusta que le importunen con voces fuera de lugar. En realidad tiene mucha paciencia con todos nosotros, porque siempre estamos buscando una nueva fuente de diversión en cualquier cosa que pase frente a nosotros y ella, apacible y comprensiva, trata de enseñarnos que ese no es el camino que debemos seguir en la vida. Que hay que ser comedidas y respetuosas. Que la educación y las buenas formas lo son todo.

Pero para eso ya está Néné.

Ella sí es como a mi madre le gustaría que todos fuésemos. Sabe comportarse en todas partes y nunca levanta el tono por encima del de nadie. Es completamente perfecta, aunque a veces mi padre cambia *completamente* por *desesperantemente*. Ella es buena, demasiado, y a mí sin embargo siempre me llaman la atención las cosas que me prohíben hacer y los retos que parecen imposibles de alcanzar.

Todavía no me explico por qué han querido que les acompañe en este viaje. Ellas han sido invitadas por tía Sofía y, por lo poco que he podido leer ayer, es para comprometerse con nuestro primo el emperador. ¿Por qué he tenido que venir yo con ellas? A mí ni siquiera me habían invitado. ¿Qué necesidad tenían de que yo les acompañara en un momento como este?

No es justo. No es justo para nadie. Mi hermana está hecha para ser toda una emperatriz y yo sólo aspiro a ser dueña de mi propia libertad. Ella estoy segura de que sería muy feliz desempeñando su papel en la corte de Viena. Sin embargo yo…

Yo estoy hecha para correr por los bosques, perderme entre ellos y cabalgar durante horas hasta que el caballo tenga que descansar. ¿Qué voy a hacer yo en un lugar tan estricto con gente que, no tengo duda, va a odiarme por no ser como ellos?

¿Qué puedo aportar, si yo no formo parte de ese mundo?

—Por favor, Sisi, pásame el pan —me pide mi madre, bebiendo un trago de café mientras tanto.

Le paso la bandeja con el pan y vuelvo a mi plato.

—Sisi, la mermelada, por favor —me pide ahora Néné. En cuando se la doy, me sonríe

—. Gracias. Estás hoy muy callada —advierte.

—Hoy nos vamos —es mi explicación.

—Por fin —comenta mi madre, como si eso fuera un alivio—. Estoy harta de estar encerrada en este cuarto y ver nevar por la ventana.

Mi hermana hace un gesto gracioso con los ojos sólo para mí y tengo que aguantar la risa como puedo.

—Espero que tía Sofía no esté enfadada por nuestra tardanza —comenta Néné, mirando a mi madre.

Ella suspira, como si no hubiera dejado de pensar en ello durante estos días.

—Esperemos que aun así todo vaya bien —y acaricia el rostro de mi hermana—. Tenemos grandes planes para ti, cariño —y se gira hacia mí—. ¿Sabes por qué vamos al encuentro del emperador?

—¿Para felicitarle por cumplir años porque se siente solo? —finjo.

—Qué cosas tienes, Sisi, de verdad —dice mi madre, algo molesta por mi comentario.

Mi hermana sonríe y acaricia mi mano.

—Tía Sofía nos ha invitado al cumpleaños de nuestro primo porque quiere… —comienza a decir Néné pero no sabe ni cómo explicarlo.

Va a ser un dolor inmenso ver que yo seré la culpable de sus desvelos para toda su vida. Por mi culpa, ninguna de las dos seremos felices jamás.

—Tu hermana se va a convertir la emperatriz de Austria —me anuncia con emoción mi madre, volviendo a acariciar a mi hermana—. Lo hemos hecho muy bien contigo, Néné.

Parece orgullosa de ella. La mira con adoración y un cariño infinito. Como yo también la miro. Adoro a mi hermana y saber que voy a causarle dolor me ha quitado el sueño desde que lo supe ayer.

—¿No dices nada, Sisi? —me pregunta Néné.

—Sí, yo… Te voy a echar de menos en casa —es lo único que sale por mi boca.

Néné me abraza sin levantarse de la silla, encantada con mis palabras.

—Podrás venir a visitarme siempre que quieras, Sisi —me promete.

—Siempre que puedas recibirla —apostilla mamá—. Una emperatriz tiene trabajo ineludible y no puede dejar que su hermana pequeña le interrumpa y ande correteando por palacio.

Pero Néné me hace un gesto para que no dé importancia a las palabras de mi madre. Se acerca a mi oído y susurra sus siguientes palabras.

—Para ti yo siempre tendré tiempo, hermanita.

Y me ha partido el alma.

—¿Hoy vas a dormir la siesta antes de partir? —me pregunta Rodi mientras prepara mi equipaje.

Va a abrir la bolsa en donde tengo la ropa que uso aquí cuando la freno.

—Eso de ahí no voy a llevármelo, Rodi, déjalo —le digo.

Ella al momento aparta la bolsa y no la toca, continuando con el resto de vestidos.

—Va a ser emocionante, ¿no crees? —va comentándome mientras tanto—. Todo el mundo en palacio es muy elegante. Y el emperador dicen que es guapísimo. Tu hermana tiene mucha suerte.

No creo que mi corazón soporte todo esto mucho más.

—Rodi, quiero dormir un poco antes de partir —le comunico—. ¿Podrías dejarme sola, por favor?

Ella me ve sentada en la cama, esperando a que me deje a solas, y sonríe. Se acerca a mí y acaricia mi mejilla con cariño.

—No te preocupes —me dice—. Algún día aparecerá algún hombre de buena familia con el que puedas formar la tuya propia.

Y dicho esto, se va de mi cuarto, dejándome por fin sola.

¿Quiero eso en mi vida? ¿Quiero que todo gire alrededor de otra persona? ¿Quiero perderme en protocolos ridículos, en maternidades dolorosas o en soledades imposibles de llenar? ¿Quiero destrozar la vida de mi hermana y la mía propia? O por el contrario, ¿quiero tomar las riendas de mi propia vida y vivirla como yo quiera, como cualquier ser humano tendría que hacer?

Me acerco a la puerta con decisión y la abro un poco para ver si hay alguien en el pasillo. Nadie, todo despejado. Salgo de aquí y me echo a correr hasta el cobertizo donde están los caballos y el carruaje al que vendrán dentro de muy poco a cambiar las piezas para podernos ir.

—Vosotros tampoco sois dueños de vuestra propia vida y eso no es muy justo —les digo —. Pero eso va a cambiar —les suelto y abro de par en par la puerta del cobertizo, volviendo con los caballos y dándoles una palmada a todos menos a uno—. ¡Vamos, huid! ¡Sed libres y felices! ¡Vamos! —los caballos salen al galope de aquí y me quedo a solas con el único que queda—. Y tú, amiguito, antes de ser libre, tienes que ayudarme a mí, ¿de acuerdo?

Parece que lo ha entendido por cómo relincha ante mis palabras, asintiendo con su cabeza incluso. Monto a horcajadas en él (si lo viera mi madre…) y salgo yo también del cobertizo.

No voy a dejar que me hagan vivir una vida que no he elegido por voluntad propia.

El emperador va a tener que aprender que sí que se le pueden dar calabazas.

# XXIII

*Philip*

Jenna y yo hemos venido al Timeless. Tom iba a traer en breve las piezas que le faltaban al carruaje para que puedan irse y quería despedirme, así que Jenna me ha acompañado. Creo que sabe que este no va a ser un momento sencillo y prefiere pasarlo a mi lado.

Y no sabe cuánto se lo agradezco.

—Luego podemos volver a la cama y quedarnos allí hasta el turno de comidas —propone Jenna antes de entrar al hotel.

Le sonrío, agradecido por los ánimos.

—No sé qué haría yo sin ti.

—No ganar el concurso de decoración navideña —contesta ella—. Eso, seguro.

Me hace reír en una situación así y no puedo hacer otra cosa más que besarla con todas mis ganas.

Loreen nos ve entrar y su gesto ya me alarma un poco. No parece tan afable como de costumbre y al instante sé que ha sucedido algo. El corazón se me desboca y no sé si prefiero huir de aquí y no saber lo que ha pasado antes que enfrentarme a la realidad.

Con lo bien que había empezado la mañana…

—Te íbamos a llamar ahora mismo —me dice, viniendo hacia nosotros—. No está.

—¿Cómo que no está?

Y he entendido perfectamente pero es que mi cerebro se niega a aceptar lo que sé que esas dos palabras significan.

—Tom ha ido con Johann al cobertizo para arreglar el carruaje y los caballos estaban sueltos y fuera de allí. Menos uno —comienza a contarme, con la voz afectada como si hubiese estado corriendo durante horas—. Es como si alguien les hubiera soltado. El resto ha vuelto, imagino que por miedo al tiempo de tormenta, pero uno de ellos… Me avisaron y me temí lo peor así que fue a buscar a Sisi y nadie la ha visto desde hace media hora.

—Puede haber ido al pueblo a despedirse o… —empieza a decir Jenna, que creo que en el fondo también sabe lo que todo esto significa pero está en modo negación.

Que es de donde tengo que salir yo con urgencia.

—Hay que darse prisa y buscarla cuanto antes —les digo—. ¿Alguien está en ello ya?

Pero el silencio de Loreen me augura algo aún peor.

—Las huellas de los caballos —dice—. Todo indica que se han adentrado en el bosque, Philip.

Me llevo las manos a la cabeza de forma inconsciente, no sabiendo cómo reaccionar a esto.

—Joder… —es lo único que soy capaz de decir.

—Pues vayamos a… —comienza a decir Jenna, sin comprender.

—Es muy peligroso —le cuenta Loreen—. Ya has visto las cosas que suceden en Mist Rachs, ¿verdad? Pues ahora imagínate… Es como cuando en el restaurante sacáis la basura del día. Ese bosque es una especie de vertedero al que llegaría la basura de todo un año del restaurante. Si te adentras en él, puedes acabar en un sitio o un tiempo impredecible y no poder volver jamás.

—La emperatriz no habría llegado a existir como tal y toda la historia se reescribiría —añado.

—Tú incluido —dice Loreen con extremada preocupación—. Hay que avisar a Pete. Esto se nos ha ido de las manos y es de los pocos que pueden entrar en el bosque.

—Sí, claro, por supuesto —le respondo—. Yo mientras tanto…

Yo, ¿qué? ¿Entro en el bosque por mi cuenta? ¿Qué voy a conseguir con ello? ¿Perderme en él y no volver jamás?

—Tú sigues aquí —escucho que me dice Jenna mientras Loreen está al teléfono con Pete —. Eso significa que todavía Sisi no está… Que la historia no ha cambiado, ¿no?

—El bosque es demasiado peligroso —le explico—. Y en cualquier momento puede dar un paso y…

—Pero algo hay que hacer —me dice con frustración—. No podemos dejar que Sisi se pierda para siempre. Habrá algún plano o algo para poder entrar sin peligro.

—No te imaginas lo que es ese bosque. Es del sitio que más leyendas hay en el pueblo.

—Pero alguna tendrá un final feliz.

Y entonces lo recuerdo.

Mierda.

—Pete ya viene para aquí —me interrumpe Loreen los pensamientos, afortunadamente —. Y no está de muy buen humor —me avisa.

—Imagino.

—Salgamos fuera para esperarle en el cobertizo —nos propone—. Esperemos que podamos hacer algo para que esto no se convierta en tragedia.

Los tres salimos del hotel como si estuviéramos a punto de desaparecer de la faz de la tierra.

Y es que en realidad eso es lo que podría pasar conmigo en cualquier momento.

Hemos pedido a Johann que nos espere en su dormitorio, asegurándole que todo va a ir bien y que no avise todavía a nadie de lo que ha sucedido. Al cabo de unos pocos minutos, vemos aparecer a Pete, casi corriendo, por el camino que lleva hasta aquí.

Va a estar recordándome esto toda su vida.

O eso espero.

—¡Te lo dije! —va gritando antes incluso de llegar al cobertizo—. ¡Es que te lo dije, joder!

—No parece contento, no —comenta Tom.

—Vale, Pete, lo sé, pero ahora hagamos algo y dejemos los reproches para luego, por favor —le pido en cuanto llega hasta nosotros.

Resopla, intentando aguantar las ganas de seguir echándome esta situación en cara pero sabe que tengo razón y que es urgente que se resuelva cuanto antes.

—Si ha entrado en el bosque, hay que ir a buscarla ya mismo —nos dice.

—Pero no todos conocemos el bosque como para sobrevivir a él, Pete —le recuerda Tom —. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Se frota la cara y en segundos parece que vuelve a guardar una calma que nos hace falta a todos ahora mismo.

—Yo puedo entrar —nos dice, y me mira—. Hay otra persona que también puede. Y, sinceramente, me vendría muy bien que…

—No, Pete —le digo—. Eso fue distinto y lo sabes. No voy a permitir…

—¿Ahora el señorito no quiere arriesgar a nadie más? —se queja Pete ante mi negativa —. Si voy yo solo, tardaré demasiado tiempo. Necesito que entre él también.

—No va a hacerlo —me niego—. Estuvo traumatizado durante días por aquello.

—Pero sobrevivió —me recuerda Loreen—. Y la trajo de vuelta sana y salva.

—Es eso o la catástrofe, Philip —sentencia Pete—. Además, tú no decides sobre él. Es mayorcito como para saber qué tiene que hacer.

Está marcando un número de teléfono y veo cada vez más cerca que toda mi vida vaya cayendo como un endeble castillo de naipes.

—¿A quién se refiere? —me pregunta Jenna en bajo.

Suspiro, teniendo que pronunciarlo en alto.

—A mi padre.

—¿En serio? —me dice con sorpresa.

—Mi hermana Olive se adentró en el bosque cuando era pequeña porque decía que quería… Bueno, leyendas del pueblo —simplifico—. Cuando mi padre se enteró de que se había

metido en el bosque, se fue él detrás para buscarla. Estuvieron allí dentro cinco horas pero cuando ya pensábamos que no íbamos a volver a verlos jamás, aparecieron sanos y salvos.

—Pero eso es fantástico —me dice ella—. Seguro que puede entrar y…

—No es tan maravilloso como parece —le corto—. Mi padre ni siquiera ha podido hablar de ello en todos estos años. Tuvo pesadillas con eso durante mucho tiempo y no pudo decir ni una palabra en días.

—¿Y Olive?

—Era pequeña, no se enteró de mucho. Nos contaba cosas muy extrañas que achacábamos a su edad pero…

—Ya viene hacia aquí —nos anuncia Pete colgando el teléfono.

—Si él entra, yo también —le digo.

Y por su cara, sé la respuesta.

—No me toques los cojones hoy, Philip, que no estoy para bromas.

—Yo voy con él, Pete —insisto—. No puedo dejar que entre solo por mi culpa.

—Le he explicado la situación y no ha dudado ni un momento —me cuenta—. Va a entrar porque quiere hacerlo, ¿de acuerdo? Déjate de heroicidades. Tú nos estorbarías. Lo mejor que puedes hacer ahora es quedarte aquí y esperar. Nada más.

Pete va hacia la entrada del camino para esperar a mi padre y evitarme un rato más, estoy seguro. Está tan enfadado y tiene tanta razón en estarlo que me quedo callado sin protestar más. Jenna acaricia mi brazo y Loreen frota mi espalda un momento, comprendiendo la situación que estoy pasando.

—Phil, todo va a salir bien —me dice Tom para intentar calmarme—. Esta tarde seguro que estamos todos recordándolo entre risas.

Ojalá.

# XXIV

*Jenna*

—Tranquilo, que no vas a desaparecer. Al menos, no hasta que pueda tener mi venganza por quedar por encima de mí el último año —le dice Tom a Philip.

—Entonces, ¿ya has aprendido a descolgarte por las chimeneas en este tiempo? —le pregunta Philip, tratando de ser amable con Tom, que se está esmerando en hacerle sonreír.

—Antes de que Jenna piense que os habéis vuelto locos, habría que explicarle de qué estáis hablando —les interrumpe Loreen, que me mira—. Es un concurso de Santa Claus que todos los años organizamos para ver quién es el mejor. Hay pruebas de trineos, de repartir juguetes, de escalada…

—Dime que no me he perdido eso —le pido, deseando ver semejante concurso.

Philip sonríe ante mi frase y frota mi espalda, medio abrazándome después.

—Se hace el día antes de Nochebuena, tranquila —me responde.

—Y tú, ¿te presentas?

—Llevo unos años sin presentarme. Ya sabes, eso de la Navidad no me hacía demasiada ilusión y…

—¿Y este año?

Parece que le hace gracia mi insistencia.

—Parece una tontería pero hay que prepararse físicamente para presentarse a ese concurso. Pero ya me verás al año que viene para echarte unas risas —me tranquiliza y suspira —. Si es que llego a existir para entonces.

Loreen sonríe y menea la cabeza, mirándole.

—Voy a entrar a por algo de beber —nos dice—. ¿Alguna petición especial?

—No te molestes, Loreen —le dice Tom—. Estamos bien.

—Una tila no nos vendría a ninguno mal —insiste, comenzando a caminar hacia la entrada del hotel.

—Voy contigo —y le doy un beso rápido a Philip—. Ahora vuelvo, ¿de acuerdo?

Me sonríe mientras asiente y me reúno con Loreen, que me estaba esperando en las escaleras para entrar juntas.

—Esto no tiene buena pinta, ¿no? —le pregunto cuando ya estamos las dos a solas.

—Tú tranquila, que Pete es muy gruñón pero va a acabar solucionándolo.

—Eso espero.

Suspiro, algo agobiada por todo lo que está pasando. A principios de mes mi mayor preocupación era saber dónde iba a irme a vivir y qué trabajo sería el siguiente que encontrara. Y ahora mismo estoy preocupada por si mi novio deja de existir a causa de que su madre de adolescente se ha escapado porque no quiere volver a su tiempo y convertirse en la emperatriz Sisi.

Un poco loco todo esto sí que es.

Loreen me ha dejado en el hall de entrada mientras ella se ha ido a coger algo de bebida. Estoy esperando al lado del mostrador cuando Sara y Luca aparecen bromeando entre ellos, bajando las escaleras en dirección precisamente al mostrador en donde espero a Loreen. En cuanto me ven, sus sonrisas me lo dicen todo: Pete exageraba porque ellos no pueden estar detrás del macabro plan que él pensaba.

—¡Jenna! —dice Sara, acercándose a mí—. ¿Qué haces tú por aquí?

¿Se lo cuento? Porque estoy algo perdida todavía con el protocolo a seguir en cuanto a asuntos misteriosos del pueblo. Bueno, probemos a tantear el asunto.

—Sisi tiene un pequeño problema y hemos venido a ver si podíamos hacer algo.

Sus rostros se tornan preocupados al instante.

—¿Hay algo que podamos hacer nosotros? —pregunta Luca—. Lo que sea.

—La verdad es que ni yo sé lo que podría hacer para ayudar. Yo estoy aquí plantada sin hacer nada. Son otros los que están haciendo lo que pueden.

—A veces dar apoyo es muy importante —me asegura Sara, posando su mano en mi hombro.

Aparece Loreen con una bandeja de bebidas humeantes y ve a Sara y Luca a mi lado.

—Hola —les dice con infinita amabilidad—. Todavía no he preparado los papeles para vuestra salida. Tenéis que disculparme pero ha surgido un imprevisto y… Ahora mismo le pido a Helen o a…

—No pasa nada —le interrumpe Sara—. Nosotros podemos esperar.

—¿Os vais ya? —les pregunto.

—Sí —dice Luca—. Tenemos que volver al trabajo y… Bueno —y se miran entre ellos con amor—, nuestra estancia aquí ha dado sus frutos así que…

Un sudor frío recorre mi espalda al escuchar eso. ¿Se referirán a lo que ayer nos decía Pete con preocupación? ¿Tenía razón también con respecto a ellos? Y en mi vida he aprendido que, cuando no sepas algo, es mejor intentar salir de dudas de forma directa que hacerte tremenda historia en la cabeza.

—¿Os referís a lo de Sisi?

Ellos me miran, parece que sin comprender.

—¿El qué? —pregunta Sara, realmente contrariada.

—Ya sabéis quién es y tenéis pruebas así que a lo mejor queréis usar lo que…

—¡No! —exclama Luca, indignado—. A ver, sí, sabemos… Sabemos quién es —y lo dice bajando el tono—. Nos resulta algo asombroso que no podemos explicar, eso es cierto, pero jamás usaríamos esa información para absolutamente nada.

Lo dice de forma tan tajante que no puedo hacer otra cosa más que creerle.

—Estoy escribiendo sobre ella —nos cuenta Sara—. Espero que esto no salga de aquí porque mis editores y mi repre me matarían si saben que lo he contado —y sonreímos con ella con complicidad—. Le tengo un afecto y un respeto infinito. Os aseguro que nunca podría hacer nada que le dañara de alguna forma.

—Amamos la historia —prosigue Luca—. Cada uno en nuestro campo: ella como escritora y yo como guía turístico. Sabemos que no nos conocéis lo suficiente pero os aseguramos que, aunque tuviéramos pruebas, antes nos haríamos cortar la lengua que…

—A ver, yo preferiría cortarle la lengua a otro —le dice Sara.

—Pero nosotros somos los que tenemos la información —razona con ella—. Así que somos nosotros los que…

—Bueno, pero el otro en ese caso también, así que le cortamos la lengua para que no lo cuente.

Luca se encoge de hombros.

—¿Y tú sabes cortar lenguas?

—¡Tú tampoco y nos la quieres cortar a nosotros!

En este punto, Loreen y yo nos echamos a reír. Estos dos tienen un grado de locura maravilloso.

—Nosotras tenemos que irnos ahora pero prometo que avisaré a Helen o a Mathias para que os preparen todo para vuestra salida —les promete Loreen.

—De verdad que no es necesario —le dice Sara—. Podemos esperar por aquí.

Recibo en ese momento un mensaje de Philip: *Si necesitáis ayuda, puedo entrar y echaros una mano con las bebidas*. Es un cielo. Está en una situación límite y se preocupa por si no podemos llevar una bandeja hasta el cobertizo.

—Es Philip —le digo a Loreen.

—¿También ha venido a ayudar? —pregunta Luca.

Loreen me mira, no sabiendo si les he contado algo.

—Les dije que Sisi tenía un pequeño problema y habíamos venido a ayudar.

Ella asiente con su particular sonrisa dulce.

—De verdad que queremos ayudar —nos asegura Sara.

Loreen asiente y ni siquiera se toma unos segundos para reflexionar sobre ello.

—No creo que nos venga mal un poco de apoyo emocional en este momento —les dice —. Estamos en el cobertizo. Si queréis venir, podéis acompañarnos a Jenna y a mí hasta allí.

—Claro, ¡por supuesto! —le dice Luca rodeando la cintura de Sara, como si esa fuera toda la preparación que necesitan para salir del hotel.

Philip se extraña al vernos aparecer con ambos pero no parece molesto. Es más, les saluda con amabilidad en cuanto llegan. Loreen reparte las bebidas calientes y todos nos quedamos un segundo en silencio, observando el camino de tierra, ahora cubierto de nieve por completo, por el que Pete se fue hace un rato para esperar al padre de Philip.

—Son de los buenos —le digo en bajo a este, señalando con la mirada a Sara y Luca.

Philip me mira y sonríe.

—Pete se equivocaba en eso entonces —dice—. Esperemos que también en otras cosas.

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo?

Él asiente con sonrisa triste y suspira una vez más.

—Este carruaje está increíblemente conservado —observa Luca, mirando hacia atrás un momento.

—Es en el que llegó Sisi —les dice Loreen.

—Joder —exclama Sara, acercándose de forma inconsciente. Y dándose cuenta de algo, frena en seco y nos mira—. Perdón, ha sido…

—Puedes acercarte a verlo —le dice Philip con amabilidad—. Es normal que sientas curiosidad.

Luca y Sara se acercan al carruaje, emitiendo sonidos de absoluta emoción cuando se asoman dentro.

—Estos turistas… —le escucho decir a Tom, que me mira guiñándome un ojo.

—Siempre molestando, hay que ver —respondo con sorna porque yo hasta hace unos días era también una simple turista en este pueblo.

Y parece que han pasado doce siglos por lo menos desde entonces.

—Tú nunca fuiste una turista —me dice Philip.

—Ah, ¿no?

—Sabíamos que ibas a quedarte —me explica Loreen.

—Aunque Pete no las tenía todas consigo —añade Tom—. Andaba preocupado porque le dije que a tu coche no le pasaba nada y que, aun así, no te habías ido.

Sonreímos tímidamente con esa anécdota que no conocía y volvemos a mirar hacia el camino por el que esperamos que Pete aparezca más pronto que tarde.

—¿En este pueblo nunca deja de nevar? —comenta Sara, frotándose los brazos junto a

Luca, volviendo a nuestro lado.

—Se espera la tormenta de nieve de cada año —les explica Tom— y siempre nieva así días antes.

—Ah, que todos los años hay una tormenta de nieve sí o sí —dice Luca.

—Sí, más o menos —responde Loreen.

Justo en ese momento vemos por fin a Pete dirigirse al cobertizo de nuevo. Viene solo y eso me preocupa. ¿Max al final no ha venido para ayudar o qué es lo que ha sucedido?

En cuanto ve que Luca y Sara están con nosotros, sus ojos parece que van a lanzar rayos para acabar con ambos.

—Está todo bien —le digo antes de que él lo haga—. Están con nosotros.

Pero no parece creerme.

—Es cierto, Pete, no te preocupes —le dice con suavidad Loreen.

Al menos a ella sí le ha hecho caso.

—Bueno, Max ya ha entrado y yo voy a entrar ahora también —nos cuenta sin más preámbulos—. Si todo va bien, saldremos con ella. Si no, ha sido un placer.

—Pete, no te pongas dramático a estas alturas, que nos conocemos —le dice Tom, tratando de desdramatizar un poco esta situación.

—¿Mi padre ya ha entrado? —pregunta Philip algo contrariado—. No le hemos visto llegar.

—Ha venido con tu madre —nos explica—. Y me han dicho que tenían que entrar los dos juntos.

—¿Y les has dejado así como así? —le dice Philip, al borde del colapso—. ¡Mi madre nunca ha entrado al bosque!

—Fueron tajantes —le dice—. O entraban los dos o no entraban. ¿Qué querías que hiciera? Te recuerdo que estamos en una situación límite.

—Joder… —es lo único que le contesta Philip.

Él sabe que no puede discutir una verdad tan demoledora y lo único que hace es frotarse la cara con desesperación.

—Bien, como decía —vuelve a hablar Pete—, yo ahora voy a entrar. Quedaos aquí y no arméis ningún lío más en mi ausencia; me conformo con eso.

Acto seguido se gira y nos da la espalda. Camina con decisión hacia el límite del bosque, en donde se detiene un instante. En cuanto vuelve a avanzar, le perdemos de vista casi al instante en una densa bruma de nieve y frío que parece que se lo traga por completo.

Da algo de miedo, la verdad.

—¿Sisi se ha metido en el bosque con este tiempo? —pregunta tímidamente Sara.

—Podemos entrar nosotros también si… —se ofrece Luca.

—Es un poco más complicado que todo eso —les corta Loreen sin dar demasiadas explicaciones—. Nosotros vamos a esperar aquí y dejar hacer a los que saben de esto.

—Claro, claro —concluye Luca—. Espero que vaya todo bien.

—Esperemos, sí —les digo yo sin dejar de mirar el punto exacto por el que Pete ha entrado al bosque.

—Esperemos —repite Philip, que rodea mi cintura y apoya su cabeza sobre la mía.

Y nos jugamos demasiado en este momento, lo sé, pero no voy a perder tan fácilmente la esperanza.

No en Mist Rachs.

# XXV

*Sisi*

Avanzo con dificultad sobre el caballo por la poca visibilidad que hay en este bosque. Nunca he tenido problemas para moverme en la naturaleza, sea donde sea y en cualquier tipo de circunstancia pero esto es diferente. Lo he notado a los pocos minutos de haber entrado. Es como si todo mi ser estuviera gritándome que saliera rápidamente de aquí pero, lamentablemente, no sé cómo hacerlo.

—Caballito, tú también notas eso, ¿verdad? —le pregunto, agachándome un poco sobre él.

Relincha, dándome la razón. No deja de tirar hacia atrás, como si quisiera volver sobre sus pasos y no seguir avanzando. Es listo, puede que más que yo, que sigo insistiendo para que demos unos pasos más.

Me estoy planteando seriamente dar la vuelta y huir en otra dirección cuando una extraña luz frente a nosotros nos ciega tanto al caballo como a mí. Este reacciona con brusquedad y, asustado, se encabrita y me tira al suelo, comenzando a galopar hacia donde llevaba desde el principio queriendo ir. Me quedo sola en mitad de un extraño bosque y frente a lo que todavía no sé qué es.

Y entonces la niebla desaparece lo justo como para ver una figura de una bella mujer mayor, con el pelo más hermoso que he visto en mi vida y unos ojos brillantes, llenos de emoción y poco asombro, que me observan con curiosidad. Me resulta familiar y no logro entender por qué.

—Así que era aquí —la escucho decir.

—¿Quién…?

Me quedo en el suelo sin atreverme a mover siquiera.

—Creo que, si te fijas un poco, puedes saber quién soy —responde de forma enigmática —. Porque sé perfectamente que lo estás pensando desde el principio.

—No, yo no…

Sonríe sin moverse del sitio. Me fijo en que lleva ropas de viaje y sujeta una especie de hatillo en una de sus manos. ¿Ese es todo el equipaje que lleva consigo?

—Te ayudaría a levantar pero no creo que fuera aconsejable —vuelve a hablar.

—No, si yo prefiero seguir en el suelo.

Parece reírse con mi comentario.

—Dios mío, pero si era hasta graciosa de joven —comenta.

—¿Soy graciosa?

—*Yo* lo era, sí —y al ver que sigo sin decidirme a continuar, opta por hacerlo ella—. Sí, Sisi, soy tú… con unos años más.

Intento echarme hacia atrás pero, por alguna razón, no siento el suficiente miedo como para impulsarme con fuerza.

—¿Cómo puede ser posible…?

—Estás en Mist Rachs —dice, como si aquello lo explicara todo—. No hay mucho tiempo porque en un instante volverás al pueblo.

—No, no pienso dejar que…

—Vas a hacerlo —me interrumpe—. Vas a vivir la vida, una de la que sabes algunas cosas pero… —y hace girar sus ojos en una completa circunferencia—. Dios mío, hay cosas que… No todo es como piensas ahora. Y sí, habrá momentos muy duros que no podrán ser compensados con nada, pero otros… Otros momentos serán inolvidables. Créeme, vas a querer vivirlos.

—¿Qué momentos? —pregunto con escepticismo.

Sonríe, como si supiera perfectamente lo que deseo escuchar.

—Amor puro y verdadero.

Me deja un instante sin habla. Ella, yo, por supuesto que sabe por qué. Es lo único que podría haberme dicho para hacerme cambiar de opinión con respecto a mi huida. Porque hay muchas clases de amor, mal llamado de esa forma, que la gente puede experimentar a lo largo de su vida. Pero el verdaderamente puro es difícil de encontrar. Y si me estoy diciendo a mí misma que es así, si una alucinación por la caída o lo que sea que es esta aparición me dice que eso es precisamente lo que voy a vivir, con las mismas palabras que empleo en mi mente para referirme a algo así, tengo que mantener una pequeña esperanza en mi futuro.

Y una vez que sientes que tienes fe en algo, nada puede hacer que cambies de opinión.

Ella mira hacia mi espalda y sonríe, como si estuviera viendo a alguien que conoce. Al instante siento unas manos sobre mis hombros, que agarran mis brazos después, ayudándome a levantar.

—Sisi, estábamos todos muy preocupados por ti —me dice un hombre a mi espalda—. ¿Te encuentras bien?

Me giro hacia él y veo a un señor con rostro afable pero algo alterado, con su capucha cubierta de nieve pero con ojos felices y tranquilos. Dan ganas de abrazarle y eso es lo que hago ahora. Puede que me haya acostumbrado con demasiada facilidad a la forma que tienen en este

lugar de saludarse. Él sonríe con aquello, feliz, y me devuelve el abrazo.

—Es por el puente, ya sabes —oigo a otra persona a nuestro lado.

Miro en dirección a esa voz y puedo ver a una mujer mayor, de la edad de este hombre, que está mirando a mi yo del futuro. Ambas parecen conocerse muy bien. Esta última luce un hermoso abrigo marrón, casi blanco por la nieve, y frota sus manos enguantadas para entrar en calor.

—¿Todo sigue bien? —le pregunta mi yo del futuro como con miedo.

—Ya sabes que sí —responde ella.

—Tenemos tanto de lo que hablar…

—Por el puente, querida —le insiste esta mujer—. Ahora nosotros tenemos que irnos pero espero poder verte cuando cruces el puente.

Mi yo futura asiente.

—Gracias —les dice a los dos—. Gracias por tanto.

—Hasta dentro de un suspiro —le responde la señora.

—Eso espero —añade el señor que sigue sujetándome con cariño, haciendo sonreír a ambas.

Mi yo del futuro me mira un instante antes de girarse y darnos la espalda. Un nuevo foco de luz me deslumbra y cierro los ojos de forma inconsciente. Cuando vuelvo a abrirlos, ella, o yo, ya no está.

—¿Qué es lo que ha pasado? —les pregunto—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Somos los padres de Philip —me dice aquel hombre—. Y eso que acabas de ver es el motivo por el que es peligroso entrar aquí. Un paso en falso y podrías haberte perdido para siempre.

—Lo siento, yo sólo quería… Yo no quería…

No sé cómo explicarlo, sinceramente.

—Lo sabemos —me corta la mujer, abrazándome con fuerza—. Todo va a ir bien —e interrumpe el abrazo para mirarme—. Cuando en tu vida sientas que necesitas un lugar donde refugiarte, sea por el motivo que sea, piensa en Mist Rachs y ponte en camino; el destino te traerá de vuelta con nosotros.

—¿Entonces puedo volver siempre que quiera? —contesto con emoción.

Ambos se miran y luego vuelven a mirarme a mí.

—El destino te traerá de vuelta cuando tenga que hacerlo —contesta el hombre de forma enigmática—. Y ahora volvamos. Tenemos a todos preocupados y vas a resfriarte si sigues aquí.

—¿Estaban preocupados? —pregunto, comenzando los tres a caminar—. ¿Mi madre y mi hermana lo saben? ¿Saben que me escapé?

—No hemos querido asustarlas así que volvamos antes de que… —y ese hombre frena en

seco, deteniéndonos con la mano—. Por ahí no, dad un paso a la izquierda y continuad —y sigue hablando—. Tranquilas, en un abrir y cerrar de ojos estaremos a salvo.

¿A salvo de qué exactamente? Pero mi cabeza no creo que hoy sea capaz de asumir más situaciones extrañas así que guardo esa pregunta para más adelante.

Puede que para hacerla unos años después.

*Philip*

—Pero el caballo ha aparecido solo —insisto—. No venía Sisi encima y eso es mala señal.

—Estoy seguro de que dentro de poco van a aparecer todos sanos y salvos —me repite Tom una vez más.

Se hace el silencio durante unos segundos y justo cuando voy a volver a expresar mis inquietudes, vemos aparecer unas figuras a lo lejos, saliendo del bosque.

—Por favor, decirme que son ellos —digo en alto, no atreviéndome siquiera a fijarme lo suficiente para no llevarme una decepción.

Mi corazón bombea tan fuerte que temo desmayarme sin saber quiénes están acercándose al cobertizo con paso ligero para no ser engullidos por la nieve que cada vez cae con más intensidad.

—¡Son ellos! —escucho que Jenna exclama. Y me agarra el brazo—. Philip, ¡son tus padres con Sisi y Pete! ¡Están bien!

Caigo al suelo de rodillas y hundo el rostro entre mis manos, dando gracias infinitas por el milagro que acabamos de vivir. Todavía tengo miedo de abrir los ojos y que haya sido un espejismo pero una mano se posa sobre mi hombro y una voz familiar me habla con tono calmado, infundiéndome tranquilidad.

—Querido, todo está bien —me dice mi madre adoptiva, haciendo que abra los ojos—. Lo hemos conseguido.

Y me atrevo a abrir los ojos. Lo hago y veo a todos abrazarse entre ellos, emocionados porque el pueblo está a salvo una vez más. Incluso Pete hace una carantoña a Sisi con una medio sonrisa aunque después me mira y viene hacia mí. Alarga su mano para que le coja. Me levanto con su ayuda y me deja de piedra cuando me abraza durante unos extraños segundos.

—Espero que me invites a tu mejor plato porque esto lo ha valido —me dice.

—Todo el mes si quieres —le aseguro.

Sonríe y me da unas palmadas en el hombro, alejándose unos pasos de mí para hablar con Tom.

—Ella está bien —escucho que dice Jenna a mi lado—. Algo agobiada pero bien. ¿No vas a ir a darle un abrazo?

Doy unos pasos en dirección a Sisi, que está charlando con mis padres sobre algo que parece hacerle sonreír. Es entonces cuando siente que me aproximo y se gira hacia mí. Sonríe. Extrañaré tanto esa sonrisa a partir de hoy que vuelve a romperse mi corazón en pequeños pedazos que tendré que ir recomponiendo poco a poco. Porque al menos ella está bien. Ha vuelto y todo se ha arreglado. Ahora solamente me quedará la pena por perderla de nuevo, esta vez habiéndola conocido, una pérdida amarga dentro de la felicidad de haber podido estrecharla entre mis brazos como hago ahora con fuerza hasta que escucho que se ríe.

—Estábamos todos muy preocupados —le digo al separarme, tratando de no perder demasiado la compostura.

—Tenéis que perdonarme —me dice—. Entré en pánico y no sé por qué hui.

—No pasa nada —le aseguro—. Lo importante es que ya estás aquí y no te ha sucedido nada.

—¿Mi madre y mi hermana se han enterado de esto? —pregunta con algo de miedo.

—Siguen esperando tranquilamente a salir del pueblo —le digo.

Ella suspira y vuelve a sonreír después.

—Todavía siento que no quiero irme —confiesa—. Sé que debo hacerlo pero saber cómo va a ser mi vida es algo…

Vuelve a parecer triste, como si una losa le cayera encima cada vez que piensa en su futuro. Y no la culpo. Si yo supiera que esa sería mi vida, también querría huir lejos y no volver jamás.

Luca se acerca a ella y posa su mano sobre su hombro un momento con ternura.

—Te aseguro que no todo en tu vida va a ser como lo pintan en los libros de historia —comienza a decirle—. Habrá momentos y… momentos. Normalmente los más felices no los cuentan los historiadores porque las personas los guardan para sí mismos.

—Para que nadie se los robe —le dice ella, intentando comprender.

Él asiente con la cabeza.

—Tienes que volver y vivir la vida que los historiadores no conocen sobre ti o no quieren contar.

Sisi creo que ha comprendido perfectamente esas sabias y reconfortantes palabras porque parece mucho más tranquila que antes, incluso aliviada. Tanto que se dirige a Sara, cogiéndole la mano.

—Tú eres escritora, ¿verdad? —le pregunta.

—Sí, yo… Lo soy, sí —responde ella a punto de colapsar por el grado de intimidad con alguien como Sisi.

—Te pido que escribas sobre mí —le dice—. Hazlo, porque sé que tú lo harías de una forma diferente al resto. Hazlo contando no solamente lo triste. Haz hincapié en los momentos buenos, en los cotidianos, en esas pequeñas cosas que nos hacen felices. Haz que la gente me vea de una forma diferente a como he leído que me ven en aquellos libros. No quiero que se refieran a mí como si estaba loca porque fui infeliz. Estoy segura de que seré mucho más que eso y confío en que tú me hagas justicia.

Sara está llorando con aquella petición. No es capaz de hablar hasta después de unos segundos asintiendo con la cabeza.

—Te prometo que lo haré —le dice a Sisi, que parece que con aquello se da por satisfecha.

—Tengo mucho que agradeceros a todos vosotros y a todo el pueblo de Mist Rachs —nos dice ahora—. Doy gracias a la divina providencia por haberme traído hasta aquí justo antes de comenzar esa vida que tan diferente va a ser a como imaginé que sería. Creo que ahora sí voy a saber enfrentarme a todo lo que vendrá y es gracias a vosotros. La bondad del ser humano es capaz de mover montañas y cambiar el destino de millones de personas. Os echaré de menos toda mi vida.

—Vas a ser una gran emperatriz y una mejor persona —le digo desde el fondo de mi corazón—. Majestad.

Me inclino hacia ella, haciendo una reverencia, y todos hacen lo mismo después. Sisi no se mueve. Se queda quieta en mitad del círculo improvisado que hemos formado alrededor de ella mientras le expresamos nuestra admiración, cariño y respeto con una fórmula que ella puede entender perfectamente. Nadie habla, todo se hace en el más absoluto silencio. Vemos lágrimas rodar por las mejillas de Sisi, que ni siquiera entonces rompe el aura que se ha levantado en este cobertizo. La nieve sigue cayendo fuera mientras aquí el tiempo se ha detenido.

La historia tiene que avanzar pero este momento es sólo nuestro y así lo queremos recordar.

# XXVI

*Jenna*

—¿Seguro que no nos va a alcanzar la tormenta de nieve? —vuelve a preguntarnos Johann, el pobre cochero que está todavía preocupado mirando al cielo, pensando que toda esa nieve va a provocarles un accidente o algo peor.

—Le aseguro que, a pocos metros más allá del puente, la nieve cesará y tendrán un viaje sin más interrupciones —le explica Pete por tercera vez.

Hemos venido a despedir a Sisi a la salida del pueblo, desde donde la veremos desaparecer hasta que cruce el puente y, al parecer, algo más. Algo he escuchado en estas horas sobre eso del puente pero todavía no lo comprendo bien.

Hay tanto que tengo que aprender sobre este pueblo…

—Y haré cada semana muchas galletitas como me habéis enseñado a hacer —le sigue diciendo Sisi a Philip. Y se ríe—. Bueno, a lo mejor no todas las semanas…

Ella ya está dentro del carruaje junto a su hermana, su madre y la institutriz. Sisi es la única que se asoma por la ventana para hablar con nosotros y los únicos que parecen tener interés en las otras tres mujeres son Sara y Luca, que han decidido retrasar unos minutos su partida para despedirse ellos también. La madre se queja dentro, instando al cochero para que emprenda el camino de una vez, la hermana suspira de puros nervios y la institutriz sonríe viendo a Sisi despedir a todos con buen ánimo.

—Piensa en nosotros alguna vez, querida —le dice Erza— y vuelve cuando creas que lo necesitas. Aquí siempre te recibiremos con los brazos abiertos.

Creo que esas palabras han calado hondo en Sisi porque ya sabemos que, cuando ella realmente lo necesitó, volvió y precisamente dejó a Philip con Erza y Max; por algo fue.

El carro se mueve y todos nosotros caminamos unos pasos junto a él.

—Os voy a extrañar a todos —nos dice, algo alejada ya, casi entrando en el puente—. Sed tan felices como podáis y, por favor, ¡recordadme de esta forma!

Sigue despidiéndose, agitando su mano hacia nosotros con rapidez, hasta que cruzan por completo el puente y el carruaje desaparece en la primera curva del camino. Se hace el silencio entre nosotros. Incluso las risas provenientes del mercadillo navideño parece que se han apagado un instante.

—Voy a necesitar muchos chocolates con virutas para pasar la pena —escuchamos que dice Olive, que se ha acercado a despedirse también junto a Marie.

Su hermana sonríe ante ese comentario.

—Tú siempre aprovechando para comer dulce —le dice.

—Bueno, cada una se recupera emocionalmente de una forma distinta —le contesta su hermana pequeña, encogiéndose de hombros y haciéndonos sonreír al resto.

Philip la abraza un instante y besa su cabeza con cariño.

—Ay, hermanita —dice con un suspiro.

Y ella, encantada con el abrazo, no se separa hasta que es el propio Philip quien lo hace.

—Nosotros vamos a irnos ya —nos anuncia Sara—. Escondimos la furgoneta en la calle de al lado por si ellos lo veían.

—Aprendéis rápido —les dice Pete, que no podía perderse un momento así, no sé bien si porque realmente quería despedirse o asegurarse de que todos abandonaban hoy mismo Mist Rachs.

Caminamos todos en dirección a la furgoneta de Sara y Luca, a pocos metros de distancia, de forma automática. Ellos nos abrazan a todos antes de montarse y se siente como una triste despedida aunque, en esta ocasión, al menos podremos saber de ellos y estar en contacto de alguna forma.

—Me voy enamorada de vuestro pueblo —nos dice Sara desde el asiento del copiloto después de ponerse el cinturón de seguridad.

—Os seguiremos la pista —comenta Luca para hacer rabiar a Pete, que en un primer momento le mira receloso y luego, al ver la sonrisa burlona de Luca, le hace un gesto con la mano para decirle que prefiere ignorarle a contestarle.

—¿En Mist Rachs las despedidas siempre duelen tanto? —le pregunto a Philip cuando vemos a Sara y a Luca desaparecer por la misma curva que hace unos instantes lo hizo el carruaje de Sisi.

Suspira y posa su brazo encima de mis hombros, caminando junto al resto de vuelta a Mistletoe Square.

—Bueno, a veces —responde, y se acerca un poco más a mí—. Pero es genial cuando alguien querido por todos se queda a vivir en Mist Rachs.

—¿Ah, sí? —le pregunto, ya bromeando—. ¿La gente aquí siempre quiere a los que se quedan?

Se encoge de hombros y acaricia mi pelo mientras tanto.

—Suele ser así, sí —me dice. Se detiene en ese momento, quedándonos rezagados de la comitiva. Da un toque cariñoso a mi capucha para que me cubra por completo de la nieve y me rodea con sus brazos sin dejar de mirarme a los ojos—. Al menos, eso me ha pasado contigo.

—¿Qué es lo que dices que te ha pasado? —pregunto, creyendo que seguimos bromeando.

—Que te quiero, Jenna. Te quiero desde el primer instante en que te vi. Te quise a pesar de que creía que no podía hacerlo. Te quise y te quiero, y sé que eso jamás va a cambiar.

No me importa que nieve algo racheado y varios copos estén golpeando mi rostro porque además Philip trata de limpiármelos con rapidez y cariño. He sentido que mis pulmones detenían su movimiento y mi corazón lo doblaba. Esas palabras han sido tan inesperadas como maravillosas y nunca imaginé que un *te quiero* tuviera tanta fuerza.

Pero cuando el amor de tu vida te lo dice, es algo completamente distinto a los *te quiero* vacíos que todos hemos escuchado en cientos de ocasiones. Dicho por Philip, esas dos palabras han tomado un significado distinto al que la gente cree que tiene.

Porque en su boca es más, mucho más.

—Te quiero, Philip —consigo contestarle por fin—. Te quiero por ti mismo y por hacer que haya encontrado mi hogar en la vida. Y no me refiero solamente a Mist Rachs: mi hogar desde hace semanas eres tú.

Cuando dos personas se confiesan sentimientos tan profundos, los besos adquieren matices distintos. En esta ocasión, Philip y yo nos besamos con esa calma que sólo se siente con alguien a quien quieres y te quiere de verdad. El amor tendemos a pensar que tiene que ser desbocado y en constante erupción, cuando en realidad es pausado y te hace sentir plena y tranquila como nunca antes te habías sentido.

Quién me iba a decir hace poco más de quince días que estaría confesándole mi amor al hombre de mi vida en mitad de un pueblo tan singular como Mist Rachs.

Y lo que intuyo que todavía nos queda por vivir en este lugar…

## XXVII

*Luca*

Hace tan solo diez minutos que hemos salido de aquel extraño pero increíble pueblecito y ya tenemos la ciudad de Viena frente a nosotros. No me puedo explicar cómo ha sucedido pero es como si no hubiera pasado ni un minuto desde que entramos en Mist Rachs. El tiempo allí dentro corría pero aquí fuera se había detenido. Y en otras circunstancias me gustaría saber qué ha pasado pero después de todo lo vivido, me llevaría varias vidas comprenderlo así que prefiero dejarlo en el recuerdo sin hallar explicación.

—Sí, podría tener ya unos cuantos capítulos esta misma semana —va diciéndole Sara a Nerea por teléfono.

Casi al salir de allí, sonó su móvil y han estado hablando de los planes editoriales que tienen abiertos por ahora. Creo que Sara va a tener mucho que escribir sobre esta historia e imagino que será la más especial. Haber conocido a la protagonista de una novela histórica no se consigue todos los días, más aún si lleva muerta tantos años.

Sé que ha colgado por cómo suspira.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tengo mucho trabajo por delante —me cuenta—. Pero creo que en esta ocasión voy a llevar los plazos sin problema.

—No se lo van a creer en la editorial.

—Bueno, me retrasaré un poco para que no se acostumbren demasiado.

Río con ella, viendo que vuelve a ser la misma Sara que conocí, con el mismo ingenio y chispa que me enamoró de ella.

—Menuda aventura está siendo este viaje, ¿eh? —le comento ahora, sintiendo que ya empiezo a extrañar ese pueblecito que acabamos de dejar.

—La verdad es que… Luca, tengo una pregunta un poco extraña que hacerte.

—Cómo no.

La escucho reírse antes de proseguir.

—Ya sabes que no me manejo bien con los idiomas —me recuerda—. En español y, si me apuras, algunas palabras en inglés para sobrevivir. Así que he estado pensando algo desde hace un rato. ¿En qué idioma hablaban en Mist Rachs?

Me quedo pensativo un instante y de repente algo estalla de forma brutal en mi cabeza.

—Joder, no me había dado cuenta de eso —confieso—. Si te soy sincero, no creo que pueda entender nada de lo que ha pasado durante estos últimos cinco días.

—Puede que lo mejor sea dejarlo así.

Se hace un momentáneo silencio, como si necesitáramos esto para asimilar que acabamos de vivir una situación atípica por completo que nunca comprenderemos y que jamás volverá a pasar.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Al aeropuerto? —pregunto al cabo de un rato.

Ella mira por la ventanilla un momento y luego siento que se gira para mirarme a mí. Me detengo en un semáforo y puedo observar su rostro sereno, sus bellas facciones y esos ojos despiertos que están hablándome sin palabras.

—Vayamos a tu casa y no salgamos de allí hasta que tengamos agujetas incluso en el cerebro.

Empiezo a reírme con ganas y los coches de atrás me tienen que avisar de que tengo que arrancar porque ni siquiera he visto el semáforo ponerse en verde. Río como nunca y lo hago con mi chica, la alocada Sara de los comentarios totalmente fuera de lugar que siempre van a sorprenderme y maravillarme.

Porque el amor es un poco eso, ¿verdad? Nunca sabes cuándo va a llegar el verdadero y definitivo y, cuando lo hace, te estalla en las entrañas como mil carcajadas a la vez.

Eso es para mí estar con Sara.

## XXVIII

*Sisi*

Mi madre y mi hermana se afanan en arreglarse lo más rápido y mejor que pueden. Todas las atenciones recaen sobre mi hermana: su vestido, su peinado… No encontramos la ropa adecuada para una presentación ante el emperador; creo que con tanto vaivén temporal se nos ha perdido parte del equipaje, a saber dónde. Están haciendo lo que pueden con Néné y a mí me han dejado algo apartada. No me malinterpretéis: estoy encantada. Observo la escena desde un rincón mientras me peino yo misma un poco. Algo sencillo porque un peinado más elaborado me llevaría más tiempo del que dispongo. Mis mejillas todavía están sonrojadas después del frío de Mist Rachs y mis ojos brillan a causa de la sensación de azúcar a raudales dentro de mí por las galletitas que estoy comiéndome mientras espero a que todas estén listas para salir.

Y ahora que lo pienso, puede que se olviden de mí. Puede que, con tanto ajetreo y nervios, no se percaten de que yo estoy en este rincón de la sala, comiendo unas galletas del futuro mientras me peino un poco después del extraño viaje que hemos tenido. Seguramente nadie se diera cuenta de mi presencia y sigo pensando que así será hasta que escucho una voz que me llama.

—Sisi, vamos —me dice mi hermana—. Tenemos que salir ya.

—No hay que hacer esperar al emperador —nos dice mi madre desde la puerta, metiéndonos prisa.

Mastico la última galleta y cojo otra que guardo en mi bolso porque intuyo que las que vamos a esperar vamos a ser nosotras y tengo hambre. Me comería en este momento doce salchichas pero galletas es lo único que tengo a mano.

Cuando me reúno con ambas, Néné me sonríe y acaricia unos de los bucles de mi pelo que tengo suelto sobre la mejilla.

—Por poco nos olvidamos de ti con tantos nervios, hermanita —me dice con dulzura.

De nuevo un fuerte dolor en el pecho me invade al saber lo que va a pasar a continuación pero me he prometido a mí misma enfrentarme con valentía a lo que tenga que venir.

—Néné —le digo cuando ya escuchamos que nos están presentando fuera—, sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella me mira sin comprender por qué le digo algo así en este momento.

—Claro, Sisi, yo también a ti.

Agarro su mano, reteniéndola unos segundos más aunque ya han dicho su nombre y tiene que salir de inmediato. Ella mira mi mano pero no la suelta aun así.

—Prométeme que, pase lo que pase, seguirá siendo así entre nosotras.

—Pero Sisi…

—Nos querremos de por vida —insisto.

Mi hermana no sabe lo que me sucede pero aun así se acerca a mí y besa mi mejilla.

—Claro que sí, hermanita —me asegura—. Pase lo que pase, tú y yo nos querremos siempre.

Salimos a la inmensa sala en donde una comitiva real nos está ya esperando, incluyendo a mi madre, que tiene los ojos casi fuera de las órbitas. Porque ahí está él también, nuestro primo, el emperador. E impresiona más de lo que había imaginado. Es atractivo e imponente. No parece estar muy interesado en nada de lo que acontece en esta sala. Más bien parece que está esperando que pasen los minutos para irse a cazar o a regar los rosales de palacio; en realidad no sé mucho sobre lo que hace un emperador. Hace guerras y cosas así. Nada que ver con la vida que llevaban todos en Mist Rachs.

Dios mío, cómo extraño ya ese lugar.

La recepción da lugar y comienzan las charlas insustanciales y aburridas mientras nos presentan a cada una. Yo, por supuesto, soy la última. Y tardan tanto que decido que me da tiempo a comerme la galleta que había traído en el bolso. Pero justo cuando la he metido en la boca, escucho mi nombre y veo que es al emperador a quien se lo están diciendo, haciendo que ahora todos los ojos se posen sobre mí.

Hago una reverencia ante él. Seguramente no quiera decirme nada, como ha hecho con mi madre y mi hermana. El señorito se aburre en presencia de todo el mundo al parecer. Pero, por lo que sea, algo le hace gracia en mí. Puede que se haya dado cuenta de que tengo algo en la boca y que en este momento no podré hablar si me pregunta algo. Es capaz de hacerlo sólo por molestar.

No, por favor, no lo hagas…

—Hace tiempo nos conocimos —me dice con una sonrisa encantadora—. Pero erais más pequeña —y se acerca a mí, bajando el tono—. Y menos comilona.

Por poco me atraganto y me ahogo delante de él.

—Hmmm… —le digo como puedo, esperando que sea suficiente.

Pero no, no lo es.

—¿Habéis tenido buen viaje?

¡Por qué no se lo pregunta a mi madre o a mi hermana!

Trago con gran rapidez, tanto que me atraganto un poco, tosiendo discretamente para

aclararme la garganta. Él parece estar divirtiéndose con todo esto y yo, sin embargo, lo estoy pasando fatal.

—Algo agitado pero estábamos deseando llegar, Majestad —contesto.

—Vaya, entonces sí sabe hablar —me dice—. Temía que hubiera desaprendido en estos años.

—La espera es larga y mi estómago también —me disculpo.

Pero eso hace que el mismísimo emperador estalle en una sonora carcajada. Y cuando se calma, la cosa no mejora. Se acerca un poco más a mí antes de volver a hablar.

—¿Jengibre y… canela?

—Ehm… Sí, Majestad.

—Muy navideño para el verano, ¿no creéis?

—La Navidad, cuando se vive con intensidad, se hace durante todo el año.

De nuevo se ríe, encantado con las respuestas que le doy. En realidad lo estoy pasando fatal, sintiendo que todos nos observan, cada vez con mayor intriga. No me conoce nadie y, de repente, el emperador está riendo a carcajadas con una completa desconocida para la Corte.

Insólito para ellos cuando menos.

—Ahora he de irme —me dice— pero me gustaría que participarais en cada uno de los eventos relacionados con mi próximo cumpleaños —y se gira hacia su madre, que asiente muy a regañadientes. El emperador vuelve a mirarme, más que sonriente—. En realidad soy el emperador, ¿no es así? Puedo posponer ciertas obligaciones —y extiende su brazo, doblándolo hacia mí—. ¿Querríais acompañarme a pasear unos minutos por los jardines?

Así que sí, aquí empezaba todo. No es como había leído que sucedía y ahora un pequeño haz de esperanza se cuela en mi corazón. Puede que esto signifique que mi vida no va a ser como he leído que era. ¿Tendré la suficiente fuerza como para cambiar algo de la misma o el destino es ineludible, haga lo que haga?

Solamente hay una manera de averiguarlo, y es dar un paso hacia mi propio futuro.

—A mi hermana y a mí nos encantaría, Majestad —le respondo, dejándole perplejo por aquello.

Pero su buen humor está lejos de desaparecer.

Cuando todas las personas presentes empezaban a cuchichear, él las silencia mirando a Néné y extendiéndole de la misma forma que a mí su otro brazo. Ella le mira, más que encantada, y le agarra con delicadeza pero firmeza. El emperador me mira y me hace un gesto con los ojos, como preguntándome si todo está ya a mi gusto y tengo a bien coger su brazo por fin.

Y lo hago. Doy ese paso y dejo reposar mi mano sobre su antebrazo. Cojo aire antes de pasar por delante de tía Sofía, que me mira a punto de estallar en llamas, y de mamá, que no sabe

ni qué gesto ponerme. Yo miro a mi hermana y veo que sigue feliz aunque contrariada por la situación, ya que el emperador no deja de prestarme atención.

Mi futuro acaba de empezar y tiemblo por dentro durante un instante pero vuelvo a recordar que voy a enfrentarme a todo con valentía y me calmo.

Vista al frente y adelante. Y que los historiadores cuenten lo que quieran, porque hay una escritora que contará lo que se tiene que contar y unos amigos en un pueblecito singular que me recordarán como soy en realidad.

Pero esto no ha sido todo…

*Marie*

Menudos días de locura que está viviendo Mist Rachs. Como alcaldesa, debo mantener la calma y velar por el bienestar de todos los vecinos aunque reconozco que a veces ciertas situaciones están a punto de superarme.

Solemos tener visitantes de vez en cuando. Algunos pasan un par de días, visitan el mercadillo, hacen unas compras navideñas y se van. Otros, como por ejemplo Jenna, deciden quedarse a vivir aquí y a formar parte de nuestra pequeña familia. Y después aparecen los que traen de cabeza a Pete porque son impredecibles y no sabemos cómo puede eso afectar a nuestro pueblo. Es en esos momentos en los que me pregunto qué me llevó a presentarme a alcaldesa el año pasado.

—Necesito un respiro, Gabriel —le digo en cuanto entro a la zona de mi despacho, donde le veo levantarse de la silla con rapidez para, seguramente, darme cientos de recados que son más que urgentes.

—¿Todo bien? —me pregunta, comprendiendo que hoy estoy agotada.

—Con ganas de terminar la jornada —reconozco con una sonrisa— pero bien, Gabriel. Muchas gracias por cubrirme hoy aquí; ha sido un día de locura.

—Pero todo salió bien, ¿no es así?

Voy hacia la puerta de mi despacho pero me giro hacia él antes de entrar. Me está mirando con rostro afable y una sonrisa tan sincera como bella. Estar cerca de él siempre me calma y hoy no es la excepción.

—Por ahora, Mist Rachs sigue en pie —le contesto, haciéndole reír—. Porque estoy segura de que tienes noticias sobre la tormenta de nieve, ¿verdad?

Él asiente con algo de culpabilidad porque sabe que tengo razón. Le hago un gesto con la cabeza para que pase conmigo al despacho pero en cuanto nos acercamos ambos a la puerta, nuestros cuerpos colisionan y los papeles que Gabriel llevaba en las manos salen volando, cayendo al suelo acto seguido.

—No te preocupes —me dice en cuanto me agacho con él para ayudarle a recogerlos—, ya lo hago yo. Tú entra y ahora…

—No seas tonto, Gabriel —le corto, siguiendo recogiendo aquí y allá papeles—. Entre los dos lo hacemos antes.

Voy a alcanzar el último papel que queda en el suelo cuando ahora son nuestras manos las que chocan, produciéndome unas cálidas cosquillas por todo el cuerpo con ese repentino pero escaso contacto con la piel de mi amigo Gabriel.

—Disculpa… —me dice, cogiendo él mismo el papel—. Ya está todo.

Nos levantamos a la vez y juraría que en este instante estamos demasiado cerca el uno del otro pero seguro que son imaginaciones mías. Él sólo está esperando a que yo pase a mi despacho para pasar él detrás y cerrar la puerta.

Sí, es eso, nada más.

—Y bien —le digo al entrar, dejando el abrigo en el perchero y sentándome detrás de mi mesa—. En una semana es la tormenta de nieve, como esperábamos, ¿no?

—No hay novedades —me indica, sentándose frente a mí—. Por ahora todo parece apuntar a una nueva y tranquila tormenta en la que disfrutar de unas horas en casa sin hacer nada… salvo trabajar.

Río con él, porque en realidad coordinar una tormenta de este tipo es algo que por suerte en Mist Rachs no es estresante pero, mientras todos están en sus casas, cenando a la luz de las velas, nosotros tenemos que estar en constante comunicación con Pete y los servicios de emergencia por si hay algún imprevisto que tengamos que solucionar.

—El año pasado no tuvimos mucho trabajo —le recuerdo.

—Tienes razón —me concede— pero nunca se sabe y es mejor estar preparados para cualquier cosa.

Miro un instante a Gabriel antes de contestarle.

—Ay, qué haría yo sin un secretario tan bueno como tú al lado.

He dicho lo que estaba pensando, ni más ni menos. Pero, al ir diciéndolo, me he dado cuenta de cómo estaba sonando: de la misma forma en la que le ha sonado a él, a juzgar por sus ojos sorprendidos, que me miran sin saber cómo responderme.

—Te las apañarías muy bien, Marie —contesta al fin—. Yo no soy más que…

—No te quites mérito —le pido—. Estás haciendo una labor increíble y te estoy muy agradecida.

—Vaya… Muchas gracias, Marie.

—Es la verdad. Todos los preparativos para la tormenta los estás organizando perfectamente y la idea de enviarles un kit a cada vecino a casa con las cosas esenciales durante esas horas está causando furor.

Parece orgulloso cuando le recuerdo la idea que tuvo hace semanas.

—La verdad es que todos nos preguntan por esos kits porque tienen ganas de recibirlos

—admite con una gran sonrisa.

—Incluso yo tengo ya ganas de recibirlo —confieso, haciéndole sonreír más aún.

Y qué bonita sonrisa tiene.

—Hoy quería pedirte un favor —se atreve a decirme, aclarándose la garganta antes de seguir hablando—. Necesito salir un poco antes para ir a recoger a mi hermana y una amiga a la estación del pueblo de al lado.

—Vaya, ¿Sandrine por aquí? Hace mucho que no la vemos. Por supuesto que puedes salir antes, Gabriel, faltaría más.

—Es que el internado les ha dado unos días antes las vacaciones y…

—Así disfrutará más de la Navidad de Mist Rachs. Y, además, viniendo con una amiga. ¿La conocemos?

—No tengo ni idea —me cuenta—. Sólo me ha dicho que viene con una amiga que no tiene con quién pasar las navidades y que es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunto.

—Lo sé, lo sé —dice, anticipándose a mis propios pensamientos como siempre suele hacer—. Ya he avisado a Pete para que esté atento.

Asiento, sonriendo ante lo que siempre me ha hecho gracia. Con Gabriel muchas veces no tengo ni siquiera que hablar porque él ya sabe lo que voy a decir con antelación. Eso es porque llevamos desde pequeños siendo amigos y nos conocemos bien. Las chicas tienen otra opinión diferente pero sé muy bien que esto tiene que quedarse en una amistad y en una relación laboral. Así es como nos ha ido bien hasta ahora y no puedo arriesgarme a perder a mi mejor amigo por las fantasías de mis amigas.

—Bueno, y ahora, ¿qué es todo lo que me traes para firmar?

—Qué bien te lo sabes —me dice, riendo y pasándome unos papeles—. Son las solicitudes de obra para el local de Jenna y las de reparación del castillo para el año que viene.

Cojo un bolígrafo para firmar todo cuanto antes.

—Grandes cambios se vienen y vamos a poder vivirlos juntos, Gabriel —le comento. Pero al ver su gesto nervioso, creo que no me he expresado bien y por eso no lo ha entendido—. Jenna y el castillo son cosas que ya sabes…

Y ahora parece algo decepcionado.

—Sí, claro, ehm… Son situaciones que… —y fija la vista en los papeles—. Tienes que firmar en el recuadro que pone…

Nuestras manos vuelven a chocar a mitad de camino y juraría que él se ha estremecido con ese nuevo roce de nuestras manos.

—Hoy tenemos el día algo espeso —comento, quitando importancia al momento.

—Estoy un poco patoso…

—Los nervios por ver de nuevo a tu hermana pequeña.

—Claro —me responde—. Desde el verano no la he visto y…

—Puedes irte si quieres ahora —le propongo.

—Pero puedes necesitarme y…

—No te necesito, Gabriel —y me ha sonado fatal eso—. En realidad siempre te necesito —pero ahora ha sonado peor la rectificación—. Es decir, que tú para mí…

¡Qué me está pasando!

—Soy un buen secretario y un mejor amigo —me dice, echándome una mano.

—¡Exacto! —exclamo con alivio—. Y como te decía, puedes salir ahora si quieres. Me las apañaré yo sola, te lo prometo.

No parece muy convencido cuando se levanta de la silla, llevándose todos los papeles ya en orden.

—Pero si necesitas algo, prométeme que… —insiste en la puerta.

—Venga, anda, que te mereces unas largas horas con tu hermana —le corto.

Asiente y sonríe al fin.

—Muchas gracias, Marie. Nos vemos mañana.

Y dicho esto cierra la puerta, dejándome sola y con una sensación extraña en mi interior que suelo sentir siempre que él se va.

*Gabriel*

Sé que ella me ve como un buen amigo y trabajador. Lo sé, y nunca me he hecho ilusiones con respecto a la relación que nos une. Sé que no va a pasar nada entre nosotros y eso es algo que hace tiempo he superado. Pero a veces siento algo de desazón cuando me recuerda con tanta insistencia que somos buenos amigos o que trabajamos juntos y nada más.

¿Por qué recordármelo tantas veces?

Hubo una época en la que incluso me dolía su presencia porque sentía deseos de abrazarla o mirarla con más intensidad de lo que se mira a una buena amiga. Nunca me atrevería a hacer algo semejante. Ante todo, respeto profundamente nuestra amistad. Pero cuando rozo su piel o estamos tan cerca el uno del otro en el trabajo, no puedo evitar que mi imaginación vuele hacia futuros imposibles.

Y el golpe con la realidad es tremendo.

Sólo espero que algún día todo esto pase y pueda estar en su presencia sin sentir esas

extrañas cosquillas en el pecho que me llenan de felicidad y desazón.

Espero a Sandrine terminando un vaso de chocolate caliente para no congelarme en el andén de la estación por donde está entrando ya el tren. Tiro el vaso en la papelera más cercana y froto mis manos enguantadas. Tenía ya ganas de ver a mi hermanita. La adoro. Adoro pasar tiempo con ella, todo el posible. Adoro sus intrigantes e ingeniosas preguntas o sus charlas sobre temas de los que yo ni siquiera comprendo la mitad de lo que hablamos. Su cociente intelectual está muy por encima de la media y a mis padres hace años les recomendaron que fuera a un colegio acorde a sus capacidades. En el colegio de Mist Rachs la pobre se aburría demasiado y tenía unas notas que para nada se correspondían con su inteligencia. Fue cambiarle de entorno educativo y mi hermana comenzó a aprovechar más los estudios. Yo creo que ahora es mucho más feliz en ese internado y me alegra que no note tanto la ausencia casi constante de mis padres. Y, además, por fin ha hecho amigas.

Me alegro tanto por ella…

El tren se detiene con un chirrido que dura unos segundos hasta que termina en lo que me parece un suspiro de alivio, como si el propio tren estuviera satisfecho por el trayecto realizado. Aquí no nieva. Está todo más gris que en Mist Rachs, que todo es color. Aun así, en cuanto mi hermana baja del tren todo se ilumina a su alrededor. Me busca durante unos segundos hasta que ve mi mano levantada. Es entonces cuando aquella chica de diecisiete años, de bucles rubios y ojos azul intenso, se lanza a mis brazos, girando alrededor de nosotros mismos sin despegarnos.

—¡Hermanito! —me dice sin soltarme todavía—. No sabes las ganas que tenía de verte de nuevo.

—Lo noto, lo noto —contesto como puedo, intentando no quedarme sin aire por lo fuerte que está apretando mi cuello.

Ella ríe, divertida, y me suelta lo justo como para dejarme respirar.

—Ven —y ahora coge mi mano—, tengo que presentarte a mi amiga.

—Ya tengo ganas de conocerla, la verdad. Me tienes intrigado desde que me dijiste que vendrías con alguien.

—Es que quería que fuera una sorpresa —y entonces señala a una mujer de unos treinta años, de pelo liso y negro intenso y unos ojos oscuros en donde podrías perderte con facilidad—. Gabriel, te presento a Cynthia, mi profesora de arte —y mira ahora a esa mujer—. Cynthia, este es mi hermanito del que tanto te hablo siempre.

Tanto ella como yo nos quedamos unos segundos sorprendidos pero conseguimos reaccionar y nos damos la mano amigablemente.

—Cuando Sandrine me hablaba de su *hermanito*, pensaba que se refería a otra cosa —confiesa, haciéndome reír.

—Me ha pasado lo mismo cuando me dijo que venía con una amiga —le digo yo, todavía entre risas.

—Ya veréis lo bien que nos lo vamos a pasar en estas navidades, chicos —nos dice mi hermana, agarrándonos a cada uno con un brazo y colgándose unos segundos de nosotros, echándose a correr al momento, maleta en mano—. ¡Vamos al coche! ¡Tengo muchas ganas de llegar a Mist Rachs y tomarme un chocolate del mercadillo!

Cynthia y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Creo que ambos ya conocemos el carácter de Sandrine y no nos sorprende que reaccione repentinamente de esta forma así que nos limitamos a sonreír y comenzamos a caminar hacia la salida.

—Por favor, permíteme que te ayude con el equipaje —le digo, cogiéndole una de las dos maletas que trae.

—Muchas gracias —me dice ella—. Y gracias por dejar que pase las navidades con vosotros. Mi familia… —pero no parece tener ganas de hablar de ese tema—. Gracias. Sandrine me ha hablado tanto de vuestro pueblo que estoy deseando conocerlo. Necesitaba un lugar tranquilo para pasar estas fiestas.

Trato de que no me vea la sonrisa que se me ha escapado al escuchar el adjetivo de tranquilo unido a Mist Rachs. Si tan sólo ella supiera la mitad de las cosas que suelen pasar…

—Estoy seguro de que vas a disfrutar de estas fiestas —respondo sencillamente.

Me mira, sonriente y feliz.

—No me cabe duda, Gabriel.

Y lo dice con tanta determinación que incluso yo puedo sentir que esta Navidad va a ser muy especial.

[1] Todos los extras estarán incluidos en la edición en tapa dura. En otras ediciones puede que no se incluyan algunos de ellos por limitaciones propias de la misma o circunstancias ajenas a la voluntad de la escritora.